



**EUDISTAS**  
Provincia de Colombia

# COMPENDIO DE LA VIDA Y ESTADO DE MARÍA DES VALLÉES

## TOMO XIII

Centenario de la edición de Obras Completas

## COMPENDIO DE LA VIDA Y ESTADO DE MARÍA DES VALLÉES<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Texto establecido sobre el *Manuscrito de la biblioteca del estado de Viena, 6980, Hohendorf*. Se mencionan en nota algunas variantes según el *Manuscrito de Cherbourg 68, Compendio de la vida y del estado de María des Vallées*.

## Capítulo 1

*Las principales cosas que le ocurrieron  
a partir de su nacimiento  
hasta la edad de diez y nueve años*

María de Vallées nació en la baja Normandía, en la parroquia de Saint-Sauveur Lendelin de la diócesis de Coutances, a dos leguas de dicha ciudad. Su nacimiento tuvo lugar el 15 de febrero de 1590. Su padre era un humilde labrador llamado Julián de Vallées; su madre se llamaba Jacqueline Germain, de la parroquia de Saint Pellerin de Cas, cercana de Carentan. No tuvo instrucción alguna en el lugar de su nacimiento, ni de parte de sus padres, que no eran malvados sino ignorantes, ni de parte de ninguna otra persona. Los que debían ocuparse de la salvación de las almas en dicha parroquia hacían profesión de perderlas y tenían reputación de la mayor maldad y falta de piedad que pueda darse. Por esta causa la ignorancia en el campo de la salvación y los más horribles vicios reinaban en extremo punto. La virginidad era considerada oprobiosa y la castidad tan en descrédito que se persuadía al pueblo sencillo que había suplicios en el otro mundo para las jóvenes que no se casaban, y que las que no se casaban era mejor que tuvieran hijos, por la vía que fuera, antes que

quedarse sin ellos. Juzguen entonces qué clase de ejemplos y de instrucción pudo tener esta pobre joven.

Pero Nuestro Señor la había escogido desde toda la eternidad para realizar en ella obras grandes. Quiso ser él mismo su maestro, su director y protector, pues 1º la instruyó él mismo de forma extraordinaria; 2º la puso y la condujo desde muy temprano por el camino por el que tenía el designio de hacerla caminar, 3º, la tomó bajo su especial protección como vamos a verlo ahora. Son tres puntos para considerar en la primera etapa de la vida de la persona de que voy a hablar. Es decir, desde su nacimiento hasta el tiempo de su posesión que sucedió a los 19 años. Son tres señales muy visibles de la elección muy particular que tuvo a bien hacer su voluntad.

Digo en primer término que Dios la instruyó por sí mismo y en forma maravillosa pues desde los primeros años de su infancia imprimió en su alma todas las virtudes cristianas en alto grado.

-1. Le concedió desde entonces grandísimo deseo de seguir en todo y por todas partes su adorabilísima voluntad y lo cumplió siempre y muy fielmente. No tuvo conocimiento de haber faltado alguna vez en ese punto. Dios le hacía en esto muy maravilloso favor pues al presentarse alguna ocasión en que estuviera perpleja sobre

lo que debía hacer recurría a la oración y decía: “Dios mío, no deseo otra cosa que hacer tu santa voluntad. Si tal cosa te es agradable dame el medio y la gracia de hacerla. Si no es así aleja mi voluntad de ese asunto y ponme obstáculo.”. De inmediato se llenaba de gran afecto por las cosas que Dios quería de ella y tenía facilidad de realizarlas. Por el contrario sentía fuerte aversión por lo que no era de su agrado e incluso se veía impedida externamente para ponerlas por obra.

2. Nuestro Señor la dotó de singular devoción a la bienaventurada Virgen. Recurría a ella en todas sus necesidades. Sobre todo, le suplicaba que la tuviera siempre bajo su protección sobre todo en lo que concernía la pureza y todo aquello que le es contrario. Decía: “Contemplaba la divina voluntad como mi regla y a la santísima Virgen como a mi madre y protectora.

3. El que es todo caridad le comunicó caridad muy sincera y cordial al prójimo. Esa caridad la hacía vivir de tal manera, tanto con los que vivían con ella, como con los vecinos que jamás daba ocasión de quejas sino que por el contrario se ganaba el corazón de todo el mundo. Se cuidaba mucho de no ir a incomodar a nadie ni ofender a alguien por palabra o por obra. Cuando se daba cuenta de que algunos vivían en discordia no se daba reposo hasta alcanzar su reconciliación. Se servía para ello de todos los recursos que

el espíritu de caridad le inspirara. Se esforzaba por hacer a cada uno todo el bien que le fuera posible. Todos los vecinos la amaban hasta el punto de que cuando, por la posesión, se vio en condición de no poderse ganar la vida, se comprometieron voluntariamente a sostenerla.

4. El rey de las vírgenes grabó en su corazón grandísimo amor a la pureza. Por el error público que corría entre la gente de su pueblo de que era necesario que todas las jóvenes se casaran suplicó a Nuestro Señor que le deparara alguien con quien pudiera vivir en perfecta castidad para conservar intacta su virginidad. Cuando se presentó alguien que la pretendía para matrimonio hizo esta oración: “Dios mío, si es el que tú me has escogido para vivir con él de la manera como te he rogado, concédeme la gracia de amarlo tanto como tú quieres que lo ame. De otro modo dame que lo tome en aversión”. De inmediato sintió gran aversión a esa persona. Lo mismo pasó con otros pretendientes.

5. El Espíritu de Dios imprimió en su alma odio indecible contra los honores, amor increíble a la abyección y el desprecio y bajísima estima de sí misma. Lloraba amargamente cuando escuchaba hablar de alguna joven que había incurrido en falta. “Lástima grande, decía. Pero estoy convencida que esa desgracia pudiera sucederme pues no soy menos frágil y menos capaz de caer como las demás”.

6. El que se fue llamado en las Escrituras *fiel y veraz* le dio fuerte odio a la mentira y a cuanto es contrario a la sinceridad, la sencillez y el candor; y poderosa inclinación a la verdad en sus palabras y fidelidad en sus promesas. Cuando había prometido algo a alguna compañerita, no se daba reposo hasta poder cumplir lo prometido.

Dije en segundo lugar que Dios la hizo entrar y la condujo desde muy temprano por la vía por la que tenía designio que caminara, vía de sufrimientos. Comenzó a ejercitarla desde la infancia en la paciencia. Tenía once o doce años cuando murió su papá. A partir de esa muerte padeció las miserias e incomodidades de grandísima pobreza hasta verse en ocasiones reducida a no tener pan para comer. Cuando su madre se casó de nuevo, cayó bajo la tiranía de un padrastro, hombre bárbaro y furioso que maltrataba enormemente a su madre. No contento con eso también descargaba sus cóleras sobre ella; y aunque no le diera motivo alguno la molía a palos con tanta crueldad que la dejaba toda amoratada y dolida por los golpes. Sin embargo no dejó nunca de orar a Dios por esa fiera con tal insistencia que obtuvo de la divina misericordia su salvación. Su madre, al ver esto, la obligó a irse y buscar algún sitio donde pudiera entrar a trabajar como sirvienta. Pero cayó en situación peor, aunque de otra laya. Llegó a una casa que era un verdadero infierno. Sus dueños eran

peores que dos demonios. Llevaban una vida que no me atrevo a poner por escrito pues era horrible y abominable. Mientras la hermana María permaneció en esa casa maldita sufrió penas que Dios conoce. Salió de allí lo más prono que le fue posible.

Dije, en tercer lugar, que Dios la puso bajo su protección especial lo que se ve manifiestamente por el cuidado que tuvo de conservarla en su pureza virginal en medio de horrorosos peligros en los que permitió que se viera envuelta, a fin de librarla milagrosamente. Todo esto hace ver claramente que esta persona está en la mano, dirección y protección de Dios desde el comienzo de su vida, de forma no común lo que se verá todavía mejor en seguida.

## **Capítulo 2**

*Cómo la hermana María fue poseída  
corporalmente por los espíritus malignos  
y cómo fue perseguida por los brujos*

La hermana María pasó en tres o cuatro casas por espacio de varios años en calidad de criada. Volvió luego a la parroquia d su nacimiento y se retiró donde su tutor. En ese tiempo fue buscada por varios jóvenes que querían



desposarse con ella. Entre otros se presentó uno a quien su familia querían entregarla para matrimonio, Pero lo rechazó como lo había hecho con otros. Entonces éste recurrió a una bruja que más tarde, fue convencida de maleficio y pasada por la hoguera en Coutances. La bruja le dio un hechizo que él arrojó luego a la hermana María, como lo informó después, para obligarla a amarlo y a casarse con ella. Como consecuencia ella regresó a su casa horriblemente enferma. Al llegar cayó desvanecida y comenzó a lanzar gritos y aullidos espantosos y a sufrir torturas y suplicios tan violentos y continuos que me contó que durante los tres años que pasó en el campo creía no haber dormido ni una hora.

Sin embargo sus familiares, ignorantes de la calidad del mal, la condujeron donde un hombre que se ocupaba de dar remedios a los enfermos que se dirigían a él. Éste la hubiera perdido si Dios no la hubiera liberado del precipicio en cuyo borde se encontraba. Por maravilloso recurso que le inspiró Dios logró escapar de las fauces de ese león y salió de su casa tan pura e incólume como los tres jóvenes del horno ardiente de Babilonia. Pero este dragón, rabioso por haber dejado escapar de sus garras su presa, le arrojó un filtro violentísimo pues era hechicero y vivía de ese oficio. Ese hechizo tenía dos efectos: uno respecto de la hermana María para llevarla y casi obligarla a volver donde ese

hombre diabólico. Era tanta la violencia y rabia que con el fin de resistir se golpeaba con grandes golpes y se arrancaba el cabello. El otro efecto concernía a una mujer anciana que era su tía. Ella la acompañaba por todas partes e incluso por entonces dormía con ella en la misma cama, pues fue la noche que se le dio ese maleficio, para dormirla tan profundamente que fue imposible a la hermana María despertarla, ni gritándole, ni pinchándola, ni volteándola de un lado para otro. No encontrando esta pobre joven remedio a su mal fue inspirada a recurrir a su refugio ordinario que era la santísima. Le dirigió entonces sus plegarias e hizo voto de ir a visitarla en la capilla de La Délivrande, cercana de Caen. Al mismo tiempo la mujer, su tía, se despertó y la hermana María se vio por entero libre de la malignidad de ese hechizo.

Todos los recursos humanos que se emplearon para liberarla de los males extremos que sufría fueron ineficaces. Se comenzó por dudar de que vinieran de obra del diablo. Fue llevada entonces de Coutances y fue presentada al obispo de entonces, monseñor de Briroy. Él la mandó exorcizar. Se vieron entonces las señales de una auténtica posesión. Envió él a su parroquia a algunos para informarse sobre su vida y la de sus padres, y saber si ella o ellos hubieran dado ocasión al espíritu maligno para la posesión, sea provocándola por alguna cólera o cometiendo alguna

otra falta, que en castigo Dios hubiera permitido u ordenado esta aflicción venida a su padre y a su madre y a la misma joven. Se continuó entonces a exorcizarla creyendo siempre que estaba posesa. Esto fue confirmado en varias ocasiones al ser exorcizada en griego y en hebreo por monseñor el obispo de Ruan y por varios grandes doctores. Todos confirmaron la posesión como auténtica, Y luego, por orden de los superiores, yo mismo la exorcicé también, y aunque los demonios no respondieron en griego, sin embargo, sus respuestas eran conformes con lo que se les preguntaba en griego y hacían con exactitud lo que se les pedía de parte de Dios y en virtud de la autoridad de la Iglesia. Durante estos exorcismos esta buena joven era agobiada y atormentada por los brujos que a diario le arrojaban maleficios como se narró en otra parte.

En este mismo tiempo sucedió que los demonios dijeron que por cierto tiempo saldrían de ella. Como no lo cumplieron se les preguntó el motivo y respondieron que cierto hombre, que designaron por su nombre y acusaron de ser brujo lo impedía. No es necesario creer sin embargo que fuera brujo pero Dios permitió esto al demonio para que se produjera una nueva ocasión de sufrimiento a la hermana María. En efecto, este hombre, que tenía mucho poder, conociendo lo que se afirmó de él, entró en gran cólera contra la hermana María. Se dirigió a Ruan y la acusó

ante el parlamento de ser bruja y previno de tal modo a los jueces que decidieron su prisión. Al saber esto su obispo no esperó que vinieran a capturarla sino que él mismo la envía a Ruan, bajo custodia de sus parientes. En el primer alto que hizo en el camino, en el castillo de La Motte, propiedad del obispo de Coutances, se le arrojó durante la noche un terrible maleficio que la incitaba a la corrupción y a perder el tesoro incomparable de la virginidad, para que se la tuviera por una desvergonzada y marcarla con una señal inseparable de la brujería, a saber, la impudicia. Querían persuadir 'más fácilmente a los jueces de que era bruja cuando supieran que no era virgen. Y en efecto con este propósito ordenaron que fuera visitada, como se comentó más ampliamente en otro momento, para cerciorarse de que realmente era virgen, pues sabían que la virginidad y la brujería no van juntas. Pero esta orden solo sirvió para comprobar su perfecta pureza y el cuidado que Dios tenía de preservarla de todos los recursos y malignidades del espíritu inmundo. Si este recurso la hizo sufrir mucho no tuvo sin embargo el efecto que pretendía el brujo que se lo arrojó, lo mismo que otros muchos que le fueron dados por los brujos, y por los cuales estuvo atormentada por espacio de cinco años de diversas maneras pues sus efectos eran todos diferentes.

Una vez llegada a Ruan fue hecha prisionera y permaneció así seis meses, seis semanas en la prisión del patio de la iglesia y el resto en la cárcel del parlamento., donde, como se escribió en otro sitio, sufrió vergüenzas, ignominias y tormentos que no es posible relatar, pero finalmente, aunque los jueces estuvieron muy acuciosos y poderosamente influenciados para condenarla como bruja, la verdad derrotó la calumnia, de modo que el parlamento la declaró inocente y la remitió al obispo para ser exorcizada.

Regresó a Coutances. Allí recomenzaron los exorcismos y como sentía todavía los efectos de los maleficios que se le arrojaron cuando iba a Ruan, en el castillo de La Motte, el exorcista ordenó al diablo, en virtud de Jesucristo, que destruyera él mismo su obra y terminara las maldades de los sortilegios. Respondió que la joven no sería liberada y que en cambio, no bebería ni comería hasta que el brujo que le había arrojado el maleficio viniera y compareciera ante ella. En efecto fue imposible hacerle tomar algo a partir de este momento hasta la llegada del brujo; los demonios lo impedían por orden de Dios. Se busca al brujo y pasan tres días sin poderlo encontrar. Aparece ante la joven. El diablo le habla y le confirma que él fue el que le lanzó el maleficio. Si le arrojé algo que me lo devuelva, dijo. De mil amores, dijo el demonio. Ella lo devolverá todo de

inmediato. Que me den un plato. Se le trae uno en el que arrojó por la boca cierta materia parecida al cerebro humano. Este es el maleficio dijo el espíritu maligno. Está hecho del cerebro de un niño pequeño. Y ciertamente no podía decirse que viniera de algún alimento que hubiera tomado pues hacía tres días que no había bebido ni comido. Dios permitió que de este modo se conociera la verdad.

Hubo otro sortilegio más terrible que el primero. Le fue enviado de París, poco después de su regreso de Ruan. Sucedió que cierto comerciante de Coutances había viajado a París. De regreso, al salir de la ciudad, escucha que lo seguían unos caballeros muy bien montados y muy bien abrigados. Lo abordaron y le preguntaron de donde era y a donde iba. Les dijo: Soy de Coutances, en Normandía. Dijeron: ¿No vive allí una pobre joven posesa? Sí, les replico. Y da compasión por los tormentos que sufre. Uno de los caballeros dijo: precisamente por eso hemos oído hablar de ella. Esto nos ha movido a compasión. Y sabiendo que eres de esa región hemos acudido a ti para darte esta cajita en la que hay reliquias de santa Genoveva. Su relicario fue expuesto en días pasados. Tómala y llévala cuidadosamente. Cuando llegues a Coutances se la entregas a esa pobre joven para que se le aplique. Dicho esto tomaron el camino de regreso a París. El comerciante llega a Coutances y entrega la caja a los que estaban con la

hermana María y Dios permitió que se la aplicaran sin mirar lo que contenía. Ella sintió de inmediato lo que era. Era una falsa reliquia que contenía un sortilegio que producía tres efectos: el primero, incitarla a proferir las más extraordinarias blasfemias del infierno. El segundo, arrojarla a las más infames suciedades y las más fétidas abominaciones que puede darse. El tercero moverla al asesinato y a la masacre llevándola a estrangular, degollar, desmembrar y devorar a todo el mundo. El propósito de los brujos que habían preparado este sortilegio era obligarla a hacer alguna acción reprensible y criminal para tener motivo de desacreditarla, acusarla y hacer que cayera de nuevo en manos de la justicia para que fuera castigada y exterminada del todo. Todo esto sirvió solo para mostrar el cuidado de Dios con esta criatura. Por virtud de su brazo aniquiló todos los efectos de este encantamiento e hizo vanos e inútiles todos los esfuerzos de los poderes infernales.

Esto dio ocasión a la hermana María para rogar a Nuestro Señor que tuviera misericordia de los brujos y pedirle sufrir por ellos en este tiempo las penas que merecerían sufrir eternamente, como se dijo más ampliamente en otra parte. Pero por más que se esforzaba por hacerles bien tanto más buscaban hacerle mal. Viendo que todos sus encantamientos y acciones diabólicas no eran

lo bastante fuertes para hacerla caer en el pecado y arrebatarle la gracia de Dios se empeñaron por quitarle al menos su buen nombre y desacreditarla ante todo el mundo. Es un efecto buscado por la malicia humana contra las personas y cosas que honran a Dios. Conozco a un hombre que infortunadamente se enganchó con este detestable partido por espacio de diez años y participó varias veces en sus execrables asambleas nocturnas. Por efecto extraordinario de la divina misericordia se retiró de allí. Me aseguró que cuando hay alguna obra en la tierra hecha para la gloria de Dios, sus mayores enemigos, los brujos, se reúnen para decidir buscar medios de impedirlo o destruirlo o debilitarlo o al menos hacerle mala imagen ante los hombres para que produzca menor fruto. Fue lo que buscaron hacer respecto de la obra que la divina bondad hace a la hermana María. Se vio a una joven desvergonzada, suscitada y enviada por esta tropa infernal, como es fácil presumir, para ir a lugares y ciudades vecinas a Coutances, como el Monte San Miguel, Saint-Malo, Bretaña y otros varios lugares, donde se hacía llamar María des Vallées y decía que era la posesa de Coutances. Donde quiera que se encontrara robaba y hacía otras acciones malas que luego contaba con facilidad. Cuando se le preguntaba por qué las hacía decía, como excusa, que a ello la incitaba el diablo. Iba a veces más allá pues decía que le había acontecido gran



calamidad, a saber, que se había dado al diablo, que por esa razón era posesión del demonio, y que incluso llevaba en sí las señales y la marca. Lo mostraba, apartando sus cabellos, un poco encima de la frente. Vi a una persona muy proba y de muy buen sentido que me contó que pasó quince días en Saint-Malo de Lisle, que allí le mostró esta marca y para probarlo se aplicó una aguja muy larga y la hizo entrar casi en su totalidad sin que brotara sangre y sin que manifestara algún dolor. Esto hace conjeturar con fundamento que era bruja y que llevaba visiblemente la marca que el diablo acostumbra imprimir en los que le pertenecen por esta calidad condenable. La persona que lo escuchó de su boca y que vio la marca de Satán me aseguró que se hacía llamar en la dicha ciudad María des Vallées. Declaraba ante toda la gente que era la posesa de Coutances. Pero es cierto que la hermana María jamás fue a Saint-Malo. Paso por alto otras picardías y maldades que esta malvada joven hizo en otros lugares para difamarla, todas comprobadas y reconocidas con toda certeza como la precedente.

Todo esto muestra bien la rabia extrema de que el infierno estuvo animado contra esta buena joven. No es pequeña prueba de que estuvo siempre amada del cielo. Por eso el infierno la odia tanto y los principales seguidores

de Satán, los brujos, le hacen guerra cruel. Pero siempre salió victoriosa fortalecida por el poder del Altísimo.

### ***Intercambio entre la voluntad de la hermana María y la de Dios***

Entre cantidad de hechos maravillosos que se dieron en la hermana María uno de los principales es el intercambio que Dios le hizo hacer de su voluntad con la suya. Todo sucedió así. Alrededor de cuatro años después de su posesión, Dios le imprimió un muy grande odio al pecado y un deseo ardiente de jamás ofender a su divina Majestad. Asegura, con grande y cordial verdad, que solo él conoce como era de fuerte este odio y como era poderoso este deseo. Esta impresión permaneció en su espíritu y permanecerá eternamente en él. Afirma que le es imposible dudar que esto no venga de Dios. El deseo provenía del horror inconcebible que tenía del pecado y del amor purísimo que profesaba a Dios. No temía el pecado ni deseaba quedar eternamente liberada de él por el temor que tenía del infierno y de los castigos que le están preparados sea en este mundo sea en el otro. Por el contrario, dirigía a Dios esta oración: “Con tu sabiduría infinita conoces todos los pecados en que hubiera caído en

vida. Me has preservado de ellos por tu misericordia. Te ruego que me hagas sufrir todas las penas que por ellos merecido según el rigor de tu justicia. Duplícalas o centuplícalas según tu beneplácito y guárdame de la culpa”. Hizo esta oración a Dios durante dos años con devoción y fervor indecibles. La confirmó en este deseo y en esta oración un libro del R. P. Cotton, jesuita, llamado: *Ocupación interior de un alma devota* que le cayó entre manos. En él encontró la siguiente oración al comienzo del libro.

### ***Oración del R. P. Cotton***

Reconozco, con mucho daño para mí mismo, qué perjudicial soy para mí y cuán grande es mi fragilidad. Tengo todas las ocasiones para temer que a partir de esto haga todo lo contrario de lo que acabo de prometer. Oh Dios, todopoderoso e inmutable, apiádate de tu frágil obra. Extiende tu mano fuerte y tu brazo invencible para socorrer la obra de tus dedos. No permitas que una criatura, cuyo rescate te ha costado tanto, te sea arrebatada tan fácil e indignamente. Si mi voluntad es requerida, ahí la tienes entre tus manos. Te la doy y te la vuelvo a dar irrevocablemente. Y como no hay nada mejor adquirido que

lo que ha sido dado, oh Dios de mi corazón, ordena que el don que quisiste hacerme de ti mismo autorice el don que hago de mí mismo. Y que esta donación, tanto en vida como a causa de tu muerte, sea fielmente insinuada, inserta y registrada en tu eternidad. Que, aunque quisiera retirarla no pueda revocarla y que tal sea por tu gracia la disposición de mi última voluntad.

Manifiesto con todas las veras de mi voluntad, con todos los esfuerzos de mi libre albedrío, y con toda la posible plenitud de mi consentimiento, que quiero ser totalmente tuyo y sin excepción. Quiero lo que tú quieres. Detesto lo que abominas. Y si acontece que cometa u omita algo en contra de tu beneplácito, que suceda por sorpresa, contra mi voluntad, totalmente opuesta a lo que me haces la gracia de querer cuando gozo de mis sentidos y consciente de tu asistencia y de mi consentimiento. Y si se da que por extrema fragilidad (a cuya sombra mi alma se estremece de temor) yo hubiera aportado mi consentimiento contra lo que quieres., no permitas, Dios de verdad y de bondad infinita, que dicha falta me sea imputada, pues yo renuncio a ella ahora como entonces. El consentimiento que tú autorizas de tu parte debe prevalecer al que solo es mío por desventura, y cuyo primer motor es el enemigo de tu gloria y de mi salvación. Se dice que cada uno puede renunciar a sus derechos. Renuncio por

tanto a mi propia voluntad, tanto y cuantas veces, esté tentado y en peligro de ofenderte. Y en cambio no ceses de forzarme al bien en todo tiempo, sin consideración a mi libertad, mirándola como tu esclava. Que si es tu beneplácito tenerla en cuenta, ten presente que mi voluntad es no tener ninguna voluntad inclinada al mal. Que en ese punto sé condescendiente con mi libre albedrío, como si lo trataras como el de los libres, pues renuncia absolutamente por tu gracia a todo derecho de naturaleza.

¿Cómo puede llamarse derecho al derecho de ofenderte? ¿Qué perfección hay en ceder a la imperfección? ¿Puede llamarse fuerza al desfallecer? El pecado no es un efecto sino más bien una defectuosidad. ¿Si fuera perfección ser libre para hacer el mal, no lo tendrías también tú, Dios mío? Es todo lo contrario: que abunde en mí tu imagen; que como tú, mi prototipo, *eres impecable por naturaleza, yo lo sea por gracia*.

Las almas bienaventuradas que ven tu rostro, no solo no pueden pecar sino que necesariamente te aman y no cesan nunca en este noble ejercicio. Sin embargo sin cesar están en ejercicio de su libre voluntad, pues cierto que tus obras no se destruyen entre sí y que *la gracia no deteriora sino que perfecciona la naturaleza*. Etc.

Esta es la oración del Padre Cotton. La compuso para sí mismo y para ponerla entre las manos de los fieles a fin de

que cada uno pudiera hacerla suya. Fue lo que hizo la hermana María durante dos años casi a diario, ante el Santísimo Sacramento y con ferviente devoción. En seguida vio ella la divina voluntad en visión no corporal o imaginaria sino solamente intelectual.

La vio bajo forma alguna, figura o imagen sino como una verdad presente (son sus propias palabras), y con tan gran certeza de claridad que lo que contemplamos con nuestros ojos corporales no nos parece tan claro. Le fue imposible dudar de que fuera la adorabilísima voluntad de Dios, que le habló así: “Pides a Dios que te quite tu libertad y que tome tu voluntad y te dé la suya para que no tengas otra distinta y con esto deseas comulgar a menudo. Pero si se te quita tu voluntad y en su lugar te ponen la de Dios no harás en adelante lo que quieras. No comulgarás cuando lo desees. Aún más, se te podrá privar del todo de la comunión. Piensa bien en lo que pides. La santa comunión es el gran camino real del paraíso por el que han caminado todos los santos. Ese camino en que quieres entrar es muy difícil y peligroso. Mira bien lo que haces”.

A este propósito comienza a razonar para sí misma. “La divina voluntad es Dios. La santa comunión es Dios también. Pero si yo comulgara todos los días podría todavía caer en el pecado, pero si mi propia voluntad está aniquilada y la de Dios se me en su lugar, no lo ofenderé más pues, solo mi

propia voluntad puede cometer pecado. Por eso renuncio de todo corazón a mi propia voluntad y me doy a la adorabilísima voluntad de mi Dios para que me posea perfectamente y no lo ofenda más”.

Luego viene la fiesta de la Concepción inmaculada de la bienaventurada Virgen en la que sintió deseo extraordinario de comulgar, y en efecto, comulgó. Pero a partir de entonces le fue imposible comulgar sacramentalmente. Sin embargo comulgaba espiritualmente y sentía y recibía todos los efectos y frutos de la santa comunión como le acontecía cuando comulgaba sacramentalmente, a saber, ardentísimo y muy puro amor a Dios, deseo casi infinito de seguir en todo y por todo la adorabilísima voluntad, gran caridad para el prójimo, amor tierno y sensible a todos aquellos de quienes había recibido algún desaire, celo devorador por la salvación de las almas, afecto incomprensible a los sufrimientos, desprecio extremo de sí misma, horror inconcebible al pecado, odio irreconciliable a los honores y desprendimientos entero de toda cosa.

Pasó todo un año sin poder comulgar sino de esta manera, En efecto no hacía lo que quería pues la divina voluntad había tomado posesión de ella. Sin embargo no estaba confirmada en este estado, de modo que podía salir de él. Dios quería darle este año para que escogiera y

deliberara sobre lo que debía hacer respecto de este intercambio que deseaba entre su voluntad y la de Dios.

Es la conducta que su divina bondad suele tener cuando decide hacer una obra maestra de gracia en un alma. Podría él hacer sus obras en nosotros sin nosotros, pero para lo que él nos quiere dar busca primero nuestro consentimiento. Por esta razón, al querer obrar la mayor de sus obras, el misterio de la encarnación en la sacratísima Virgen, le envió un ángel para pedirle que expresara su consentimiento.

De esa manera la obra que su divina Majestad tenía designio de hacer en esta alma, por ser de maravillosa consecuencia, y puesto que esta transformación o permuta de su divina voluntad con la suya era como su fundamento, luego de haberla dispuesto poco a poco por los deseos ardentísimos que le infundió, por las oraciones muy fervorosas que le inspiró hacer con este motivo, por espacio de unos dos años, quiso concederle todavía un año para deliberar con más serenamente y dar su consentimiento más libre y más firme.

Terminado este año la divina voluntad se le manifestó de nuevo del mismo modo que la primera vez, y le dijo: “Es hora de definir y determinar lo que has pedido tanto, a saber, que se te prive de tu voluntad para darte la de Dios. Considera bien lo que vas a hacer pues es preciso definirlo



por contrato. Antes de establecerlo eres libre de hacer lo que quieras. Pero una vez establecido no gozarás ya de tu libertad. No podrás hacer, ni decir, ni pensar, ni querer, sino lo que a mí me plazca. Si quiero te privaré de la santa comunión y te haré ir por un camino espantoso. El camino de la comunión está lleno de flores y rosas, lleno de gracias y bendiciones, de divinas consolaciones, pero te llevaré por un camino lleno de espinas, cruces y sufrimientos. Podría incluso enviarte a servir a los diablos en los infiernos”.

Finalmente, dice la hermana María: “la divina voluntad me hizo ver tantas penas, angustias y dolores, tantos tormentos atroces que sufriría por el camino por donde me conduciría si lo escogía. Fui sobrecogida de tal terror que todo el cuerpo me temblaba de manera inusitada. Pero eso no me impidió dar la siguiente respuesta: Solo tengo una cosa para decir: odio tanto el pecado que estoy dispuesta a sufrir tantos infiernos como Dios pueda hacer, si fuera preciso, para que el pecado nunca tenga parte en mí. Para ello, conocedora de que solo mi voluntad es capaz de cometerlo, renuncio a ella con todas mis fuerzas pase lo que pase. Escojo la adorabilísima voluntad de Dios y me doy a ella cuanto puedo hacerlo para que establezca su reino en mí tan perfectamente que el pecado jamás entre en ella. Solo me reservo una cosa: obedecer tanto como pueda a la Iglesia y que si fallo en algo, solo lo imposible podría

forzarme a ello. Haré siempre de mi parte en cuanto esté en mi poder, seguir sus órdenes”.

Así se hizo el intercambio de la voluntad de la hermana María con la de Dios. Así me lo contó ella misma por orden que Nuestro Señor le dio. Me lo contó con profunda verdad, sinceridad y sencillez, sin ninguna exageración, pues nada ama tanto como la verdad y detesta fuertemente lo que la hiere aunque sea poco. “Es la hija amada de Dios, dice ella, jamás la traicionaré”. Cuantos tuvieron comunicación con ella, incluso las personas que le son contrarias, se sienten obligados a afirmar que está llena de ingenuidad, candor, verdad y fidelidad.

### ***Consecuencias de este intercambio***

De este intercambio muchas cosas dignas de toda consideración se siguieron. Entre ellas señalo ahora dos principales. La primera, que a partir de ese momento, esto hace unos cuarenta años, no tiene ninguna libertad ni interior ni exterior. En cuanto al exterior, no puede orar cuando quiere, es decir, según la voluntad de los sentidos y de la parte interior. En cuanto a la voluntad de espíritu, nada quiere distinto de lo que Dios le hace querer, ni tanto tiempo como quisiera, ni decir las oraciones que desearía. Lo mismo pasa con la bebida, la comida, el vestido, la

levantada, la acostada, con sus idas y venidas y así de lo demás. La divina voluntad le regula todo esto. No está en su poder mover sus pies, sus manos, su lengua para hacer o decir algo distinto de lo que le es ordenado por Dios. Hay un ejemplo semejante en santa Catalina de Génova, pues se cuenta en el capítulo 13 de su *Diálogo* que Dios regulaba su beber, su comer, y toda otra cosa.

Lo referente a su interior es más admirable. Está de tal modo privada de su libertad, de usar las facultades de su alma, que no puede ni acordarse a voluntad de sus sentidos de lo que quiere, ni pensar lo que quisiera, ni querer cosa alguna, por buena y santa que sea, sino cuando la divina voluntad lo quiere y la aplica a ello. Por ejemplo, cuando quiere pensar en la Pasión de Nuestro Señor no está en su poder hacerlo. Dice: “Se me impide como a una persona que quisiera entrar por una puerta y se le dice: Retírate, y se le cierra la puerta cuantas veces sea”. En otras ocasiones cuando me encuentro en el límite de mis angustias y necesito ser confortada más que de ordinario, se me abre la puerta y se me llama: “Ven, ven aquí”, y entonces ingreso libremente y se me permite pensar en cualquier misterio de la Pasión pero por poco tiempo pues encontraría consolaciones y es preciso que sufra. Solo se me permite esto dentro de grande y extrema necesidad. Luego se me hace salir y se me cierra la puerta y se me priva de seguir

pensando en ella. Así cuando quiere pensar (entiendo que voluntariamente) en la divina justicia, a la que ama extremadamente, o en cualquier otro de los divinos atributos, o en algún misterio o verdad cristiana no le es posible hacerlo sino cuando la divina voluntad la dedica a hacerlo.

Hay prueba de esta verdad. En el temor que le asiste de estar engañada y con el deseo intenso de conocer la verdad rogó cientos de veces a Nuestro Señor, con abundancia de lágrimas, que le permitiera pronunciar solo una vez interiormente el santo Nombre de Jesús, es decir, formar un pensamiento con este santo Nombre, en todo o en parte, y que se le concediera este permiso, pues ella cree como artículo de fe que todo esto son engaños; y jamás le ha sido posible pronunciarlo ni de corazón ni oralmente con este motivo, o sea, pensarlo con esta intención. Pero para testimoniar que lo que pasa es de Dios le es está siempre permitido pronunciarlo mentalmente y de corazón tantas veces cuantas quiera.

Lo mismo pasa tanto en la voluntad como en la mente y la memoria. Por ejemplo, aunque ella tiene un amor increíble por el Santísimo Sacramento, sin embargo durante treinta y tres años, más o menos, no pudo comulgar. No estaba en su poder quererlo. No se cansaba de hacer exteriormente todos sus esfuerzos para disponerse a fin de

obedecer a la Iglesia, pero le era imposible formular siquiera un solo acto de voluntad. Cuando se llegó el tiempo en que Dios quiso que comulgara tuvo meses antes fortísima voluntad y grandísimo deseo de la comunión.

En lo que respecta a la memoria tuve varias veces la experiencia, sobre todo en tiempos de la primera misión en Coutances. Sucedió cuando se vio obligada, forzada, a decirme cantidad de cosas que tengo escritas pues están llenas de muchas enseñanzas muy santas y útiles. Nuestro Señor la forzó, si puede decirse, a comunicármelas. Digo que la forzó pues ella ha tenido siempre gran repugnancia para hablar de estas cosas y nunca ha hablado a nadie de ellas sino por obligación. Me aseguró varias veces que si estuviera en su poder no hablarlas jamás me hubiera dicho una palabra. Y lejos de sentir satisfacción o complacencia más bien se le convertía en tormento tan grande que es difícil expresarlo como lo demostraban su rostro, sus lágrimas y quejas. Con el fin de escucharla la veía de ordinario una o dos horas cada día. Dios ponía en su memoria tantas cosas como podía decirme, a veces más a veces menos, según diera el tiempo que yo pudiera emplear razonablemente sin perjuicio de los ejercicios de la misión. Retenía esto en su memoria el tiempo que gastaba en decírmelo. Era para ella como una carga muy pesada que soportaba penosamente. Se obligaba a descargarla

diciéndomela. Y una vez que me decía lo que se le hubiera puesto en la memoria para comunicármelo ese día, no tenía ningún otro recuerdo de cosas que hubieran pasado en ella aunque fuesen muy numerosas. El día siguiente se ponía en su memoria otra cantidad conforme al tiempo disponible para mí y para ella. Eso duró unos quince días.

Es claro entonces que no gozaba de libertad para usar de las facultades de su alma. Que estaban atadas, como muertas y aniquiladas en sí mismas, sin acción ni movimiento sino por la divina voluntad que en ella vive y reina perfectamente.

### ***Segunda consecuencia de dicho intercambio***

La segunda cosa que vino del intercambio de la voluntad de la hermana María con la divina voluntad fue que a partir de ese momento, se produjo en ella por unos treinta y tres años imposibilidad para comulgar. Cuando se acercaba a la santa mesa y el sacerdote se acercaba a ella para darle el Santísimo Sacramento los espíritus malignos, en cuya posesión estaba, ponían impedimento sea tirándola al suelo sea volviéndole la cabeza o por cualquier otra agitación corporal. Durante todo ese tiempo nadie, ni obispo ni sacerdote, pudo darle la santa hostia no obstante todos los esmeros y diligencias, y los esfuerzos imaginables

que se usaron tanto de parte de la Iglesia como de su parte. De su lado nunca omitió de cuanto podía hacer para disponerse a comulgar. Además se usaron durante mucho tiempo oraciones, ayunos, limosnas, peregrinaciones y exorcismos según el poder que Dios concedió a la Iglesia sobre los demonios para levantar los obstáculos que aportaban. Se le hizo practicar gran número de peregrinaciones a varios lugares de devoción como el monte Saint-Michel o Nuestra Señora de la Délivrande. A este lugar fue conducida una vez al año durante quince años de forma consecutiva. Allí era exorcizada ante la imagen de la santa Virgen. En todos esos viajes era acompañada por varios santos eclesiásticos a cuya dirección había sido confiada por su obispo, y por buen número de gente, laicos muy piadosos de uno u otro sexo. Todo eso se realizaba con gran devoción, tanto a la ida como al regreso. La finalidad era obtener de Dios que pudiera comulgar si así fuera su beneplácito.

Además se practicaron con este fin exorcismos todos los días por espacio de un año entero ante el Santísimo Sacramento con las mejores preparaciones y disposiciones que era posible aportar, usando de toda la autoridad, poder y eficacia que la Iglesia tenía sobre los demonios. Respondían y afirmaban siempre que no podía desobedecer a esas órdenes que venían de Dios y que él lo impedía; y

cuando se les pedía dar una explicación decían que no la conocían y que no tenían acceso al consejo eterno de Dios.

***Los deseos extraordinarios de sufrir que tenía la hermana  
María y los sufrimientos extremos que padeció***

Cuando Dios infundió en el corazón de la hermana María esos grandes deseos de estar enteramente alejada del pecado le imprimió también deseos de sufrir para destruirlo en los demás tan fuertes y ardientes deseos que no hay palabras para expresarlo ni entendimiento humano capaz de comprenderlo

“Estoy cierta, decía ella, que solo Dios puede conocer la grandeza y la extensión de esto. Eran tan grandes que estoy cierta de que todos los poderes humanos y angélicos del cielo, de la tierra y del infierno no eran capaces de hacerme sufrir todo lo que yo deseaba y que solo la mano poderosa de Dios tenía ese poder; apenas podía creer que Dios mismo pudiera satisfacer el hambre en cierto infinita que tenía de sufrir. El infierno con todos sus tormentos me parecía una cereza para semejante hambre”. En efecto, cinco años de suplicios del infierno no fueron bastantes para satisfacer esta hambre ni de acallar estos deseos. Por el contrario, solo lograron aumentarlos. Tengo un conocimiento infalible de que tales deseos no residían en



los sentidos sino que estaban profundamente grabados en lo más profundo del espíritu. Los sentidos no piden sufrir y son incapaces de semejantes deseos, deseos tan profundos, poderosos, firmes e invariables, de larga duración.

El espíritu deseaba ir al mal doloroso de doce años, más espantoso todavía y más terrible que el infierno. Estos ardorosos deseos procedían del odio cuasi infinito que tenía contra el pecado y del amor inconcebible que albergaba por las almas. Este odio y ese amor la impelían a pedir a Nuestro Señor sufrir las penas del infierno a fin de preservar de ellas a los brujos y obtener su conversión y la destrucción del pecado en ellos, como ya se dio ampliamente. “No sabes lo que estás pidiendo”, le dijo el Hijo de Dios. Perdóname, respondió ella. Conozco bien lo que pido: pido a mis hermanos que se pierden. Tengo conocimiento muy cierto de que estás buscando a alguien que quiera sufrir por ellos las penas del infierno en ese tiempo a fin de librarlos de ellas en la eternidad. En efecto, dice, veía el Amor divino que buscaba a alguien para esto. Me ofrezco a ti con esa intención. Pero merecieron la Ira de Dios, añadió Nuestro Señor. -Estoy dispuesta para llevarla en su lugar, con tal que les tengas misericordia. Oh, si supieras el gran deseo que tengo de sufrir por la salvación de las almas no me dirías que no sé lo que pido.

Un exceso cuasi infinito que tiene de sufrir por la salvación de las almas la lleva a hablar así. “Temo, decía también, que no tengas suficientes tormentos para darme”.

Luego de haber orado por dos años a Dios y haber hecho cantidad de mortificaciones para obtener de él que le diera los suplicios del infierno para librar de ellos a los que los habían merecido, fue escuchada, Bajó al infierno para permanecer en él cinco años de la manera como se ha dicho en otra parte. Allí padeció lo que solo Dios conoce. Sin embargo las gehenas y los tormentos infernales no fueron suficientes para enfriar, así fuera poco, el ardor de los deseos que tenía de sufrir. Por el contrario los encendieron más y más. En testimonio de ello, cuando estaba en medio de los fuegos del infierno, todas las furias infernales que la atormentaban de diversas maneras y todos los suplicios que padecía como la sed, el hambre, la rabia, la desesperación y otras se presentaron bajo diversas figuras y le declararon que Dios las había enviado donde ella para pedirle tregua y que, si se la concedía, tenían orden suya de irse y de dejarla libre y exenta de toda suerte de pena. Pero les respondió así: “Pues si tengo la opción de despedirlas o retenerlas, les prohíbo absolutamente que se vayan y les ordeno que permanezcan aquí y cumplan su tarea hasta que el que les ha ordenado venir les ordene salir de aquí”.

Queda claro que los sufrimientos eran como su centro y que el infierno era como su paraíso, tan hambrienta estaba de padecimientos.

Carguen, carguen, decía ella, gracias a Dios no podemos soportar sino lo que Dios puede hacer. En efecto, el que la había escogido para hacerle sufrir penas en algún modo infinitas y que había impreso en ella deseos como infinitos de sufrirlas la revestía y animaba con su fortaleza divina que es infinita.

### ***Otro infierno en el que estuvo la hermana María durante doce años***

Al salir la hermana María del infierno entró en un estado bastante moderado en comparación del precedente. Permaneció tres años en este estado durante el cual estaba poseída y animada por la divina Justicia, de forma extraordinaria, que obró en ella tres efectos principales.

1. Le comunicaba el odio incomprensible que tenía contra el pecado y el celo ardiente con que lo perseguía sin cesar para castigarlo y destruirlo.
2. Hablaba por su boca y decía con ardor increíble cosas terribles y poderosas contra ese monstruo, en cuanto a su fealdad, horror y malicia. Se refería a sus efectos prodigiosos y detestables y sugería los medios que debían

utilizarse para destruirlo. En esos tres años aportó como el mejor y más idóneo escritor del mundo escribiendo de continuo sobre ese asunto Soy testigo de ello y lo son también los que fueron testigos oculares.

3. Le anticipaba de diversas maneras y bajo varias figuras los tormentos indecibles que debía sufrir dentro de poco y le daba deseos incomparables de entrar en ese estado. Esto le hacía decir estas palabras con abundancia de lágrimas: “Me quiero ir de aquí, me quiero ir”. Se refería a un horrible mal que llamó el mal de los males.

Pasados esos tres años entró en este mal que comenzó como un rayo de fuego que le atravesó el corazón. Era la Ira de Dios. “Es un infierno del todo nuevo, decía, que el divino Amor hizo para mí. Sobrepasa en tal forma, en rigor y vigor, los suplicios del infierno de los condenados. Si hubiera estado en mí escoger hubiera preferido un año en las penas de este que una hora de suplicios de aquel”.

“El infierno ordinario fue solo una merienda escasa para el hambre insaciable que tenía de sufrir. Este infierno nuevo ha sido un festín copioso que me satisfizo totalmente”.

“Nuestro Señor me aseguró que como una pajita no podría resistir mucho tiempo en una hoguera ardiente sin ser reducida a cenizas, de igual modo yo no hubiera durado un momento en este infierno sin ser consumida, si él no me

hubiera preservado por gran milagro. Yo sufro la Ira de Dios en el primer infierno como lo sufren los demás condenados. Esa ira sin embargo no se desbordaba sobre mí como tampoco sobre la tierra, pero sí se desbordó sobre mí durante el mal de doce años. *Pasaron sobre mí tus iras y tus terrores me conturbaron. Tu furor se descargó sobre mí e hiciste caer sobre mí tus oleadas. El día de la vendimia fue para mí el día de tu furor* (Sal 88, 17.8. Lam 1, 12 según Vulgata). Así, para comprender lo que padeció durante esos doce años, y más de diez y nueve años después, se necesitaría comprender el terror y el tamaño de la Ira de Dios. *¿Quién conoce el poder de tu Ira o contar sin temor tu indignación?* (Sal 90, 11).

Sería preciso conocer lo que es el pecado y qué es llevar el peso espantoso y la malignidad aterradora del número incalculable de crímenes de los demás, por quienes se ofreció a la divina justicia, para darle satisfacción. Nuestro Señor le dio a conocer que ese mal de doce años es participación y una renovación de lo que él mismo padeció cuando llevó sobre sí todos los pecados del mundo e incluso cuando fue hecho pecado por nosotros por voluntad del eterno Padre. De ello san Pablo escribió estas terribles palabras: *El que no conocía el pecado por nosotros fue hecho pecado para que fuéramos justificados por él* (2 Cor 5, 21).

Finalmente lo que tuvo que sufrir en este segundo infierno sobrepasa de tal forma lo del primero que Nuestro Señor le dijo que para tener digna compasión de las penas sufridas por ella en el primero habría que hacer un mar de lágrimas de agua; pero que para tener justa conmiseración de los suplicios que soportó en el segundo sería necesario llorar hasta formar un mar de sangre. Ese mal duró doce años completos, como ella dice, es decir, con fuerza y rigor. Pasó siete años sin dejar de llorar noche y día hasta el punto que sus dos ojos eran dos fuentes de lágrimas que nunca se estancaban.

Podría preguntarse de donde procedía tal abundancia de aguas. Durante los cinco años primeros a menudo se fundía en lágrimas pero no eran tan abundantes como en los últimos siete. Pero durante los doce estaba de tal modo estuvo embriagada de dolores, de angustias y torturas que a menudo permanecía fuera de sí y privada de sus sentidos, sin saber quien era, ni donde estaba, ni lo que hacía, aunque sin embargo jamás hizo nada extravagante que pudiera herir o desedificar a alguien.

Pasados esos dos años siguió llevando las llagas de ese horrible mal del cual habla todavía en julio de 1634, es decir, diez y nueve años y cinco meses después. A decir verdad no fueron tan crueles como el mismo mal pero sin embargo no cesaron de hacerla sufrir más allá de lo que

puede decirse. Hablo de lo que vi y puedo asegurar sin hipérbole ni exageración. La vi muchas veces en un estado doloroso y lamentable. Tenía el rostro bañado en lágrimas y lanzaba gritos tan vehementes, que la violencia de las torturas le arranaba, que hasta un corazón de roca se hubiera visto movido a compasión.

Este es un compendio de las cosas más notables que sucedieron a la hermana María. Digo que es un compendio porque cuanto se ha podido decir o escribir es muy poco frente a la infinidad de cosas maravillosas e inauditas que la muy buena y poderosa mano de Dios obró en esta pobre joven, venida de un pueblo minúsculo, poseída en su cuerpo por espíritus malignos, olvidada, menospreciada y desconocida en la tierra. *Dios eligió lo despreciable para confundir a lo fuerte. Te alabo, Señor, del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Está bien, Padre, porque así lo has querido. Miren ustedes, los que desprecian, y admírense porque en sus días voy a realizar una obra que ustedes no creerán si se la cuentan* (Cf. 1 Cor 1, 28; Mt 11,25-26; Hech 13, 41).

***Anotaciones sobre lo dicho que pone de manifiesto  
que es obra del Espíritu Santo***

Quienquiera mire atentamente lo narrado verá claramente el dedo de Dios y el carácter de su divino Espíritu, y concluirá que es obra de su mano omnipotente. En efecto lleva señales verdaderas. Si deseas verlo manifiestamente abre los ojos y:

1. Observa que esta criatura fue prevenida desde su más tierna infancia con las más extrañas bendiciones del cielo; que Dios la instruyó y condujo él mismo y le imprimió desde que alcanzó el uso de razón gran odio al pecado y un amor muy particular a la divina voluntad, como también deseo ardentísimo de seguirla en todo y por todo. Le inculcó un afecto muy particular a todas las virtudes cristianas que practicó en alto grado desde ese momento. Carecía entonces de instrucción y ejemplos que la impulsaran a ello, y en un lugar que por entonces estaba lleno de corrupción y de abominaciones, donde los vicios más execrables reinaban pública e impunemente. Que el Espíritu de Dios le imprimió también desde su infancia amor extraordinario por la castidad y le inspiró el deseo de conservarla perfectamente en toda su vida; que en ese punto la tomó bajo su especial protección, y que la libró milagrosamente



de varios precipicios y la alejó de las suciedades del pecado en el que hubiera caído infaliblemente.

2. Anota que cuando supo que era posesa aceptó de corazón este estado de sufrimiento y de humillación como escogido para ella por Dios y dado como medio más apropiado para su salvación. Tomó entonces la resolución de obedecer exactamente a cuanto le fuera ordenado en los exorcismos y lo ejecutó siempre fielmente. Amó hasta tal punto esta condición dolorosa y despreciable de posesa que no hubiera querido cambiarla por la más gloriosa dignidad del mundo.

3. Observa que la causa de ser horriblemente atormentada durante cinco años por los maleficios que los brujos le arrojaban cada día fue la caridad y la compasión que tuvo a las desdichadas jóvenes que veía perderse por este medio diabólico. Se sintió obligada a pedir a Nuestro Señor que permitiera que los brujos le arrojasen todos los encantamientos que les harían para preservarlas de ellos, pues se decía: “Estoy entre las manos de la Iglesia que sabrá librarme”.

4. Considera que el principio y la fuente del intercambio que se hizo de su voluntad con la de Dios fue el deseo ardentísimo que tenía de no ofenderlo jamás. Su deseo fue siempre muy puro y desinteresado. Decía en ocasiones, cuando sentía temores de estar engañada, “si me engaño y

estoy perdida, es por el deseo de renunciar por entero al pecado y a mi propia voluntad que es su raíz. Ese deseo me habría arrojado al engaño y a la perdición”. Pero ¿será posible que Dios, que es tan bueno y desea tanto nuestra salvación, vaya a permitir que un alma que solo desea agradarle y hacer en todo y por todo su santa voluntad, y que solo teme desagradarle con algún pecado, sea abandonada a la ilusión y a la seducción del diablo?

5. Haz de saber que la manera como la hermana María vivió la voluntad divina antes de este intercambio fue por visión no corporal ni imaginaria sino puramente intelectual. No la vio bajo figura o forma alguna sino como una verdad presente, como ya se dijo. Esta especie de visión no está sujeta a la ilusión sino como lo enseñan los doctores que tratan de este asunto. Incluso santo Tomás dice que la visión intelectual de que habla san Pablo es el tercer cielo al que fue arrebatado<sup>2</sup>.

6. Observa que solo Dios puede imprimir en el espíritu deseos semejantes a los que la hermana María tuvo, tanto de no ofender a Dios sino de sufrir por Dios, es decir, deseos tan puros, tan ardorosos y firmes, tan duraderos y fuertes que la violencia de los tormentos del infierno, no fueron capaces de quebrantar. No existe hombre, ni ángel, ni diablo, que pueda infundir tales deseos. Solo Dios es capaz

---

<sup>2</sup> Suma teológica 2, 2, q. 173, art. 3, ad 4.

de imprimirlos tan poderosamente como los que la hermana María experimentó. El diablo podría poner en la imaginación y encender en los sentidos alguna clase de deseos, que incluso pasarían al espíritu, referentes a objetos que serían conformes con nuestra naturaleza y podrían traerle alguna satisfacción. Pero si él pudiera despertar algunos referentes a un objeto que fuera del todo contrario a la naturaleza del hombre como son los sufrimientos, esos deseos no serían sino imaginarios, sin solidez alguna, ni verdaderos, y por tanto pronto se disiparían como humo, especialmente durante la prueba de un vehemente sufrimiento. Incluso si fueran auténticos no tendrían ninguna consistencia ni serían de larga duración y esto por tres razones:

La primera, los sentidos e incluso el entendimiento humano están penetrados hasta el fondo de su naturaleza de grandísima debilidad, inconstancia, ligereza y mutabilidad. No está por tanto en poder del espíritu maligno dotarlos de algo estable y permanente pues no le es posible cambiar la naturaleza de las cosas.

La segunda, lo que es violento no puede ser duradero. Entonces, los deseos de sufrir por demasiado violentos estarían contra la naturaleza por estar en estado muy grande de violencia. Serían contrarios a todas sus inclinaciones naturales que la llevan incesantemente a huir

de todo lo doloroso y penoso y a buscar lo que le trae satisfacción.

La tercera, por ser imposible que la naturaleza pueda inclinarse a algo que no es conforme con ella misma, el espíritu maligno no puede infundir en nosotros un deseo de sufrir si no nos hace ver por ilusión o engaño algún bien imaginario en los sufrimientos. Este deseo no podría subsistir cuando de hecho se encontrara en tormentos tales como son los que la hermana María soportó por tantos años, si no descubriera en ellos el bien que imaginaba encontrar. Y aunque la imaginación de este falso bien perseverara durante los suplicios no hay motivo para creer que estuviera en el poder del espíritu maligno mantener ni en los sentidos ni en el espíritu deseos tan puros, ardientes y poderosos de sufrir y de sufrir por sus mayores enemigos, es decir, por los brujos que la habían reducido a este estado extraño, y conservar esos deseos durante tantos años contra todas las inclinaciones de la naturaleza, y entre tormentos tan atroces como son los del infierno. Hay que concluir entonces necesariamente que solo Dios puede haberle infundido tales deseos.

Se me dirá quizás que padecer grandes sufrimientos no viene siempre de Dios, pues ha habido herejes que sufrieron el fuego por su falsa religión y ha habido paganos

que han padecido grandes suplicios con mucha constancia. A eso respondo:

1. Que las penas que ellos sufrieron no son comparables ni en cantidad, ni en calidad, ni en duración con los de la hermana María.

2. Que ellos padecieron necesariamente y forzados. En cambio ésta se ofreció libremente y con pleno consentimiento a los tormentos, y los pidió por largo tiempo con mucha insistencia.

2. Que los herejes que padecieron el fuego por causa de su falsa religión, que juzgaban verdadera, pretendieron sufrir para su salvación. Pero la hermana María sufrió por la salvación de los demás. Aquellos padecieron sufrimientos temporales bajo pretexto de evitar las penas eternas, pero ésta sufrió los suplicios del infierno para preservar a los demás, contados entre ellos sus mayores enemigos.

4. Que hay gran diferencia entre sufrir con constancia y paciencia, y amar, desear y buscar los sufrimientos en el grado en que la hermana María los amó, pidió y buscó.

Se me podría citar a varios herejes y paganos que sufrieron grandes penas con gran constancia pero nunca se podrá mostrar una persona que haya tenido tanto amor por los sufrimientos, que los haya deseado tanto y por largo tiempo antes de que le hubiesen llegado y experimentado varios años después, como la hermana María. “Estoy muy

segura, decía con gran verdad y sinceridad, que los bienaventurados que hay en el cielo no pueden amar más su beatitud y no pueden desearla más como si no la poseyeran, habiéndola conocido sin embargo como de hecho lo hacen, como yo he amado los más horribles y extremos suplicios. He deseado sufrirlos tanto para ser liberada de la culpa del pecado como para preservar a mis hermanos de las penas eternas que les están preparadas en el infierno. De corazón los he deseado a fin de obtener de Dios la contrición para una sola persona que estuviera en pecado mortal”.

Quien analice bien estas cosas se verá obligado a confesar que deseos y disposiciones tan caritativas, sencillas, puras, desinteresadas y contrarias al amor que el hombre se tiene a sí mismo, y acompañadas además de larga perseverancia, no pueden venir sino del Espíritu de Dios.

7. Nota que solo Dios puede quitar a una criatura razonable el uso de su espíritu, su libertad y su voluntad.

Reconozco que el espíritu maligno puede ligar y ocupar nuestros miembros y sentidos, y privarnos de nuestra libertad de obrar exteriormente, pero no está en su poder quitar a una criatura, dotada de razón la libertad de su espíritu y de su voluntad, y destruir la esencia del hombre.

***Varias otras señales que demuestran  
que el Espíritu de Dios es el autor de esta obra***

*Primera señal:*

Hay varios otros datos que demuestran claramente que el Espíritu de Dios es el autor de lo que pasa en la hermana María.

-1. No vemos en esto ningún fruto malo pero percibimos en cambio cantidad de buenos frutos. Es señal muy cierta que nos da Nuestro Señor para discernir el espíritu de verdad del espíritu de falsedad, el árbol bueno del malo. *Conocerán, dice Nuestro Señor, el árbol por su fruto. Un árbol malo no puede dar fruto bueno y un árbol bueno no puede dar fruto malo* (Mt 7, 17-18). “Vemos a una persona en cuya vida, en los 63 años de su presencia en el mundo, nada reprochable se ha encontrado. Cuando se supo en Coutances que era posesa, el señor obispo de ese lugar, entonces monseñor de Briroy, envió varones prudentes e inteligentes a la parroquia de Landelin, donde había nacido, para informarse sobre su vida y la de sus padres, para saber si ella o ellos habían dado ocasión para que se diera esta posesión. Se encontró que ella había llevado una vida muy inocente y muy alejada de lo que es contrario al cristianismo. Puedo afirmar además con toda verdad que he examinado su vida con mucho cuidado; que fui al lugar de

su nacimiento y donde creció, que vi personas del lugar que trataron con ella mientras habitó en el campo. Me aseguraron que siempre se vio en ella un alejamiento de los desórdenes y faltas que so ordinarias en personas de su sexo y de su condición. Que nunca se le vio en bailes, ni en otras ligerezas y vanidades comunes a las muchachas. Que jamás ofendió ni disgustó a nadie y era amada por todos los que la conocían. Que se ganaba todos los corazones por su humildad, bondad, sencillez, sinceridad, obediencia, paciencia caridad y mansedumbre.

Conocí además especialmente a los que vivieron con ella desde hace cuarenta años en Coutances. Me aseguraron que solo vieron en ella virtudes eminentes en todos esos años; que mientras vivió en esa ciudad nunca se vio a alguien, sea de sus vecinos sea de otros habitantes, quejarse de que hubiera dicho la menor cosa que hubiera causado descontento a alguna persona. Pasé una cuaresma entera donde el padre Potier que era reconocido en la ciudad como hombre de Dios. Lo acompañaba otro eclesiástico, el padre Juganville, que vivió y murió en olor de santidad, a cuyo cuidado monseñor de Briroy, obispo de Coutances, había encomendado a la hermana María. Durante toda esa cuaresma y en otras ocasiones me quedé donde el padre Potier, a veces ocho, a veces quince días, sin hablar de varios meses que permanecí en Coutances.



Durante ese tiempo, yo veía casi a diario a la hermana María. La observé y la estudié muy exactamente en todos sus movimientos y jamás vi en sus acciones ni en sus palabras algo que no dejara entrever el Espíritu de Dios y que no me dejara convencer de que sería imposible que no estuviera conducida por la mano de Dios tanto en las cosas insignificantes como en las grandes. No puede decirse que obrara por disimulo. Se reconocía en ella una manera de actuar y de hablar llena de ingenuidad, de candor, de sencillez, y de verdad. Cuantos la veían se sentían forzados a confesar que no había en ella ficción alguna ni disimulo. Es cierto que durante su permanencia en el infierno los demonios proferían en ocasiones por su boca blasfemias horribles. Dios lo permitía así por ser ese el lenguaje de los infiernos y para demostrar que llevaba en sí el estado horrible de la condenación con todo lo que en él hay de espantoso.

Hay sin embargo en esto tres aspectos por considerar que hacen ver que todo eso se hacía por orden y conducción de Dios y sin ninguna falta de parte de la hermana María.

La primera, ella se anticipaba a esas blasfemias pues veía venir a ella la desesperación que es su fuente bajo la figura de un león rabioso que venía a ella y entraba en su boca. Entonces ella manifestaba a Dios que desaprobaba y

detestaba todo lo que su lengua iba a pronunciar y le suplicaba instantemente que la arrancara de su boca antes que permitir que ella dijera alguna palabra que le fuera desagradable.

La segunda, esas blasfemias le causaban entonces, y le causaron siempre grandísima pena. Es fácil ver que su espíritu y su voluntad las abominaban horrorizados.

La tercera, no fue permitido nunca a los espíritus malignos vomitar blasfemias ante personas que hubieran podido escandalizarse. Lo hacían ante dos eclesiásticos que cuidaban de ella y permanecían como si oyeran ladrar a un perro. Cuando alguien llegaba donde estaba ella, así fuera solo un niño, de inmediato los demonios cesaban de blasfemar.

No encontramos, pues, ningún fruto malo en este árbol. Por el contrario descubrimos en él muchos frutos buenos. Vemos odio al pecado en el más alto grado que se pueda pensar; amor a Dios el más puro que se pueda imaginar; sumisión sin comparación a la divina voluntad; afecto sin par a la divina justicia; devoción no común a Nuestro Señor Jesucristo y a su santa madre; amor por la cruz y los sufrimientos mayores de lo que se pueda expresar; celo inexplicable por la salvación de las almas; caridad inconcebible al prójimo; dilección tierna a los que la desprecian o humillan; aversión sensible a los que le

testimonian estima y honor; humildad más perfecta que la descrita en todos los libros que tratan d esta virtud; afecto por la pureza y horror de todo lo que le es contrario en grado tal que no hay palabras para expresarlo; desasimiento entero de todo lo del mundo; abnegación total de su propio sentir, de sus intereses e inclinaciones, y de todo lo que le pertenece; paciencia invencible; prudencia verdaderamente cristiana; ascesis extraordinaria; fortaleza divina, justicia y equidad maravillosa y generalmente todas las virtudes en excelentísimo grado.

Al decir esto no hablo por simples rumores, ni con palabras excesivas, sino con la pura verdad, y por el conocimiento cercano y la larga experiencia que tengo de este caso.

Estamos ante una persona mediante la cual la divina bondad ha convertido diversas almas comprometidas antes en estado de pecado y condenación. Esto lo sé muy bien. Mediante ella obró efectos de gracia muy especiales en varias personas muy acreditadas ante Dios. De su boca lo he sabido. Vemos a una persona cuyas palabras son ascuas que encienden el corazón de quienes las escuchan y la oyen hablar. *¿Acaso nuestro corazón no ardía dentro de nosotros mientras nos hablaba?* (Lc 24, 32). Estamos finalmente ante una persona por quien el Espíritu Santo dice gran número de bellas y santas cosas bajo diversas figuras y parábolas.

Ese es su estilo y su manera ordinaria de hablar como se ve en el lenguaje de los profetas y en el de Nuestro Señor Jesús, mediante el cual él habló. Todo esto es conforme con la Escritura Santa, con el sentir y la práctica de la Iglesia, y solo tienen como objetivo llevar a los hombres a odiar el pecado y a seguir la voluntad divina en todo y por todo, a amar la cruz, a devolver bien por mal, a huir de las alabanzas, a abrazar de corazón el desprecio, a trabajar en la salvación de las almas y a seguir todas las demás máximas del Evangelio.

### *Segunda señal*

La segunda señal que nos ayuda a reconocer que no hay engaño ni ilusión en la hermana María es que Dios le ha dado un cuerpo de buena calidad y buena contextura, y del mejor temperamento que puede haber. Le dio también un espíritu que nada tiene de femenino, pues en ella no encuentras debilidades, ligerezas, inconstancias y otros defectos ordinarios en las personas de su sexo.

Es un espíritu perspicaz, sólido, firme, de buen juicio, dotado de gran prudencia y buen sentido, unido a grandísima sencillez y sinceridad. Es algo de que el muy célebre doctor Juan Gerson dice que hay que precaverse cuando se trata de discernir entre el espíritu de mentira y el

espíritu de la verdad. De ordinario las ilusiones del espíritu maligno se encuentran en personas que tienen temperamento melancólico, de espíritu ligero e imaginación débil. Y cuando el Espíritu de Dios quiere obrar algo extraordinario en un alma, si bien no depende de nuestras disposiciones naturales, acostumbra escoger personas de buen sentido y de juicio firme y sólido. Lo hace por razones que debemos venerar sin querer penetrarlas.

Cuantos conocen a la hermana María saben que tiene un sentido común excelente. Que su espíritu es claro y penetrante, su razonamiento fuerte, su juicio sólido, su conducta llena de prudencia. Jamás ha visto ni oído externamente a ángel o a diablo, ni a Jesucristo ni a su santa madre, ni ninguna otra cosa extraordinaria. Todas sus visiones o revelaciones son totalmente intelectuales, mediante una luz sobrenatural infusa en su espíritu, o en parte imaginaria y en parte intelectual. Cuando se le habla mediante parábolas o figuras se ponen las figuras en su imaginación, y en el espíritu, mediante luz infusa y sobrenatural, las verdades que encierran. Cuando son puramente intelectuales, de ordinario le causan impresión tan fuerte, tan divina y luminosa que le es imposible olvidarlas, ni dudar de que tengan procedencia distinta de Dios. Cuando son de otra clase, mientras le habla o le hace ver algo distinto está en gran certeza de que es él.

Inmediatamente pasa esto, pierde esa seguridad y queda en el temor de estar en engaño.

Santa Teresa escribe en sus libros eso mismo le sucedía y de idéntica manera.

Lo admirable en la hermana María es que de una parte hay ciertas cosas que suceden en ella de las que le es imposible dudar, no solo en medio de grandes temores de estar engañada, y que de otra parte le es imposible creer todas las demás tan pronto como han pasado, aunque esté bien segura de que hay un solo y mismo Espíritu que le dicta y opera en ella unas y otras. Repito que es admirable pues ¿cómo puede ser compatible que se den en un mismo espíritu la imposibilidad de no creer y la imposibilidad de creer? Si se analiza bien esto se concluirá que no está en el poder del espíritu maligno provocar impresiones tan fuertes e inefables en el espíritu humano y sobre todo infundir una imposibilidad de creer como sucede en la hermana María. Es tan fuerte que aunque todos los ángeles y los santos del cielo y todos los doctores de la tierra emplearan, cada uno obrando en particular, todas las fuerzas de su espíritu y le aportaran demostraciones o pruebas infalibles para persuadirla de que todo esto proviene de Dios, y vencer así en ella la imposibilidad de creer no podrían hacerlo si le hablan como espíritus particulares. “Más aún, si hicieran milagros en mi presencia hasta resucitar muertos para

hacerme creer, no lo lograrían. Yo les diría: Dicen bien y hacen maravillas, pero quítenme la impotencia, la incapacidad y la imposibilidad de creer en este punto a espíritus particulares como ustedes, y denme el medio de poder hacerlo y yo lo haría. Digo: *a espíritus particulares* pues si fuera la Iglesia que me asegurase le creería tan fácilmente como me es difícil, aun imposible, creerles a ustedes”.

Ciertamente hay que concluir que en esto no hay sino la mano de Dios que pueda infundir en esta alma esta imposibilidad de creer a fin de mantenerla en la humildad y en el sufrimiento que es el camino por el que Dios la lleva. Si ella pudiera creer que todas estas cosas fuesen de él estaría cierta de serle agradable, y “si estuviera cierta, dice ella, de ser del agrado de Dios, todos los suplicios imaginables me serían delicias mayores que todas las consolaciones que él pudiera darme”, De allí viene que Nuestro Señor le haya dicho varias veces que creer y sufrir son dos cosas incompatibles en ella.

### *Tercera señal*

De esta imposibilidad de creer que hay en la hermana María respecto de lo que pasa en ella procede el gran pánico que tiene de estar engañada. En verdad ha

disminuido tanto que lo califica ahora de simple temor y no ya como pánico. Pero fue tan fuerte por espacio de cuarenta años que ella segura que era “un pánico tal que le helaba la sangre en sus venas y que socavaba la raíz de su vida”. Son sus propios términos. Los teólogos místicos nos aseguran que este temor en una persona que camina en una vía extraordinaria es señal cierta de que el Espíritu Dios la conduce. Este temor llevó a la hermana María a dirigir esta oración a Nuestro Señor innumerables veces, en medio de abundantes lágrimas, desde hace más de treinta años, Le suplicaba y lo conjuraba, por su misericordia y su Pasión y por cuánto hay de santo y sagrado en el cielo y en la tierra, que le acordara cuanto le pedía, de esta manera: “Soy tu criatura, compadécete de mí; soy obra de tus manos, no permitas que mi enemigo me arrebatte ahora el uso de los miembros del cuerpo y de las facultades del alma que me diste. Te suplico que me des el uso de mi lengua o de mi espíritu un momento de tiempo, únicamente para pronunciar con mis labios tu santo Nombre como testimonio de que las cosas que me suceden, al menos algunas de ellas, son ilusiones o engaños. Te prometo que lo creeré como artículo de fe”.

Procuraba hacer esa oración muy en secreto. La hacía no vocalmente sino en la parte superior de su alma por temor de que el espíritu maligno la conociera, e incluso,



mientras la hacía así en su interior, al tiempo hacía algo o cantaba himnos exteriormente, que no tuvieran ninguna relación ni conformidad con el tema de su oración, para ocultarla así mejor al demonio. Sin embargo, después de haber orado así, nunca le fue posible pronunciar ni adorar el santo Nombre de Jesús, sea vocal sea interiormente con intención de pedir que fuera permitido hacerlo. Pero por el contrario, es decir, para manifestar que todo cuanto acontecía en ella venían del Espíritu de Dios, le era fácil no solo pronunciar vocalmente y adorar mentalmente ese divino Nombre, sino también recitar las plegarias más santas que hay en la Iglesia, como *Pater, Ave Maria, Credo, Gloria in excelsis, Magnificat, Te Deum laudamus*, todos los himnos y los salmos. Ahora bien, pregunto, ¿quién podría atar, no solo su lengua sino también su mente de manera que, a pesar de todos sus esfuerzos, le fuera imposible pronunciar ni vocal ni mentalmente ese divino Nombre? ¿Quién, insisto, podría hacerlo distinto de Dios? Si fuera el espíritu maligno era necesario que conociera esa oración, y ¿cómo podría tener el conocimiento de oración tan secreta? Y aunque hubiera tenido ese conocimiento ¿cómo podría arrebatarse a una criatura razonable y libre la más noble facultad de su alma e impedirle pronunciar y adorar mentalmente el santo Nombre de Jesús? Aún más, aceptando lo imposible, si hubiera tenido ese poder, ¿cómo

es posible creer que Dios le hubiera permitido ponerlo por obra en tal ocasión? Sería menoscabar su inmensa bondad y hacer injuria a su misericordia incomprendible persuadirse de que un Dios que tiene tanto amor a sus criaturas, que dio su sangre y su vida por la salvación de los hombres, un Dios que dijo: *pidan y recibirán, toquen y se les abrirá, busquen y encontrarán* (Mt 7, 7), quisiera rechazar siempre la oración que le es dirigida por una de sus criaturas. Tanto más que es una cristiana que se consagró a él desde su infancia y guardó fielmente las promesas que le hizo al ser bautizada. Que además nunca ha odiado cosa distinta del pecado y ni amado tanto como su adorabilísima voluntad. Que se ofreció para sufrir por su amor y por la salvación de las almas que le son tan amadas horribles tormentos. Que desoiga una oración hecha con tantas lágrimas y con larga perseverancia, y por una causa tan necesaria e importante, para alcanzar algo tan santo y tan debido natural y esencialmente a la criatura razonable como es la libertad de usar por un momento los miembros de su cuerpo y las potencia de su alma, dados por su Creador, y dados con el poder de usarlos con plena libertad, don que jamás es quitado a los malos en este mundo ni siquiera cuando se trata de cosas muy perversas, así se hayan comprometido con el espíritu maligno y sean sus esclavos. Su oración quería obtener, digo, esta libertad a fin de hacer una algo

tan santo y agradable a Dios y a todos los habitantes del cielo como es pronunciar oralmente y adorar de corazón el dulcísimo y muy sagrado nombre de Jesús.

Ciertamente sería ofender la caridad infinita de Dios y la verdad y fidelidad a sus palabras y promesas, por las que nos da la seguridad de que nos concederá lo que le pidamos. Concluyamos entonces que cuando la hermana María hacía esta oración el mismo Dios ataba su lengua y su espíritu y le impedía pronunciar este amabilísimo Nombre. No quería y no podía sufrir que el muy hermoso nombre del que es la verdad eterna fuera pronunciado para atestiguar lo que no era verdad, esto es, que las cosas que pasaban en esta persona fueran falsedades y engaños.

#### *Cuarta señal*

En esta señal encierro tres puntos. Primero, el don de hacer milagros pues soy testigo ocular de varios muy evidentes hechos por Dios mediante la hermana María y que serán escritos a su tiempo.

El segundo, el espíritu de profecía de que la dotó Dios. Predijo cantidad de cosas por venir. Unas dependían de solo Dios, otras de la libertad de los hombres. Sucedieron luego como lo había predicho. Por ese mismo don conoció numerosas veces gran número de pensamientos ajenos

muy secretos que no podían ser sabidos sino solo de Dios. Conoció estados de conciencia de los que guardo mucha certeza y experiencias muy seguras que a su tiempo serán descritas. Solo anoto ahora que conocí gran número de personas que decían tener revelaciones y otras cosas extraordinarias. Cuando hablé de ellas a la hermana María, supo de inmediato, por la divina luz de que estaba llena, que eran ilusiones del diablo, lo que siempre encontré ser cierto después.

El tercero es el sentimiento y juicio en torno a varios grandes personajes y célebres doctores, en número de doce. Algunos viven todavía y no quiere que sean nombrados. Después de haber examinado estas cosas se concluyó que era imposible que dichas personas hubieran tenido fuente distinta del Espíritu Santo. Cuatro de ellos han muerto. El primero, el R. P. Coton cuyo mérito, espíritu, ciencia, piedad, prudencia y experiencia son bien conocidos en toda Francia. El segundo el padre Le Piler cuyo juicio es de gran peso, primeramente, por ser superior que ocupaba el puesto del obispo en calidad de vicario general. Por esa razón gozaba de luz y gracia en lo tocante a la dirección de esta alma. En segundo lugar, era hombre de excelente espíritu, gran ciencia, virtud acrisolada, juicio sólido y prudencia poco común. En tercer lugar, por haber examinado muy cuidadosa y severamente este asunto

durante varios años estando cercano de él. Luego de haber estudiado todos los libros que tratan de estas materias para ilustrarse sobre esta materia, veía claramente el dedo de Dios en esta obra. Algún día me dijo que creía cometer pecado mortal atribuirlo a persona distinta de él.

### *Quinta señal que encierra otras muchas*

Si el espíritu maligno fuera el autor de lo que sucede en la hermana María y de lo que se afirma de ella se tendría que concluir que la poseía no solo en cuanto al cuerpo sino también en cuanto a su espíritu. Si fuera cierto, no sería que posible que durante los cuarenta años de su posesión no hubiera aparecido algo de lo que él es, y no hubiera hecho manifestar en ella señales sensibles de tan larga permanencia y dominio de tal huésped y tal dueño, y no hubiera habido frutos de tan funesto árbol.

Aunque por su astucia se disfraza en ocasiones y se transfigura en ángel de luz a fin de engañar mejor no le sería posible ocultar tan largo tiempo, a pesar de la malicia que lo posee, tiranizado por el pecado a cuyo servicio está como un esclavo, embriagado de odio extremo que tiene contra Dios y contra sus criaturas, siempre furioso y transportado de rabia, frenético y furibundo, no puede impedirse de hacer el mal y manifestarlo pronto donde se

encuentre, sea infundiendo alguna doctrina venenosa o alguna herejía para dar muerte a la fe, o depravando las costumbres, o comunicando sus cualidades diabólicas como son su orgullo, su arrogancia, su envidia, su desobediencia. Además la bondad infinita de Dios no permite que esta serpiente infernal esté largo tiempo en un lugar sin que deje ver sus cachos y sus garras, si se presta un poco de atención. Todo esto no se manifiesta en la hermana María por más diligencia que pueda aplicarse para sorprenderla. Por el contrario se encuentran en ella todas las señales de que el cordero inmaculado vino al mundo para aplastar al dragón.

Dios enseña a santa Brígida siete de estas señales y luego le propone otras siete por las que es posible reconocer al enemigo, como se lee en el capítulo 23 de sus *Revelaciones*, aprobadas por un concilio. Le dijo Nuestro Señor, puedes distinguir el espíritu inmundo del Espíritu Santo observando estos puntos:

- “1. Es Espíritu de Dios lleva al hombre a menospreciar los honores del mundo y, como el viento, no lo afecta tampoco en su corazón.
2. El alma ama afectuosamente a Dios y los deleites de la carne no la enfrían.
3. Le inspira paciencias en las adversidades y aponer su confianza en solo Dios.

4. Inclina la voluntad a la caridad y a la compasión del prójimo, incluso de los enemigos.
5. Le inspira castidad perfecta, incluso la abstinencia de lo que es lícito.
6. La hace confiar en Dios en medio de todas las tribulaciones y a gloriarse en ellas.
7. Le infunde el deseo de preferir la muerte y más bien estar con Jesucristo en vez de permanecer en el mundo en prosperidad con peligro de mancharse en él.

Por el contrario el espíritu maligno hace otras siete cosas:

1. Le hace atractivo el mundo y le da disgusto del cielo.
2. Le hace desear los honores.
3. Le enciende odio e impaciencia en el corazón.
4. Hace que el hombre se torne insolente con Dios y cerrado y pertinaz contra los pensamientos de su Espíritu.
5. Hace ver insignificantes los pecados y los excusa justificándose.
6. Sugiere la inconstancia del espíritu y la impureza de la carne.
7. Hace creer que se tendrá larga vida e inspira vergüenza de confesar los pecados”.

Es muy evidente para los que conocen a la hermana María que las siete primeras cosas se encuentran en ella muy claramente y tan alto grado como no alcanza a

expresarlo este texto. No se encuentran bajo ninguna forma las siete últimas. No me detengo a expresarlo en detalle pues es muy visible para quien tiene ojos. Diré solo que la quinta y la séptima últimas, sobre todo, no se dan pues no hace pequeño ningún pecado o no se excusa aduciendo vergüenza confesar sus faltas. Por el contrario se muere de pavor a la vista de la menor sombra de pecado y tiene espanto extremo de haber cometido faltas cuando por ejercitarse en virtudes heroicas y asegura con su candor ordinario que si Dios le hubiera permitido que hubiera caído en algún crimen por enorme que fuera estaría dispuesta a confesarlo públicamente por todas las calles y encrucijadas de la ciudad al son de tambores y trompetas, con el fin de retractarse en público ante Dios, a la vista del cielo y de la tierra. Pregúntate si estas disposiciones vienen de un mal o de un buen espíritu.

Finalmente el espíritu que guía a la hermana María es espíritu de respeto, sumisión y devoción respecto de Dios y de todos sus divinos atributos en particular de su adorabilísima voluntad y de su divina justicia, respecto de Jesucristo y de todos sus santos misterios en particular su santa Pasión y del Santísimo Sacramento; respecto de la bienaventurada Virgen y en particular de su santo rosario que contiene toda su vida y la de su hijo; respecto de todos los ángeles y santos, en particular de san Gabriel, san José,



san Joaquín, santa Ana, san Juan Bautista, san Juan evangelista, san Pedro, san Pablo, los santos mártires y las santas vírgenes; respecto de las sagradas reliquias de los santos que venera maravillosamente y quiere que sean tratadas con sumo honor. Se afligía extremadamente cuando veía que eran tratadas con menos respeto del que merecen. Es un espíritu lleno de estima, veneración, obediencia y celo respecto de la Iglesia, de sus sacramentos y misterios, de sus fiestas y solemnidades, de sus ministros y sus funciones, de sus leyes, ceremonias y prácticas; en lo que toca a la predicación de la palabra de Dios, a todos los sacerdotes y en particular a los obispos; en lo que mira a los templos y lugares santos, y llora amargamente cuando los ve profanados como se hace hoy con irreverencias e impiedades de parte de los malos cristianos, finalmente en lo que toca hasta en las mínimas cosas que son de la Iglesia.

Es un espíritu lleno de caridad al prójimo, que jamás busca incomodar a alguien, que ama maravillosamente la paz y la concordia; no puede tolerar división alguna ni malestar entre hermanos y hermanas y emplea toda clase de diligencia y de recursos para mantener la caridad entre ellos o para repararla si ha sido destruida o alterada.

Es espíritu siempre agradecido de los menores favores o testimonios de caridad que se le hacen. Espíritu que ama la pobreza y la sencillez en todo. Espíritu generoso que

incluso en medio de su pobreza, que es grande, no solo no pide jamás nada a nadie y rehúsa muy a menudo lo que se ofrece, siempre está dispuesta a dar lo que tiene, sin apego a nada, particularmente cuando los demás lo necesitan. Cuando esta buena joven se da cuenta de que alguna de las otras jóvenes que viven con ella necesita algo y ella lo tiene finge que le estorba e incomoda, para obligarla a tomarlo, hasta tal punto está desprendida de sus intereses y comodidades, y tanto desea procurarlas a los demás.

Es espíritu que ama la verdad y la fidelidad en sus palabras y promesas más de lo que se puede decir; aborrece la mentira, doblez, infidelidad y mascaradas, más de lo que es posible pensar.

Es espíritu lleno de menosprecio y desestima de sí mismo. No hay palabras para expresarlo. Más de una vez le escuché decir que muchas veces ha albergado el deseo de volver a este mundo después de su muerte para recoger su cuerpo y tirarlo al basurero para que sea pasto de los perros, lobos y cuervos, o en la más asquerosa de las cloacas que pudiera encontrar. Me sería fácil citar pruebas de todas estas verdades que he puesto por escrito sin ninguna exageración. Vendrán un día a su tiempo. Juzguen entonces si es posible que el espíritu maligno simpatice con todo esto y si es posible encontrar mayor número de

señales más visibles, sólidas e infalibles que estas de la presencia y reino de Dios en un alma.

## **Aclaración de las dificultades**

### *Primera dificultad: es una posesa. Respuesta*

Es indudable que la hermana María está corporalmente en posesión de gran número de espíritus malignos, como ya se demostró. Hay seis cosas para tener en cuenta en el caso. Demuestran que no solo no es criminal para ser afligida de este modo, y que no es posible sacar ninguna consecuencia que le sea perjudicial. Por el contrario esta posesión le es ventajosa, pues:

1. Nuestro Señor que es el Santo de los santos permitió a Satán tocarlo, tomarlo, si es posible decir, entre sus manos, llevarlo y transportarlo de un sitio para otro. Estuvo sometido por amor nuestro al poder de las tinieblas, o sea, de los demonios en el tiempo de su Pasión según él mismo lo dijo: *Esta es la hora de ustedes, el poder de las tinieblas* (Lc 22, 53). ¿No se ha visto a niños, después del bautismo, y en el estado de inocencia, poseídos por el espíritu malignos? ¿No ha habido santos, que hacían milagros y echaban demonios de los cuerpos de los energúmenos, que

viéndose atacados en cierto sentido de alguna tentación de vanagloria rogaron a Dios que les diera la gracia de entregar más bien su cuerpo al poder de los demonios que abandonar su espíritu a la vanidad? (Surio y Jano en la *Vida de san Martín*). Lo que les fue concedido. Se vio a uno que prefirió ser poseído y atormentado por el diablo en su cuerpo antes que verse en peligro de consentir un pensamiento de soberbia.

2. La causa de la posesión de la hermana María es el amor entrañable que tiene a la caridad y el deseo grandísimo que tiene de consagrar a Dios su virginidad, como dijimos anteriormente.

3. Es de notar que en los exorcismos los demonios son obligados a decir la verdad, cuando se les interroga no de cosas curiosas y no necesarias sino las que pertenecen al estado de la posesión, en especial las que han sido causa de su entrada en la persona cuya posesión tienen y las que les impide salir de ella. Así cuando la hermana María fue exorcizada durante varios años y se pidió a los espíritus malignos que salieran de ella siempre respondieron que no podían hacerlo porque Dios no lo quería. Esto manifiesta que están en ella por un designio particular de Dios. Por eso aunque se dirigieron a él cantidad de veces, mediante oraciones muy instantes que se les escuchó decir para pedir

su autorización de salir de ella no la han alcanzado hasta el presente.

4. No hacen en ella lo que acostumbran realizar en los otros posesos. No dicen injurias ni ultrajan a nadie. Es cierto que en los exorcismos acusaron a dos personas de ser brujos, pero fue con orden especial de Dios. Les permitió en efecto acusar a uno para hacerle sufrir lo que ella sufrió en Ruan, de lo que se habló en otra parte, y al otro para descubrir un horrible sortilegio que le había arrojado y hacer ver la divina protección sobre ella que la libró de tal maleficio.

5. Estos demonios no hacen ninguna acción deshonesta ni pronuncian alguna mala y sucia palabra. Por el contrario cuando sucede que se dice o se hace delante de la hermana María algo que hiere la castidad o la sobriedad o la caridad o alguna otra virtud entran en furor sea para impedir el mal sea para castigarlo cuando ha sido hecho. Esto muestra una vez más que están allí por un designio particular de Dios.

6. Si se me permite expresar una conjetura al parecer hay dos fines. El primero, ocultar la obra maravillosa que la divina misericordia hizo es esta persona, en la humillación y la pequeñez. Es lo que hizo a propósito de la encarnación, en su nacimiento, en los primeros treinta años de su vida, en su transfiguración, en su resurrección y en infinidad de cosas admirables que acontecieron en él y en su santa

madre, y en su padre nutricio, san José, mientras estuvo en la tierra. Es lo que hace todavía hoy en la santa Eucaristía y en los demás sacramentos de su Iglesia, que ocultan tesoros inestimables bajo la apariencia de un poco de pan y de agua, o de otras cosas muy humildes y pequeñas.

Se da aquí una de las señales por las que se discierne el Espíritu de Dios y el espíritu del diablo. En efecto, el Espíritu Santo acostumbra hacer sus obras en el silencio y el secreto, y ocultarlas bajo la ceniza y el polvo de la abyección; en cambio el espíritu maligno, lleno de soberbia y orgullo, al son de tímpanos publica todo cuanto sale de su repertorio para que aparezca y deslumbre a los hombres. En este caso no se manifiesta nada parecido. Por el contrario Dios ha ocultado de tal forma su obra bajo el estado y la condición muy humilde de una pobre joven posesa. Se atribuyó precisamente a esa posesión las cosas extraordinarias que sucedieron y de las cuales algo apareció exteriormente, como fueron los tormentos del infierno y del mal de doce años, y la privación de la comunión durante alrededor de treinta y tres años.

Durante su permanencia en Coutances por espacio de un poco más cuarenta años lo que portentosamente pasó en la ciudad solo fue conocido por dos personas, con excepción de los superiores y los que se ocuparon de ella. Y esto ocurrió solo desde hace un año. Ella escuchó a Hijo de

Dios que decía: “Oculté bien mi tesoro; lo escondí en la porqueriza”. La porqueriza es ella, los cerdos son los demonios. No hay que admirarse de que diga estas cosas que van en su provecho pues ante todo ella no cree en lo que se dice en su favor. Y además la humildad y la desestima de sí misma la llenan y la poseen hasta el punto de que no queda espacio para la vanidad. ¿Y acaso no escuchan a Nuestro Señor que se expresa ventajosamente de san Juan bautista, de san Pedro, de Natanael y del centurión? Pero sus palabras no llevan en sí mismas el veneno de vanidad como ocurre entre los hombres sino que contienen la gracia de la humildad.

El segundo fin por el que es posible creer que los demonios están en esta buena joven no es solo para ocultar la obra de Dios sino sobre todo para cooperar en esa obra mediante los males que le tocó padecer. Por ese medio le permitió avanzar en el camino que Dios le escogió, el camino de los sufrimientos. Además de las penas ordinarias de la pasión, que son grandes, los demonios la palmotearon y golpearon cruelmente varias veces, sirviéndose de sus manos y de sus puños con ese fin. Y sin embargo no les dio importancia como si fueran moscas, y no les tenía ningún temor. Por el contrario, los retaba y provocaba varias veces hablándoles de este modo: “¿Es todo lo que puedes hacer? No tienes mucha fuerza. Aquí estoy. No te tengo miedo. Haz

lo peor que puedas. No esperes que Dios te ordene golpearme. Basta que te lo permita. Cuida de no omitir la menor pena que te permita hacerme padecer. Le ruego de todo corazón que toda su ira caiga sobre ti; que redoble todos sus suplicios si dejas pasar la mínima parte. Cuido bien de lo que haces. Soy una miserable hormiga y tú eres un león grande: si el león vence a la hormiga se burlarán de él por haberse armado para combatir a una miserable hormiga; pero si la hormiga vence al león, como seguramente sucederá pues se apoya en la gracia de su Dios, la vergüenza le quedará grabada por siempre en su frente”.

### *Segunda dificultad con su respuesta*

Si algunos se extrañan por el intercambio que se hizo entre la voluntad de la hermana María y a de Dios consideren:

Que el motivo que la obligó a hacerlo es santísimo y muy digno de alabanza, a saber, el deseo extremo de no ofender jamás a Dios, como ya se dijo.

Que fue animada y confirmada cada vez más a pedir este intercambio por el ejemplo y la doctrina del R. P. Cotton, como ya se apuntó.



Que en esta ocasión vio tan clara y seguramente la divina Voluntad que le fue imposible dudar de que fuera Ella.

Que el Espíritu de Dios lo impulsó tan fuertemente a ello que no pudo hacer resistencia.

Que este intercambio no es físico o natural sino moral y espiritual. Quiero decir, que la voluntad de la hermana María no fue destruida en su naturaleza y esencia sino en sus funciones y en su conducta. Vale decir, que murió y fue destruida en cuanto a su uso, y fue poseída, animada y dirigida por la divina Voluntad que es como su alma y su vida, de manera que quedó sin movimiento ni acción por sí misma.

Que el estado en el que la hermana María entró por este intercambio no es otra cosa que la perfección del estado del cristianismo. La ley evangélica nos lo proclama cuando nos dice que hay que renunciar a nosotros mismos para seguir a Jesucristo, que debemos perdernos para encontrarnos en Dios, morir a nosotros mismos para vivir con Jesucristo, en Dios y para Dios: *Despojarnos del hombre viejo para revestirnos del nuevo* (Col 3, 9-10); *llevar en nosotros el estado de muerte de Jesús a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nosotros* (2 Cor 4, 10); Es lo que san Pablo nos advierte cuando nos dice: *que de claridad en claridad, por el Espíritu del Señor, nos conformamos con la*

*misma imagen del Señor* (2 Cor 3, 18); quiere decir que tomamos de modo cierto y admirable la forma del Señor. Esto ocurre poco a poco, progresivamente, por el poder del Espíritu Santo. Es la deificación de que hablan tanto los teólogos místicos. Está expresada también en estas palabras de San Pedro: *Somos partícipes de la naturaleza divina* (2 Pe 1, 4); es lo mismo que Nuestro Señor nos ordenó pedir a Dios, su Padre, en esta oración: *Hágase según tu voluntad en el cielo y en la tierra* (Mt 6, 10). Allí todas las voluntades de los ángeles y de los santos son totalmente aniquiladas en sus usos y en sus funciones; no tienen ningún movimiento distinto del que les es dado por la voluntad divina que vive y reina en ellos tan perfectamente que se ven dichosamente necesitados de seguirlo en todo y por todo, sin otro interés sin embargo de su libertad, la que poseen mucho más excelentemente, en medio de esta santa necesidad, como no la tenían en este mundo.

¿Por qué Nuestro Señor nos obliga a orar a su Padre que nos conceda el favor de hacer su voluntad en la tierra como se hace en el cielo, sino para que empecemos a hacer acá en la tierra, desde ahora, lo que haremos en el paraíso por toda la eternidad? Que por consiguiente debemos tender a este estado de anonadamiento de nuestra voluntad y del establecimiento de la de Dios en nosotros. Si en la tierra no puede darse tan perfectamente como en el

cielo, sin embargo es necesario imitar el del cielo en cuanto posible. No ha existido santo en la tierra que no haya tendido a este mismo estado, que es propuesto a todos los cristianos, pero como es de diversos grados, unos suben más alto, otros permanecen más bajo, y pocos alcanzan el último grado. De ese estado hablaba san Pablo al decir: *Vivo, no soy yo el que vive, es Jesucristo el que vive en mí* (Ga 2, 20). Es el estado en que se encontraban santa Catalina de Siena y santa Catalina de Génova, cada una en el estado que Dios conoce. Leemos en efecto en la vida de la primera escrita por el P. Juan de Santa María, de la orden dominicana, que “luego de haber orado largamente a Nuestro Señor que le quitara su corazón y le diera el suyo, se le apareció, hizo una incisión en su costado, le sacó el corazón y puso el suyo en su lugar, y le dijo: “Querida hija mía, te saqué tu corazón y te di el mío en intercambio; con él vivirás en adelante”<sup>3</sup>. Y para que nadie lo dudara la cicatriz de la incisión permaneció en el costado de santa Catalina.

“Un día, dijo esta santa como se lee en su vida, luego de comulgar, rogué a Dios que tuviera a bien privarme de toda clase de consolación y de mi propia voluntad para serle más agradable. Escuché entonces una voz que me dijo:

---

<sup>3</sup> Parte I, lib. 2, Xpa. 15-16

Mira, hija, tomo tu voluntad y te doy la mía. No te separes nunca de ella suceda lo que suceda”.

Encontramos también en el libro 5º del diálogo de santa Catalina de Génova, capítulo 12, estas palabras: “Puso ella toda su confianza en Dios, su amor, y le dijo: Señor me doy a ti como regalo. Quisiera hacer un intercambio contigo. Poner entre tus manos mi espíritu maligno pues solo tú puedes ocultarlo y devorarlo en tu bondad de suerte que ya no se vea nada de mí misma y que tú me ocupes con tu puro amor, que apague en mí todo otro amor y me haga desaparecer en ti”. El Señor me respondió que esto le agradaba mucho. A partir de entonces se encontró ella despojada de todo y del todo transformada y transportada fuera de sí misma”.

Y en el capítulo 5 del libro de su vida se leen estas palabras: “Dios había tomado entera posesión d su alma y se había apropiado de su corazón, de su voluntad y de todas sus facultades, y lo había transformado del todo conforme al suyo mediante verdadera unión y así fue él el que regulaba y guiaba todos sus movimientos”.

Y en el capítulo 17: “A partir del momento en que Dios la tocó y convirtió, jamás hizo su propia voluntad sino que en su interior se mantenía atenta al querer de Dios que sentía había sido impreso en su alma, y con tanta confianza que decía algunas veces a Dios: Tengo en ti a confianza de

que en todo cuanto piense, diga o haga no me dejarás fallar”. Esto es lo que se dice de esas dos santas por varios hombres notables que las conocieron y escribieron su vida.

Quienquiera considere bien estas cosas encontrará gran conformidad en este punto entre esas dos esposas de Jesucristo y la hermana María. No se extrañará del favor que hizo también a esta como a aquellas cuando tomó su voluntad y les dio la suya, dado que las mismas pruebas que pueden ser aportadas para mostrar que aquellas eran guiadas por el Espíritu de Dios se dan en ésta, y en muy alto grado, como acabamos verlo, y que el estado en que entró por este intercambio no encierra cosa distinta de la perfección de la vida cristiana a la cual todos los cristianos deben aspirar, cada uno en conformidad con el designio de Dios y según la medida de la gracia de Jesucristo en ellos.

### ***Tercera dificultad***

Se puede objetar que la hermana María no pidió el arecer de nadie ni se hizo guiar de alguien para el caso de este intercambio. En respuesta podemos anotar varias cosas:

-1. Es cierto que hay almas de quienes el Espíritu de Dios quiere él mismo ser el director. Tenemos el ejemplo de cantidad de grandes santos que, incluso en cosas muy

extraordinarias, y en las cuales había motivo para temer ilusiones y sorpresas, sea del espíritu maligno, sea de su propio espíritu, no siguieron otra conducta que la de Dios. Testigos de ello son los santos patriarcas, todos los santos profetas, todos los santos apóstoles, y varios otros santos y santas. ¿Quién ha dicho que fue director de Enoc, de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de José en Egipto, de Moisés en la montaña del Sinaí, de san Juan Bautista en el desierto, de san Juan Evangelista en la isla de Patmos, y de todos los demás apóstoles en las funciones de su apostolado, de santa Madalena en su gruta, de san Pablo ermitaño en su caverna, de santa María Egipcia en los desiertos, de san Simeón estilita en su columna y de tantos otros?

¿De quién se despidió Elías cuando ayunó cuatro días sin beber ni comer y consintió al rapto que quería hacerle, de lo que tuvo conocimiento pocos días antes, como es fácil saberlo por la Escrituras? ¿A qué director consultó Abrahán cuando Dios le reveló que era su querer que degollara a su hijo para ofrecerlo en sacrificio? ¿De quién la bienaventurada Virgen (sin comparar sin embargo a esta incomparable princesa con quien quiera sea sino por ser permitido comprar lo grande con lo chico), de quién, repito, se dejó guiar cuando el ángel le anunció que Dios la había escogido para concebir y dar a luz al Salvador del mundo? ¿A quién envió Dios a san Francisco para pedirle consejo si

debía consentir a algo inaudito como la impresión en él de los sagrados estigmas? ¿A quién envió a santa Catalina de Génova cuando ella hizo el mismo intercambio de que ya hablamos? El que escribió su vida nos asegura en el capítulo 44 que por entonces era dirigida y adoctrinada interiormente de solo Dios mediante su divina e interior palabra, de lo que le era necesario sin recurrir a ninguna criatura religiosa o secular. Y que cuando alguien le dijo que para mayor seguridad sería bueno que se sometiera a la obediencia de alguno, y que estando en duda por ese motivo en cuanto a lo que debía hacer, le dijo interiormente nuestro Señor: “Confía en mí y no lo dudes”.

¿De quién la admirable santa Cristina, cuya vida prodigiosa está escrita por Tomás de Cantipré<sup>4</sup>, su contemporáneo, y confirmada luego por el cardenal Jacques de Vitray, quien la vio, según consta por Surio, de quien, digo tomó consejo cuando se arrojó a hogueras ardientes, a sembrados de espinas, a ríos helados, y hacía otras cosas extrañas escritas en su vida para obtener el alivio y la liberación de las almas del purgatorio?

¿De dónde viene que todos esos santos y santas hicieran o consintieran cosas tan extraordinarias e incluso tan contrarias aparentemente a la razón humana, si no fuera por una seguridad infalible que tenían de que Dios lo

---

<sup>4</sup> Canónigo regular de san Agustín, luego dominico de Lovaina -1201-1263.

quería? ¿De dónde les venía la seguridad sino de que Dios les manifestara su divina voluntad tan claramente que les era imposible dudarlo? No comparemos esta persona sin embargo con Abrahán, Elías o Moisés ni con los apóstoles. Pero se puede poner en la lista de las almas que Dios conduce por sí mismo en consideración de la santidad de su vida y de todas las cosas maravillosas que pasaron en ella.

2. Es cierto que ella está muy alejada de tener este pensamiento y que siguió siempre la guía ordinaria de la Iglesia en cuanto le fue posible, y marchó por el gran camino de la obediencia que siempre practicó muy puntualmente sin faltar a ella jamás, se respecto de sus padres mientras vivió con ellos, ni respecto de otras personas bajo cuya autoridad estuvo, ni mucho menos respecto de los eclesiásticos a cuya guía la encomendó su obispo.

3. En lo que respecta al hecho del mencionado intercambio de su voluntad con la de Dios no tuvo ni debió tener el pensamiento de que hubiera debido tomar parecer de alguien, pues no tenía intención distinta de la de renunciar por entero al pecado y a su propia voluntad que es fuente. Quiso siempre unirse indisolublemente a la divina voluntad y no pretendió dejar la santa comunión, como tampoco a divina voluntad le dijo nunca que se la quitaría del todo pero que podía privarla de ella. ¿Qué temor habría



entonces de engañarse al desear no ofender nunca a Dios, ni tener voluntad distinta de la de él, y buscar una vía para alcanzar este fin?

4. Añadamos a esto que: (a) estaba tan cierta de que era la voluntad adorabilísima de Dios que le hablaba que le era imposible dudarlo y que se sentía impulsada tan poderosamente a renunciar a sí misma para entregarse a ella que, moralmente hablando, no podía resistirlo; (b) que se apoyaba en el ejemplo y la doctrina de persona tan sabia y santa como era el R. P. Cotton quien llegó a pedir a Dios el mismo intercambio que ella deseaba, y que deseaba que se enseñara a todos los cristianos a pedirlo, al dar a la gente la oración que compuso con este fin y que citamos antes; (c) que no ocultó lo que se hizo en este punto sino que lo comunicó abiertamente, sumisa al juicio de los eclesiásticos que se ocupaban de ella, y de sus demás superiores, en especial del padre Le Pileur, hombre muy docto y sensato. Ellos luego de analizar bien el asunto no solo no la desaprobaron sino que la admiraron y sostuvieron contra quienes la combatían.

*Cuarta dificultad: privación de la comunión durante treinta y tres años. Respuesta.*

Es cierto pero (1) no se sintió obligada a ella y no es reprehensible por algo que le era imposible. Es cierto que practicó siempre muy fielmente lo que se reservó cuando hizo el intercambio, a saber, hacer todo lo que pudiera por obedecer a la Iglesia en todo y que no omitió nada de cuanto dependía de ella para disponerse a recibir el santísimo Sacramento. (2) Es evidente que todo obedeció a una orden especial de Dios por lo que no pudo comulgar. Sin ello los demonios no se lo hubieran impedido dado que no tenemos indicio de que alguna vez lo hubieran hecho largo tiempo respecto de los demás posesos. Tuvieron siempre que ceder al poder de este gran sacramento cuando fue ofrecido a los energúmenos y al poder de la Iglesia cuando ella les prohibió impedir a sus hijos que comulgaran. ¿Cómo hubieran podido los demonios subsistir ante la omnipotencia de su Señor y de su juez que vive en el Sacramento cuando tantas veces fue presentado a la hermana María por manos de los obispos, de sus vicarios y de otras personas designadas por ellos, que hicieron todos los esfuerzos imaginables para darle el sacramento? ¿Cómo hubieran podido resistir a tantas oraciones, limosnas, peregrinaciones, buenas obras hechas por varias almas santas, a tantos exorcismos que a diario se le hicieron durante un año, y ante el mismo Santísimo Sacramento, en el que se concentra todo el poder de la Iglesia, todas sus

armas y centellas enviadas contra los espíritus malignos, cómo, repito, hubieran podido resistir a todos esos poderes y potentes máquinas que se emplearon para levantar el impedimento que apostaban a la comunión de una joven cristiana, en el temor de que todo procediera de su malicia por permisión de Dios y no de una orden expresa de la divina voluntad? Pero en los exorcismos en los que están siempre obligados a decir la verdad cuando se trata de algún efecto de la posesión, en particular cuando está de por medio la salvación de la persona posesada, gritaban que por mandato formal de su divina Majestad y por decisión tomada en el cielo que impedían que esta joven comulgara y que los motivos les eran desconocidos. De todo esto puedes concluir que todo esto ocurría por un designio especial de Dios y era claro que así lo quiso por dos razones sin contar las que nos son desconocidas.

1. Porque la santa comunión no era congruente con la ira de Dios y los demás tormentos del infierno y del mal de doce años; también se priva de ella a los que la justicia temporal condena al último suplicio por el respeto que se debe a este gran sacramento.

2. Como Dios escogió a esta persona para hacerle cargar los pecados ajenos, y la privación de la Eucaristía es una de las penas que merece el pecador y es la mayor que la Iglesia puede imponer, y como la hermana María se había ofrecido

a la divina justicia por las penas debidas a los pecados de sus hermanos ella le hizo llevar esta pena. Es cierto que la Iglesia manda a todos los cristianos que comulguen al menos una vez al año, pero como Dios está por encima de la Iglesia, hace lo que le place. Los mandamientos de la Iglesia, e incluso los de Dios, nunca nos obligan a lo imposible. Pues bien, no estaba en el poder de la hermana María hacer más de lo que le pedía esta obediencia.

3. Todo el mundo sabe que ha habido gran número de santos y santas que no tenían el obstáculo que ella tenía pero gozaban de libertad para acercarse a los sacramentos de la Iglesia; sin embargo pasaron treinta, cuarenta y hasta cincuenta años sin recibir la santa Eucaristía e incluso sin confesarse y sin asistir al santo sacrificio de la misa. Testigos de ello son santa Magdalena, santa María Egipcia, san Hilarión, san Simón Estilita, san Pablo Ermitaño y otros semejantes.

No me vengas con que la santa comunión no era de precepto en esos tiempos. Te remito al doctor angélico, santo Tomás, quien afirma que todos los cristianos están obligados a comulgar una vez por año como también en la Iglesia primitiva lo estuvieron a hacerlo todos los días y por tres veces todos los años<sup>5</sup>. No puedes decir que era el Espíritu Santo quien condujo a esos santos a las soledades y

---

<sup>5</sup> Suma teológica 3, q. 80; art. 10, ad 3.

que los dispensó de los mandamientos de la Iglesia y que la virtudes excelsas que brillan en su vida lo prueban. Les digo también que hay motivos para creer que ese mismo Espíritu no solo dispensó a la persona de que hablamos sino que incluso la redujo a la incapacidad de hacerlo. Si pides pruebas de esta verdad te pido que recuerdes las que aduje antes. Ellas ponen de manifiesto que esta alma posee con ventaja todas las virtudes cristianas.

4. Finalmente lo que hace percibir claramente que esta privación de la comunión no procedía de la malignidad de Satán sino de la voluntad absoluta de Dios es que llegó el tiempo en que plugo a Dios absolverla de esta especie de excomunión y de maldición exterior que llevaba por los pecados de los demás a imitación de Nuestro Señor, quien también en cierto sentido se vio privado de la comunión de su Padre en particular cuando fue abandonado en la cruz, y san Pablo dice que él *fue hecho maldición por nosotros* (Ga 3, 13), le hizo conocer algún tiempo antes que comulgaría en Pascua. Así lo declaró al padre Le Pileur algunos días antes de Pascua. La divina voluntad se le apareció de la misma manera que al principio y le dijo: “Te doy la comunión por el resto de tus días y en adelante no permitiré que los espíritus malignos te pongan impedimento”. En efecto, en Pascua de 1649 comulgó sin

ninguna dificultad y a partir de entonces comulgó tan fácilmente como los demás.

*Quinta dificultad: se seguiría de esto que la hermana María no pecaría de ninguna forma.*

Respondo: 1. Es cierto que a partir de este intercambio la hermana María no pudo ver ni encontrar en ella ningún pecado por más que lo buscara mediante exámenes muy frecuentes y severos que practicaba y que practica todos los días sobre sus pensamientos, palabras, obras y omisiones. Cuando se confiesa, lo que trata de hacer de tanto en tanto. le pasa lo mismo que sucedía a santa Catalina de Génova como se nos cuenta en el capítulo 44 de su vida: “Hubiera querido mucho confesarme, dice esta santa, pero no pude ver ofensa alguna que hubiera hecho. No sé cómo confesarme pues no me es posible decir que he hecho o dicho ninguna cosa de que sienta remordimiento en mi conciencia. No sé a quien atribuir la culpa de mis pecados cuando quiero acusarme y no puedo”. Por esto afirma el que escribió su vida que quedaba muy confusa porque no sentía ni veía ni podía ver por ninguna parte que hubiera ofendido a Dios. En cuanto a los pecados que decía, él no podía considerarlos como pecados que hubiera cometido,

dicho o hecho, así como un niño que hace algo de juventud, de lo que es ignorante. Cuando se le dice: “Hiciste mal” se ruboriza al oír decirlo pero no porque reconozca haberlo hecho.

2. Digo que aunque esta buena joven no pueda descubrir en ella un pecado, sin embargo no juzga que haya estado totalmente exenta de él, si bien así lo deseara infinitamente. Quisiera poder decir con san Pablo: *“No soy consciente pero no por eso me creo justificada (1 Cor 4, 4).*

3. Dios puede hacer lo que le plazca y le es fácil preservar un alma de toda suerte de pecados.

4. El santo concilio nos declara que la santísima Virgen pasó toda su vida sin cometer ningún pecado venial por privilegio particular. La divina bondad puede hacer partícipe de ello a quien bien quiera.

5. San Clemente de Alejandría dice que los santos apóstoles fueron de tal forma confirmados en la gracia de Dios, una vez recibido el Espíritu Santo, que a partir de ese momento jamás cometieron pecado.

6. Si lo que acabamos de reportar de santa Catalina de Génova es cierto, a saber, que Nuestro Señor le quitó el corazón y en su lugar le puso el suyo, y le dijo que en adelante viviría por ese corazón divino, y que en otra ocasión le aseguró que le había quitado su voluntad y en su lugar le había dado la suya, de la que no se separaría jamás,

ciertamente hay que concluir que a partir de semejante gracia no fue afectada por ningún pecado. Hay que creerlo también de santa Catalina de Génova, si es cierto lo que de ella se cuenta en el capítulo 5 de su vida, que Dios había tomado entera posesión de su alma, de su corazón, de su voluntad y de sus demás facultades y lo transformó todo en sí, y que él conducía y regulaba todos sus movimientos. Y en el capítulo 16 dice que, a partir de su conversión, tomó entre sus manos su libre albedrío y ella no hacía ya su propia voluntad sino que miraba y seguía siempre la de Dios que sentía impresa en su alma.

7. Que san Ambrosio<sup>6</sup> dijo que luego de una verdadera penitencia y un perfecto cambio de vida, el cristiano puede, con la gracia de Dios, vivir sin culpa. Para decirlo se basa en la Escritura que dice que Nuestro Señor amó tanto a su esposa, que es la Iglesia, para que sea sin tacha ni arruga, santa e inmaculada.

Y san Agustín se expresa así: *“Estoy bien cierto de que Dios jamás ha ordenado al hombre algo imposible, y le es fácil ayudarle a hacer lo que le ordena; así el hombre, con la ayuda divina, puede vivir sin pecado si quiere”*<sup>7</sup>. Es como si este gran santo dijera: “Dios mandó al hombre amarlo con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

---

<sup>6</sup> In Luc. 1, in initio dijo que luego de una verdadera penitencia y un perfecto cambio de vida, el cristiano puede, con la gracia de Dios, vivir sin culpa. Para decirlo se basa en la Escritura que

<sup>7</sup> De peccatorum meritis et remissione



Por consiguiente le prohibió toda clase de pecados, mortales y veniales, pues no sería amarlo de esta manera si lo ofendiera de cualquier forma que fuera. Es claro que Dios no ordena nada que sea imposible con su ayuda”. Podemos entonces, mediante la gracia divina, evitar toda clase de pecados. Lo enseñó así uno de los más sapientes doctores de la facultad de teología de París (Le Moyne, p.1; art. 1; asset. 1<sup>8</sup>), uno de los más célebres profesores de la casa de Sorbona con estas palabras que se leen en sus escritos: *“El justo puede, hablando absolutamente, pedir la gracia, mediante la cual pueda evitar todos los pecados, tanto mortales como veniales”*.

8. Todos los pasajes de la Escritura que dicen que *todos ofendemos en muchas cosas* (Sant 3, 2), que *quien dice que no tiene pecado es mentiroso* (1 Jn 1, 10), que *el justo cae siete veces al día* (Prov 24, 16), y otras semejantes deben entenderse con esta restricción: *a menos que se dé especial privilegio de Dios*, restricción que hace el santo concilio de Trento, que después de haber lanzado anatemas contra los que dicen que el hombre puede evitar durante toda su vida toda suerte de pecados, aun los veniales, “si no es por especial privilegio de Dios”.

---

<sup>8</sup> Le Moine (1590-1659) fue atacado por Arnaud (y Pascal en las Provinciales) en *La Apología de los santos Padres* (1655). En el libro VIII, cap. 10 trae estas palabras. Le Moyne era profesor de la Sorbona y protegido por Richelieu. Este le pidió refutar a Jansenio, lo que publicó en 1647 y 1650. Una vez más se muestra el antijansenismo del Padre Eudes.

*Sexta dificultad: Sufrir los tormentos del infierno en este mundo es inaudito.*

Considera a propósito de esto:

1. Que como los ángeles que en este mundo nos acompañan tienen siempre consigo el paraíso, también los demonios que nos tientan a diario sufren en la tierra los fuegos y suplicios del infierno en el cuerpo de sus posesos, sin que nosotros lo advirtamos con nuestros ojos.
2. Que el motivo que llevó a la hermana María a pedir a Dios esos tormentos son muy puro y santo.
3. Que no se trató de imaginaciones ni sueños, pues si presta atención a todo lo que se dice al respecto, como se narra en esta historia escrita en otra parte, se podría ver que no hay nada que deje entrever sueños y debilidad de espíritu, o extravagante e impertinente,. Todo es sólido y conforme con las Escrituras, con los sentimientos de la Iglesia y de los santos Padres, y cuantos la observaron en ese estado testimoniaron que sus sufrimientos no eran imaginarios sino muy reales y visibles, aunque Dios nos permitió que aparecieran al exterior tal como realmente eran pues hubiera sido imposible vivir y compartir con ella. Como prueba de ello se permitió un día que pudiera ver un detalle externamente, lo que duró muy poco tiempo. Sin embargo, esto espantó de tal forma a los que estaban

presentes que cada uno escapó por su lado sobrecogido de pavor y derramando lágrimas al verla en tan lastimoso estado.

4. Que se cuenta en la vida de santa Cristina, escrita por hombres muy doctos y célebres, ya citados, sus contemporáneos, que Nuestro Señor le hizo padecer en este mundo penas inconcebibles de las almas del purgatorio; pues es algo infinitamente más digno de su inmensa caridad hacer sufrir los tormentos del infierno a una persona que lo desea y lo pide con instancia, a fin de preservar de ellos a alguien que los ha merecido, que hacer experimentar a alguien los suplicios del purgatorio para librar las almas que allí están pues hay grandísima diferencia entre purgatorio e infierno.

5. Que es cierto que Nuestro Señor cargó con los pecados de todos los hombres, pero eso no impide que las Sagradas Escrituras nos prediquen si cesar que es necesario cargar con la cruz, que es preciso mortificarse y purificarse, que hay que pasar por muchas tribulaciones para disponernos por este medio a que los méritos y frutos de sus sufrimientos nos sean aplicados. Eso no impide que la divina misericordia escoja algunas almas santas a las que hace cargar los pecados de las otras para obtenerles el espíritu de penitencia y las disposiciones requeridas para participar de la gracia del Redentor. Esto enseñan las palabras de san

Pablo: *Completo lo que falta a la Pasión de Jesucristo* (Col 1, 24). Le falta que los frutos y efectos de su Pasión nos sean aplicados. No existe medio más apropiado para aplicar a nuestras almas y a las de nuestros hermanos los frutos de los sufrimientos de Nuestro Salvador que padeciendo con él. Nos mereció gracia por la cruz y quiere que su aplicación sea hecha por la cruz. *Llevarás en ti y cargarás con la iniquidad de la casa de Israel* dice Ezequiel 4, 4-5

6. Que Dios hace cuanto le agrada, *conduce a los infiernos y saca de ellos* (Cf. 1 S 2, 6). En verdad es muy razonable creer que puede hacer cosas que no comprendemos y no hay nada más falto a la razón que querer medir todas sus obras con la medida de nuestro entendimiento. ¿Quién puede saber de qué manera Moisés vio la esencia de Dios, y, según san Agustín y santo Tomás, poseyó por tanto la felicidad del paraíso estando todavía en este mundo? ¿Quién puede saber de qué manera la omnipotencia divina arrebató y elevó en espíritu a Enoc y a Elías, dónde están y que hacen desde tantos siglos? ¿Cómo conservó a los tres jóvenes hebreos en medio del horno ardiente y a Daniel en el foso de los leones?

¿Quién puede comprender cómo fue arrebatado san Pablo hasta el tercer cielo y, según santo Tomás, vio la esencia divina puesto que él mismo manifiesta que no sabe cómo pasó eso, si fue solo en el espíritu, o en el espíritu y

en el cuerpo juntamente? Si Dios mismo transportó a este apóstol, en vida, al cielo no hay por qué extrañarse de que haya hecho descender a la hermana María, en vida, al infierno. ¿Acaso no le es posible todo? ¿Todo no le es fácil por igual? ¿Acaso su brazo se ha debilitado? ¿No puede hacer lo que quiera?

7. Es cierto que Nuestro Señor Jesucristo, por su amor infinito a su Padre y a nosotros, tuvo la disposición y aún más el deseo, durante su permanencia en la tierra, de sufrir no solo lo que sufrió, sino también de padecer todos los tormentos de la tierra, del purgatorio y del infierno, excluyendo el pecado. Lo movían a hacerlo la gloria del Padre y testimoniarnos el exceso incomprensible de su amor. Pero el Padre no juzgó conveniente que sufriera esto en su persona. Le dio miembros en los que pudiera cumplir esos deseos. Le dio los santos mártires para sufrir en ellos todos los males que los hombres pueden sufrir de parte de otros hombres en la tierra. Le dio a santa Cristina para experimentar en ella los tormentos del purgatorio. Le dio a la hermana María para padecer en ella los suplicios del infierno. Todos ellos pueden decir en otro sentido: *Cumplo lo que falta a la Pasión de Jesucristo*”, o sea, cumplo los deseos que tuvo de sufrir en mí, en uno de sus miembros, lo que no sufrió en sí mismo. Conocemos en la vida de santa Magdalena de Pazzi, carmelita beatificada por el papa

Urbano VIII en 1626 algo semejante a lo acontecido en la hermana María en lo que atañe al infierno. Leemos en efecto en el capítulo 10 de su vida que a esta beata, en el año de 1585, la víspera de Pentecostés, se le mostró un lugar, que ella llamó el lago de los leones. Vio en él infinidad de demonios, en forma y figura horribles, y se le dijo que debía entrar allí dentro y permanecer durante cinco años. Que debía sufrir allí penas espantosas para contribuir a la salvación de varias almas. Lo aceptó con libre voluntad. Luego, el día de la Trinidad, 16 de junio de 1585, entró en ese lago de leones donde padeció grandísimos tormentos infligidos por la rabia de los demonios, tanto en su interior como en su exterior, y en particular fue horriblemente atormentada con cinco clases de tentaciones: 1. Infidelidad a la fe; 2. Soberbia; 3. Gula; 4. Impureza; 5. Desespero. Pero lo que le hacía sufrir más era un gran temor de que en todo esto estuviera engañada por el espíritu maligno.

Los males que esta santa sufrió durante los cinco años que permaneció en ese lago tienen cierta relación con lo que la hermana María padeció, tanto en su primer infierno de cinco años como en el segundo de doce. Cuando leo, sin embargo, lo que está escrito en el capítulo 10 de la vida de beata Magdalena de Pazzi con referencia a las aflicciones que padeció en ese lago de leones por espacio de cinco años y pongo de nuevo ante mis ojos los tormentos que la

hermana María sufrió en los dos infiernos precedentes, según los escasos conocimientos que tengo de ellos, me parece ciertamente que hay diferencia casi infinita entre lo uno y lo otro. Quiero decir que los suplicios de la hermana María sobrepasan casi infinitamente los de esta beata. Qué bien puede decirse: *Tu aflicción es grande como el mar* (Lm 2, 13). Podría decirse más grande que el mar. Solo Dios la conoce perfectamente. San Crisóstomo, Teofilacto Ecumenio, san Bernardo y Ruperto, al explicar las palabras de Moisés citadas en el capítulo 32 del Éxodo: *O perdónalos o bórrame del libro de la vida*, Pide a Dios verse privado de la felicidad eterna y sufrir esta pena por siempre por la salvación de su pueblo.

El mismo Crisóstomo, y otros santos doctores, al explicar las palabras de san Pablo: *Quería verme excluido de Cristo en favor de mis hermanos* (Ro 9, 3), dicen que debe entenderse de la condenación eterna, exceptuado el pecado, o sea, que san Pablo desearía sufrir eternamente los suplicios del infierno, si pudiera ser, con tal que fuera sin pecado de su parte, a fin de preservar a sus hermanos de caer en el infierno. Dice el Crisóstomo: *Opta por perecer eternamente, para que unos, incluso todos, amen y alaben a Cristo*. Y Casiano comenta: *Opta por ser condenado a penas eternas*. Crisóstomo anota que no podemos comprender estas palabras por encontrarnos remotos de tal caridad. Y

Orígenes dice: Qué maravilla si el servidor desea ser excluido por favorecer a sus hermanos puesto que el maestro, es decir, Jesucristo, fue hecho maldición por sus servidores.

Cornelio a Lapide, cuando comenta el capítulo 32 del Éxodo, refiere que el beato Jacobo, de la orden de san Francisco<sup>9</sup>, tenía deseos ardentísimos de sufrir en este mundo todas las penas, angustias, dolores y aflicciones que es posible imaginar, y después de esta vida ser arrojado al infierno y padecer allí suplicios eternos por amor de Nuestro Señor y para expiar sus pecados y los crímenes de todos los hombres, incluidos los condenados, y de los demonios, si fuera posible. Ese mismo autor afirma que está permitido a todos los que sirven a Dios desear la misma cosa. No se extrañen, pues, si la hermana María tuvo esos deseos y si Dios le permitió realizarlos, pues él acostumbra hacerlo, como es posible demostrarlo con varios ejemplos. Digo solo que hay cantidad de patriarcas y profetas que desearon ardientemente ver al Salvador y no pudieron hacerlo, y que muchos otros, que incluso no eran santos, gozaron de esa dicha. Dios infundió en el corazón de san Francisco de Asís, de santo Domingo y de san Francisco Javier deseos extremos del martirio, lo que nos le fue concedido a ellos sino a sus hijos y sucesores.

---

<sup>9</sup> Se trata de Jacobo de Todi (1230-1306), terciario franciscano.





**EUDISTAS**  
Provincia de Colombia

# LA VIDA ADMIRABLE DE MARÍA DES VALLÉES

## TOMO XIII

Centenario de la edición de Obras Completas

## COMPENDIO DE LA VIDA Y ESTADO DE MARÍA DES VALLÉES<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Texto establecido sobre el *Manuscrito de la biblioteca del estado de Viena, 6980, Hohendorf*. Se mencionan en nota algunas variantes según el *Manuscrito de Cherbourg 68, Compendio de la vida y del estado de María des Vallées*.

## Capítulo 1

*Las principales cosas que le ocurrieron  
a partir de su nacimiento  
hasta la edad de diez y nueve años*

María de Vallées nació en la baja Normandía, en la parroquia de Saint-Sauveur Lendelin de la diócesis de Coutances, a dos leguas de dicha ciudad. Su nacimiento tuvo lugar el 15 de febrero de 1590. Su padre era un humilde labrador llamado Julián de Vallées; su madre se llamaba Jacqueline Germain, de la parroquia de Saint Pellerin de Cas, cercana de Carentan. No tuvo instrucción alguna en el lugar de su nacimiento, ni de parte de sus padres, que no eran malvados sino ignorantes, ni de parte de ninguna otra persona. Los que debían ocuparse de la salvación de las almas en dicha parroquia hacían profesión de perderlas y tenían reputación de la mayor maldad y falta de piedad que pueda darse. Por esta causa la ignorancia en el campo de la salvación y los más horribles vicios reinaban en extremo punto. La virginidad era considerada oprobiosa y la castidad tan en descrédito que se persuadía al pueblo sencillo que había suplicios en el otro mundo para las jóvenes que no se casaban, y que las que no se casaban era mejor que tuvieran hijos, por la vía que fuera, antes que

quedarse sin ellos. Juzguen entonces qué clase de ejemplos y de instrucción pudo tener esta pobre joven.

Pero Nuestro Señor la había escogido desde toda la eternidad para realizar en ella obras grandes. Quiso ser él mismo su maestro, su director y protector, pues 1º la instruyó él mismo de forma extraordinaria; 2º la puso y la condujo desde muy temprano por el camino por el que tenía el designio de hacerla caminar, 3º, la tomó bajo su especial protección como vamos a verlo ahora. Son tres puntos para considerar en la primera etapa de la vida de la persona de que voy a hablar. Es decir, desde su nacimiento hasta el tiempo de su posesión que sucedió a los 19 años. Son tres señales muy visibles de la elección muy particular que tuvo a bien hacer su voluntad.

Digo en primer término que Dios la instruyó por sí mismo y en forma maravillosa pues desde los primeros años de su infancia imprimió en su alma todas las virtudes cristianas en alto grado.

-1. Le concedió desde entonces grandísimo deseo de seguir en todo y por todas partes su adorabilísima voluntad y lo cumplió siempre y muy fielmente. No tuvo conocimiento de haber faltado alguna vez en ese punto. Dios le hacía en esto muy maravilloso favor pues al presentarse alguna ocasión en que estuviera perpleja sobre

lo que debía hacer recurría a la oración y decía: “Dios mío, no deseo otra cosa que hacer tu santa voluntad. Si tal cosa te es agradable dame el medio y la gracia de hacerla. Si no es así aleja mi voluntad de ese asunto y ponme obstáculo.”. De inmediato se llenaba de gran afecto por las cosas que Dios quería de ella y tenía facilidad de realizarlas. Por el contrario sentía fuerte aversión por lo que no era de su agrado e incluso se veía impedida externamente para ponerlas por obra.

2. Nuestro Señor la dotó de singular devoción a la bienaventurada Virgen. Recurría a ella en todas sus necesidades. Sobre todo, le suplicaba que la tuviera siempre bajo su protección sobre todo en lo que concernía la pureza y todo aquello que le es contrario. Decía: “Contemplaba la divina voluntad como mi regla y a la santísima Virgen como a mi madre y protectora.

3. El que es todo caridad le comunicó caridad muy sincera y cordial al prójimo. Esa caridad la hacía vivir de tal manera, tanto con los que vivían con ella, como con los vecinos que jamás daba ocasión de quejas sino que por el contrario se ganaba el corazón de todo el mundo. Se cuidaba mucho de no ir a incomodar a nadie ni ofender a alguien por palabra o por obra. Cuando se daba cuenta de que algunos vivían en discordia no se daba reposo hasta alcanzar su reconciliación. Se servía para ello de todos los recursos que

el espíritu de caridad le inspirara. Se esforzaba por hacer a cada uno todo el bien que le fuera posible. Todos los vecinos la amaban hasta el punto de que cuando, por la posesión, se vio en condición de no poderse ganar la vida, se comprometieron voluntariamente a sostenerla.

4. El rey de las vírgenes grabó en su corazón grandísimo amor a la pureza. Por el error público que corría entre la gente de su pueblo de que era necesario que todas las jóvenes se casaran suplicó a Nuestro Señor que le deparara alguien con quien pudiera vivir en perfecta castidad para conservar intacta su virginidad. Cuando se presentó alguien que la pretendía para matrimonio hizo esta oración: “Dios mío, si es el que tú me has escogido para vivir con él de la manera como te he rogado, concédeme la gracia de amarlo tanto como tú quieres que lo ame. De otro modo dame que lo tome en aversión”. De inmediato sintió gran aversión a esa persona. Lo mismo pasó con otros pretendientes.

5. El Espíritu de Dios imprimió en su alma odio indecible contra los honores, amor increíble a la abyección y el desprecio y bajísima estima de sí misma. Lloraba amargamente cuando escuchaba hablar de alguna joven que había incurrido en falta. “Lástima grande, decía. Pero estoy convencida que esa desgracia pudiera sucederme pues no soy menos frágil y menos capaz de caer como las demás”.

6. El que se fue llamado en las Escrituras *fiel y veraz* le dio fuerte odio a la mentira y a cuanto es contrario a la sinceridad, la sencillez y el candor; y poderosa inclinación a la verdad en sus palabras y fidelidad en sus promesas. Cuando había prometido algo a alguna compañerita, no se daba reposo hasta poder cumplir lo prometido.

Dije en segundo lugar que Dios la hizo entrar y la condujo desde muy temprano por la vía por la que tenía designio que caminara, vía de sufrimientos. Comenzó a ejercitarla desde la infancia en la paciencia. Tenía once o doce años cuando murió su papá. A partir de esa muerte padeció las miserias e incomodidades de grandísima pobreza hasta verse en ocasiones reducida a no tener pan para comer. Cuando su madre se casó de nuevo, cayó bajo la tiranía de un padrastro, hombre bárbaro y furioso que maltrataba enormemente a su madre. No contento con eso también descargaba sus cóleras sobre ella; y aunque no le diera motivo alguno la molía a palos con tanta crueldad que la dejaba toda amoratada y dolida por los golpes. Sin embargo no dejó nunca de orar a Dios por esa fiera con tal insistencia que obtuvo de la divina misericordia su salvación. Su madre, al ver esto, la obligó a irse y buscar algún sitio donde pudiera entrar a trabajar como sirvienta. Pero cayó en situación peor, aunque de otra laya. Llegó a una casa que era un verdadero infierno. Sus dueños eran

peores que dos demonios. Llevaban una vida que no me atrevo a poner por escrito pues era horrible y abominable. Mientras la hermana María permaneció en esa casa maldita sufrió penas que Dios conoce. Salió de allí lo más prono que le fue posible.

Dije, en tercer lugar, que Dios la puso bajo su protección especial lo que se ve manifiestamente por el cuidado que tuvo de conservarla en su pureza virginal en medio de horrorosos peligros en los que permitió que se viera envuelta, a fin de librarla milagrosamente. Todo esto hace ver claramente que esta persona está en la mano, dirección y protección de Dios desde el comienzo de su vida, de forma no común lo que se verá todavía mejor en seguida.

## **Capítulo 2**

*Cómo la hermana María fue poseída  
corporalmente por los espíritus malignos  
y cómo fue perseguida por los brujos*

La hermana María pasó en tres o cuatro casas por espacio de varios años en calidad de criada. Volvió luego a la parroquia d su nacimiento y se retiró donde su tutor. En ese tiempo fue buscada por varios jóvenes que querían



desposarse con ella. Entre otros se presentó uno a quien su familia querían entregarla para matrimonio, Pero lo rechazó como lo había hecho con otros. Entonces éste recurrió a una bruja que más tarde, fue convencida de maleficio y pasada por la hoguera en Coutances. La bruja le dio un hechizo que él arrojó luego a la hermana María, como lo informó después, para obligarla a amarlo y a casarse con ella. Como consecuencia ella regresó a su casa horriblemente enferma. Al llegar cayó desvanecida y comenzó a lanzar gritos y aullidos espantosos y a sufrir torturas y suplicios tan violentos y continuos que me contó que durante los tres años que pasó en el campo creía no haber dormido ni una hora.

Sin embargo sus familiares, ignorantes de la calidad del mal, la condujeron donde un hombre que se ocupaba de dar remedios a los enfermos que se dirigían a él. Éste la hubiera perdido si Dios no la hubiera liberado del precipicio en cuyo borde se encontraba. Por maravilloso recurso que le inspiró Dios logró escapar de las fauces de ese león y salió de su casa tan pura e incólume como los tres jóvenes del horno ardiente de Babilonia. Pero este dragón, rabioso por haber dejado escapar de sus garras su presa, le arrojó un filtro violentísimo pues era hechicero y vivía de ese oficio. Ese hechizo tenía dos efectos: uno respecto de la hermana María para llevarla y casi obligarla a volver donde ese

hombre diabólico. Era tanta la violencia y rabia que con el fin de resistir se golpeaba con grandes golpes y se arrancaba el cabello. El otro efecto concernía a una mujer anciana que era su tía. Ella la acompañaba por todas partes e incluso por entonces dormía con ella en la misma cama, pues fue la noche que se le dio ese maleficio, para dormirla tan profundamente que fue imposible a la hermana María despertarla, ni gritándole, ni pinchándola, ni volteándola de un lado para otro. No encontrando esta pobre joven remedio a su mal fue inspirada a recurrir a su refugio ordinario que era la santísima. Le dirigió entonces sus plegarias e hizo voto de ir a visitarla en la capilla de La Délivrande, cercana de Caen. Al mismo tiempo la mujer, su tía, se despertó y la hermana María se vio por entero libre de la malignidad de ese hechizo.

Todos los recursos humanos que se emplearon para liberarla de los males extremos que sufría fueron ineficaces. Se comenzó por dudar de que vinieran de obra del diablo. Fue llevada entonces de Coutances y fue presentada al obispo de entonces, monseñor de Briroy. Él la mandó exorcizar. Se vieron entonces las señales de una auténtica posesión. Envió él a su parroquia a algunos para informarse sobre su vida y la de sus padres, y saber si ella o ellos hubieran dado ocasión al espíritu maligno para la posesión, sea provocándola por alguna cólera o cometiendo alguna

otra falta, que en castigo Dios hubiera permitido u ordenado esta aflicción venida a su padre y a su madre y a la misma joven. Se continuó entonces a exorcizarla creyendo siempre que estaba posesa. Esto fue confirmado en varias ocasiones al ser exorcizada en griego y en hebreo por monseñor el obispo de Ruan y por varios grandes doctores. Todos confirmaron la posesión como auténtica, Y luego, por orden de los superiores, yo mismo la exorcicé también, y aunque los demonios no respondieron en griego, sin embargo, sus respuestas eran conformes con lo que se les preguntaba en griego y hacían con exactitud lo que se les pedía de parte de Dios y en virtud de la autoridad de la Iglesia. Durante estos exorcismos esta buena joven era agobiada y atormentada por los brujos que a diario le arrojaban maleficios como se narró en otra parte.

En este mismo tiempo sucedió que los demonios dijeron que por cierto tiempo saldrían de ella. Como no lo cumplieron se les preguntó el motivo y respondieron que cierto hombre, que designaron por su nombre y acusaron de ser brujo lo impedía. No es necesario creer sin embargo que fuera brujo pero Dios permitió esto al demonio para que se produjera una nueva ocasión de sufrimiento a la hermana María. En efecto, este hombre, que tenía mucho poder, conociendo lo que se afirmó de él, entró en gran cólera contra la hermana María. Se dirigió a Ruan y la acusó

ante el parlamento de ser bruja y previno de tal modo a los jueces que decidieron su prisión. Al saber esto su obispo no esperó que vinieran a capturarla sino que él mismo la envía a Ruan, bajo custodia de sus parientes. En el primer alto que hizo en el camino, en el castillo de La Motte, propiedad del obispo de Coutances, se le arrojó durante la noche un terrible maleficio que la incitaba a la corrupción y a perder el tesoro incomparable de la virginidad, para que se la tuviera por una desvergonzada y marcarla con una señal inseparable de la brujería, a saber, la impudicia. Querían persuadir 'más fácilmente a los jueces de que era bruja cuando supieran que no era virgen. Y en efecto con este propósito ordenaron que fuera visitada, como se comentó más ampliamente en otro momento, para cerciorarse de que realmente era virgen, pues sabían que la virginidad y la brujería no van juntas. Pero esta orden solo sirvió para comprobar su perfecta pureza y el cuidado que Dios tenía de preservarla de todos los recursos y malignidades del espíritu inmundo. Si este recurso la hizo sufrir mucho no tuvo sin embargo el efecto que pretendía el brujo que se lo arrojó, lo mismo que otros muchos que le fueron dados por los brujos, y por los cuales estuvo atormentada por espacio de cinco años de diversas maneras pues sus efectos eran todos diferentes.

Una vez llegada a Ruan fue hecha prisionera y permaneció así seis meses, seis semanas en la prisión del patio de la iglesia y el resto en la cárcel del parlamento., donde, como se escribió en otro sitio, sufrió vergüenzas, ignominias y tormentos que no es posible relatar, pero finalmente, aunque los jueces estuvieron muy acuciosos y poderosamente influenciados para condenarla como bruja, la verdad derrotó la calumnia, de modo que el parlamento la declaró inocente y la remitió al obispo para ser exorcizada.

Regresó a Coutances. Allí recomenzaron los exorcismos y como sentía todavía los efectos de los maleficios que se le arrojaron cuando iba a Ruan, en el castillo de La Motte, el exorcista ordenó al diablo, en virtud de Jesucristo, que destruyera él mismo su obra y terminara las maldades de los sortilegios. Respondió que la joven no sería liberada y que en cambio, no bebería ni comería hasta que el brujo que le había arrojado el maleficio viniera y compareciera ante ella. En efecto fue imposible hacerle tomar algo a partir de este momento hasta la llegada del brujo; los demonios lo impedían por orden de Dios. Se busca al brujo y pasan tres días sin poderlo encontrar. Aparece ante la joven. El diablo le habla y le confirma que él fue el que le lanzó el maleficio. Si le arrojé algo que me lo devuelva, dijo. De mil amores, dijo el demonio. Ella lo devolverá todo de

inmediato. Que me den un plato. Se le trae uno en el que arrojó por la boca cierta materia parecida al cerebro humano. Este es el maleficio dijo el espíritu maligno. Está hecho del cerebro de un niño pequeño. Y ciertamente no podía decirse que viniera de algún alimento que hubiera tomado pues hacía tres días que no había bebido ni comido. Dios permitió que de este modo se conociera la verdad.

Hubo otro sortilegio más terrible que el primero. Le fue enviado de París, poco después de su regreso de Ruan. Sucedió que cierto comerciante de Coutances había viajado a París. De regreso, al salir de la ciudad, escucha que lo seguían unos caballeros muy bien montados y muy bien abrigados. Lo abordaron y le preguntaron de donde era y a donde iba. Les dijo: Soy de Coutances, en Normandía. Dijeron: ¿No vive allí una pobre joven posesa? Sí, les replico. Y da compasión por los tormentos que sufre. Uno de los caballeros dijo: precisamente por eso hemos oído hablar de ella. Esto nos ha movido a compasión. Y sabiendo que eres de esa región hemos acudido a ti para darte esta cajita en la que hay reliquias de santa Genoveva. Su relicario fue expuesto en días pasados. Tómala y llévala cuidadosamente. Cuando llegues a Coutances se la entregas a esa pobre joven para que se le aplique. Dicho esto tomaron el camino de regreso a París. El comerciante llega a Coutances y entrega la caja a los que estaban con la

hermana María y Dios permitió que se la aplicaran sin mirar lo que contenía. Ella sintió de inmediato lo que era. Era una falsa reliquia que contenía un sortilegio que producía tres efectos: el primero, incitarla a proferir las más extraordinarias blasfemias del infierno. El segundo, arrojarla a las más infames suciedades y las más fétidas abominaciones que puede darse. El tercero moverla al asesinato y a la masacre llevándola a estrangular, degollar, desmembrar y devorar a todo el mundo. El propósito de los brujos que habían preparado este sortilegio era obligarla a hacer alguna acción reprensible y criminal para tener motivo de desacreditarla, acusarla y hacer que cayera de nuevo en manos de la justicia para que fuera castigada y exterminada del todo. Todo esto sirvió solo para mostrar el cuidado de Dios con esta criatura. Por virtud de su brazo aniquiló todos los efectos de este encantamiento e hizo vanos e inútiles todos los esfuerzos de los poderes infernales.

Esto dio ocasión a la hermana María para rogar a Nuestro Señor que tuviera misericordia de los brujos y pedirle sufrir por ellos en este tiempo las penas que merecerían sufrir eternamente, como se dijo más ampliamente en otra parte. Pero por más que se esforzaba por hacerles bien tanto más buscaban hacerle mal. Viendo que todos sus encantamientos y acciones diabólicas no eran

lo bastante fuertes para hacerla caer en el pecado y arrebatarle la gracia de Dios se empeñaron por quitarle al menos su buen nombre y desacreditarla ante todo el mundo. Es un efecto buscado por la malicia humana contra las personas y cosas que honran a Dios. Conozco a un hombre que infortunadamente se enganchó con este detestable partido por espacio de diez años y participó varias veces en sus execrables asambleas nocturnas. Por efecto extraordinario de la divina misericordia se retiró de allí. Me aseguró que cuando hay alguna obra en la tierra hecha para la gloria de Dios, sus mayores enemigos, los brujos, se reúnen para decidir buscar medios de impedirlo o destruirlo o debilitarlo o al menos hacerle mala imagen ante los hombres para que produzca menor fruto. Fue lo que buscaron hacer respecto de la obra que la divina bondad hace a la hermana María. Se vio a una joven desvergonzada, suscitada y enviada por esta tropa infernal, como es fácil presumir, para ir a lugares y ciudades vecinas a Coutances, como el Monte San Miguel, Saint-Malo, Bretaña y otros varios lugares, donde se hacía llamar María des Vallées y decía que era la posesa de Coutances. Donde quiera que se encontrara robaba y hacía otras acciones malas que luego contaba con facilidad. Cuando se le preguntaba por qué las hacía decía, como excusa, que a ello la incitaba el diablo. Iba a veces más allá pues decía que le había acontecido gran



calamidad, a saber, que se había dado al diablo, que por esa razón era posesión del demonio, y que incluso llevaba en sí las señales y la marca. Lo mostraba, apartando sus cabellos, un poco encima de la frente. Vi a una persona muy proba y de muy buen sentido que me contó que pasó quince días en Saint-Malo de Lisle, que allí le mostró esta marca y para probarlo se aplicó una aguja muy larga y la hizo entrar casi en su totalidad sin que brotara sangre y sin que manifestara algún dolor. Esto hace conjeturar con fundamento que era bruja y que llevaba visiblemente la marca que el diablo acostumbra imprimir en los que le pertenecen por esta calidad condenable. La persona que lo escuchó de su boca y que vio la marca de Satán me aseguró que se hacía llamar en la dicha ciudad María des Vallées. Declaraba ante toda la gente que era la posesa de Coutances. Pero es cierto que la hermana María jamás fue a Saint-Malo. Paso por alto otras picardías y maldades que esta malvada joven hizo en otros lugares para difamarla, todas comprobadas y reconocidas con toda certeza como la precedente.

Todo esto muestra bien la rabia extrema de que el infierno estuvo animado contra esta buena joven. No es pequeña prueba de que estuvo siempre amada del cielo. Por eso el infierno la odia tanto y los principales seguidores

de Satán, los brujos, le hacen guerra cruel. Pero siempre salió victoriosa fortalecida por el poder del Altísimo.

### ***Intercambio entre la voluntad de la hermana María y la de Dios***

Entre cantidad de hechos maravillosos que se dieron en la hermana María uno de los principales es el intercambio que Dios le hizo hacer de su voluntad con la suya. Todo sucedió así. Alrededor de cuatro años después de su posesión, Dios le imprimió un muy grande odio al pecado y un deseo ardiente de jamás ofender a su divina Majestad. Asegura, con grande y cordial verdad, que solo él conoce como era de fuerte este odio y como era poderoso este deseo. Esta impresión permaneció en su espíritu y permanecerá eternamente en él. Afirma que le es imposible dudar que esto no venga de Dios. El deseo provenía del horror inconcebible que tenía del pecado y del amor purísimo que profesaba a Dios. No temía el pecado ni deseaba quedar eternamente liberada de él por el temor que tenía del infierno y de los castigos que le están preparados sea en este mundo sea en el otro. Por el contrario, dirigía a Dios esta oración: “Con tu sabiduría infinita conoces todos los pecados en que hubiera caído en

vida. Me has preservado de ellos por tu misericordia. Te ruego que me hagas sufrir todas las penas que por ellos merecido según el rigor de tu justicia. Duplícalas o centuplícalas según tu beneplácito y guárdame de la culpa”. Hizo esta oración a Dios durante dos años con devoción y fervor indecibles. La confirmó en este deseo y en esta oración un libro del R. P. Cotton, jesuita, llamado: *Ocupación interior de un alma devota* que le cayó entre manos. En él encontró la siguiente oración al comienzo del libro.

### ***Oración del R. P. Cotton***

Reconozco, con mucho daño para mí mismo, qué perjudicial soy para mí y cuán grande es mi fragilidad. Tengo todas las ocasiones para temer que a partir de esto haga todo lo contrario de lo que acabo de prometer. Oh Dios, todopoderoso e inmutable, apiádate de tu frágil obra. Extiende tu mano fuerte y tu brazo invencible para socorrer la obra de tus dedos. No permitas que una criatura, cuyo rescate te ha costado tanto, te sea arrebatada tan fácil e indignamente. Si mi voluntad es requerida, ahí la tienes entre tus manos. Te la doy y te la vuelvo a dar irrevocablemente. Y como no hay nada mejor adquirido que lo que ha sido dado, oh Dios de mi corazón, ordena que el

don que quisiste hacerme de ti mismo autorice el don que hago de mí mismo. Y que esta donación, tanto en vida como a causa de tu muerte, sea fielmente insinuada, inserta y registrada en tu eternidad. Que, aunque quisiera retirarla no pueda revocarla y que tal sea por tu gracia la disposición de mi última voluntad.

Manifiesto con todas las veras de mi voluntad, con todos los esfuerzos de mi libre albedrío, y con toda la posible plenitud de mi consentimiento, que quiero ser totalmente tuyo y sin excepción. Quiero lo que tú quieres. Detesto lo que abominas. Y si acontece que cometa u omita algo en contra de tu beneplácito, que suceda por sorpresa, contra mi voluntad, totalmente opuesta a lo que me haces la gracia de querer cuando gozo de mis sentidos y consciente de tu asistencia y de mi consentimiento. Y si se da que por extrema fragilidad (a cuya sombra mi alma se estremece de temor) yo hubiera aportado mi consentimiento contra lo que quieres., no permitas, Dios de verdad y de bondad infinita, que dicha falta me sea imputada, pues yo renuncio a ella ahora como entonces. El consentimiento que tú autorizas de tu parte debe prevalecer al que solo es mío por desventura, y cuyo primer motor es el enemigo de tu gloria y de mi salvación. Se dice que cada uno puede renunciar a sus derechos. Renuncio por tanto a mi propia voluntad, tanto y cuantas veces, esté

tentado y en peligro de ofenderte. Y en cambio no ceses de forzarme al bien en todo tiempo, sin consideración a mi libertad, mirándola como tu esclava. Que si es tu beneplácito tenerla en cuenta, ten presente que mi voluntad es no tener ninguna voluntad inclinada al mal. Que en ese punto sé condescendiente con mi libre albedrío, como si lo trataras como el de los libres, pues renuncia absolutamente por tu gracia a todo derecho de naturaleza.

¿Cómo puede llamarse derecho al derecho de ofenderte? ¿Qué perfección hay en ceder a la imperfección? ¿Puede llamarse fuerza al desfallecer? El pecado no es un efecto sino más bien una defectuosidad. ¿Si fuera perfección ser libre para hacer el mal, no lo tendrías también tú, Dios mío? Es todo lo contrario: que abunde en mí tu imagen; que como tú, mi prototipo, *eres impecable por naturaleza, yo lo sea por gracia*.

Las almas bienaventuradas que ven tu rostro, no solo no pueden pecar sino que necesariamente te aman y no cesan nunca en este noble ejercicio. Sin embargo sin cesar están en ejercicio de su libre voluntad, pues cierto que tus obras no se destruyen entre sí y que *la gracia no deteriora sino que perfecciona la naturaleza*. Etc.

Esta es la oración del Padre Cotton. La compuso para sí mismo y para ponerla entre las manos de los fieles a fin de que cada uno pudiera hacerla suya. Fue lo que hizo la

hermana María durante dos años casi a diario, ante el Santísimo Sacramento y con ferviente devoción. En seguida vio ella la divina voluntad en visión no corporal o imaginaria sino solamente intelectual.

La vio bajo forma alguna, figura o imagen sino como una verdad presente (son sus propias palabras), y con tan gran certeza de claridad que lo que contemplamos con nuestros ojos corporales no nos parece tan claro. Le fue imposible dudar de que fuera la adorabilísima voluntad de Dios, que le habló así: “Pides a Dios que te quite tu libertad y que tome tu voluntad y te dé la suya para que no tengas otra distinta y con esto deseas comulgar a menudo. Pero si se te quita tu voluntad y en su lugar te ponen la de Dios no harás en adelante lo que quieras. No comulgarás cuando lo desees. Aún más, se te podrá privar del todo de la comunión. Piensa bien en lo que pides. La santa comunión es el gran camino real del paraíso por el que han caminado todos los santos. Ese camino en que quieres entrar es muy difícil y peligroso. Mira bien lo que haces”.

A este propósito comienza a razonar para sí misma. “La divina voluntad es Dios. La santa comunión es Dios también. Pero si yo comulgara todos los días podría todavía caer en el pecado, pero si mi propia voluntad está aniquilada y la de Dios se me en su lugar, no lo ofenderé más pues, solo mi propia voluntad puede cometer pecado. Por eso renuncio

de todo corazón a mi propia voluntad y me doy a la adorabilísima voluntad de mi Dios para que me posea perfectamente y no lo ofenda más”.

Luego viene la fiesta de la Concepción inmaculada de la bienaventurada Virgen en la que sintió deseo extraordinario de comulgar, y en efecto, comulgó. Pero a partir de entonces le fue imposible comulgar sacramentalmente. Sin embargo comulgaba espiritualmente y sentía y recibía todos los efectos y frutos de la santa comunión como le acontecía cuando comulgaba sacramentalmente, a saber, ardentísimo y muy puro amor a Dios, deseo casi infinito de seguir en todo y por todo la adorabilísima voluntad, gran caridad para el prójimo, amor tierno y sensible a todos aquellos de quienes había recibido algún desaire, celo devorador por la salvación de las almas, afecto incomprensible a los sufrimientos, desprecio extremo de sí misma, horror inconcebible al pecado, odio irreconciliable a los honores y desprendimientos entero de toda cosa.

Pasó todo un año sin poder comulgar sino de esta manera, En efecto no hacía lo que quería pues la divina voluntad había tomado posesión de ella. Sin embargo no estaba confirmada en este estado, de modo que podía salir de él. Dios quería darle este año para que escogiera y deliberara sobre lo que debía hacer respecto de este intercambio que deseaba entre su voluntad y la de Dios.

Es la conducta que su divina bondad suele tener cuando decide hacer una obra maestra de gracia en un alma. Podría él hacer sus obras en nosotros sin nosotros, pero para lo que él nos quiere dar busca primero nuestro consentimiento. Por esta razón, al querer obrar la mayor de sus obras, el misterio de la encarnación en la sacratísima Virgen, le envió un ángel para pedirle que expresara su consentimiento.

De esa manera la obra que su divina Majestad tenía designio de hacer en esta alma, por ser de maravillosa consecuencia, y puesto que esta transformación o permuta de su divina voluntad con la suya era como su fundamento, luego de haberla dispuesto poco a poco por los deseos ardentísimos que le infundió, por las oraciones muy fervorosas que le inspiró hacer con este motivo, por espacio de unos dos años, quiso concederle todavía un año para deliberar con más serenamente y dar su consentimiento más libre y más firme.

Terminado este año la divina voluntad se le manifestó de nuevo del mismo modo que la primera vez, y le dijo: “Es hora de definir y determinar lo que has pedido tanto, a saber, que se te prive de tu voluntad para darte la de Dios. Considera bien lo que vas a hacer pues es preciso definirlo por contrato. Antes de establecerlo eres libre de hacer lo que quieras. Pero una vez establecido no gozarás ya de tu



libertad. No podrás hacer, ni decir, ni pensar, ni querer, sino lo que a mí me plazca. Si quiero te privaré de la santa comunión y te haré ir por un camino espantoso. El camino de la comunión está lleno de flores y rosas, lleno de gracias y bendiciones, de divinas consolaciones, pero te llevaré por un camino lleno de espinas, cruces y sufrimientos. Podría incluso enviarte a servir a los diablos en los infiernos”.

Finalmente, dice la hermana María: “la divina voluntad me hizo ver tantas penas, angustias y dolores, tantos tormentos atroces que sufriría por el camino por donde me conduciría si lo escogía. Fui sobrecogida de tal terror que todo el cuerpo me temblaba de manera inusitada. Pero eso no me impidió dar la siguiente respuesta: Solo tengo una cosa para decir: odio tanto el pecado que estoy dispuesta a sufrir tantos infiernos como Dios pueda hacer, si fuera preciso, para que el pecado nunca tenga parte en mí. Para ello, conocedora de que solo mi voluntad es capaz de cometerlo, renuncio a ella con todas mis fuerzas pase lo que pase. Escojo la adorabilísima voluntad de Dios y me doy a ella cuanto puedo hacerlo para que establezca su reino en mí tan perfectamente que el pecado jamás entre en ella. Solo me reservo una cosa: obedecer tanto como pueda a la Iglesia y que si fallo en algo, solo lo imposible podría forzarme a ello. Haré siempre de mi parte en cuanto esté en mi poder, seguir sus órdenes”.

Así se hizo el intercambio de la voluntad de la hermana María con la de Dios. Así me lo contó ella misma por orden que Nuestro Señor le dio. Me lo contó con profunda verdad, sinceridad y sencillez, sin ninguna exageración, pues nada ama tanto como la verdad y detesta fuertemente lo que la hiere aunque sea poco. “Es la hija amada de Dios, dice ella, jamás la traicionaré”. Cuantos tuvieron comunicación con ella, incluso las personas que le son contrarias, se sienten obligados a afirmar que está llena de ingenuidad, candor, verdad y fidelidad.

### ***Consecuencias de este intercambio***

De este intercambio muchas cosas dignas de toda consideración se siguieron. Entre ellas señalo ahora dos principales. La primera, que a partir de ese momento, esto hace unos cuarenta años, no tiene ninguna libertad ni interior ni exterior. En cuanto al exterior, no puede orar cuando quiere, es decir, según la voluntad de los sentidos y de la parte interior. En cuanto a la voluntad de espíritu, nada quiere distinto de lo que Dios le hace querer, ni tanto tiempo como quisiera, ni decir las oraciones que desearía. Lo mismo pasa con la bebida, la comida, el vestido, la levantada, la acostada, con sus idas y venidas y así de lo demás. La divina voluntad le regula todo esto. No está en su

poder mover sus pies, sus manos, su lengua para hacer o decir algo distinto de lo que le es ordenado por Dios. Hay un ejemplo semejante en santa Catalina de Génova, pues se cuenta en el capítulo 13 de su *Diálogo* que Dios regulaba su beber, su comer, y toda otra cosa.

Lo referente a su interior es más admirable. Está de tal modo privada de su libertad, de usar las facultades de su alma, que no puede ni acordarse a voluntad de sus sentidos de lo que quiere, ni pensar lo que quisiera, ni querer cosa alguna, por buena y santa que sea, sino cuando la divina voluntad lo quiere y la aplica a ello. Por ejemplo, cuando quiere pensar en la Pasión de Nuestro Señor no está en su poder hacerlo. Dice: “Se me impide como a una persona que quisiera entrar por una puerta y se le dice: Retírate, y se le cierra la puerta cuantas veces sea”. En otras ocasiones cuando me encuentro en el límite de mis angustias y necesito ser confortada más que de ordinario, se me abre la puerta y se me llama: “Ven, ven aquí”, y entonces ingreso libremente y se me permite pensar en cualquier misterio de la Pasión pero por poco tiempo pues encontraría consolaciones y es preciso que sufra. Solo se me permite esto dentro de grande y extrema necesidad. Luego se me hace salir y se me cierra la puerta y se me priva de seguir pensando en ella. Así cuando quiere pensar (entiendo que voluntariamente) en la divina justicia, a la que ama

extremadamente, o en cualquier otro de los divinos atributos, o en algún misterio o verdad cristiana no le es posible hacerlo sino cuando la divina voluntad la dedica a hacerlo.

Hay prueba de esta verdad. En el temor que le asiste de estar engañada y con el deseo intenso de conocer la verdad rogó cientos de veces a Nuestro Señor, con abundancia de lágrimas, que le permitiera pronunciar solo una vez interiormente el santo Nombre de Jesús, es decir, formar un pensamiento con este santo Nombre, en todo o en parte, y que se le concediera este permiso, pues ella cree como artículo de fe que todo esto son engaños; y jamás le ha sido posible pronunciarlo ni de corazón ni oralmente con este motivo, o sea, pensarlo con esta intención. Pero para testimoniar que lo que pasa es de Dios le es está siempre permitido pronunciarlo mentalmente y de corazón tantas veces cuantas quiera.

Lo mismo pasa tanto en la voluntad como en la mente y la memoria. Por ejemplo, aunque ella tiene un amor increíble por el Santísimo Sacramento, sin embargo durante treinta y tres años, más o menos, no pudo comulgar. No estaba en su poder quererlo. No se cansaba de hacer exteriormente todos sus esfuerzos para disponerse a fin de obedecer a la Iglesia, pero le era imposible formular siquiera un solo acto de voluntad. Cuando se llegó el tiempo

en que Dios quiso que comulgara tuvo meses antes fortísima voluntad y grandísimo deseo de la comunión.

En lo que respecta a la memoria tuve varias veces la experiencia, sobre todo en tiempos de la primera misión en Coutances. Sucedió cuando se vio obligada, forzada, a decirme cantidad de cosas que tengo escritas pues están llenas de muchas enseñanzas muy santas y útiles. Nuestro Señor la forzó, si puede decirse, a comunicármelas. Digo que la forzó pues ella ha tenido siempre gran repugnancia para hablar de estas cosas y nunca ha hablado a nadie de ellas sino por obligación. Me aseguró varias veces que si estuviera en su poder no hablarlas jamás me hubiera dicho una palabra. Y lejos de sentir satisfacción o complacencia más bien se le convertía en tormento tan grande que es difícil expresarlo como lo demostraban su rostro, sus lágrimas y quejas. Con el fin de escucharla la veía de ordinario una o dos horas cada día. Dios ponía en su memoria tantas cosas como podía decirme, a veces más a veces menos, según diera el tiempo que yo pudiera emplear razonablemente sin perjuicio de los ejercicios de la misión. Retenía esto en su memoria el tiempo que gastaba en decírmelo. Era para ella como una carga muy pesada que soportaba penosamente. Se obligaba a descargarla diciéndomela. Y una vez que me decía lo que se le hubiera puesto en la memoria para comunicármelo ese día, no tenía

ningún otro recuerdo de cosas que hubieran pasado en ella aunque fuesen muy numerosas. El día siguiente se ponía en su memoria otra cantidad conforme al tiempo disponible para mí y para ella. Eso duró unos quince días.

Es claro entonces que no gozaba de libertad para usar de las facultades de su alma. Que estaban atadas, como muertas y aniquiladas en sí mismas, sin acción ni movimiento sino por la divina voluntad que en ella vive y reina perfectamente.

### ***Segunda consecuencia de dicho intercambio***

La segunda cosa que vino del intercambio de la voluntad de la hermana María con la divina voluntad fue que a partir de ese momento, se produjo en ella por unos treinta y tres años imposibilidad para comulgar. Cuando se acercaba a la santa mesa y el sacerdote se acercaba a ella para darle el Santísimo Sacramento los espíritus malignos, en cuya posesión estaba, ponían impedimento sea tirándola al suelo sea volviéndole la cabeza o por cualquier otra agitación corporal. Durante todo ese tiempo nadie, ni obispo ni sacerdote, pudo darle la santa hostia no obstante todos los esmeros y diligencias, y los esfuerzos imaginables que se usaron tanto de parte de la Iglesia como de su parte. De su lado nunca omitió de cuanto podía hacer para

disponerse a comulgar. Además se usaron durante mucho tiempo oraciones, ayunos, limosnas, peregrinaciones y exorcismos según el poder que Dios concedió a la Iglesia sobre los demonios para levantar los obstáculos que aportaban. Se le hizo practicar gran número de peregrinaciones a varios lugares de devoción como el monte Saint-Michel o Nuestra Señora de la Délivrande. A este lugar fue conducida una vez al año durante quince años de forma consecutiva. Allí era exorcizada ante la imagen de la santa Virgen. En todos esos viajes era acompañada por varios santos eclesiásticos a cuya dirección había sido confiada por su obispo, y por buen número de gente, laicos muy piadosos de uno u otro sexo. Todo eso se realizaba con gran devoción, tanto a la ida como al regreso. La finalidad era obtener de Dios que pudiera comulgar si así fuera su beneplácito.

Además se practicaron con este fin exorcismos todos los días por espacio de un año entero ante el Santísimo Sacramento con las mejores preparaciones y disposiciones que era posible aportar, usando de toda la autoridad, poder y eficacia que la Iglesia tenía sobre los demonios. Respondían y afirmaban siempre que no podía desobedecer a esas órdenes que venían de Dios y que él lo impedía; y cuando se les pedía dar una explicación decían que no la conocían y que no tenían acceso al consejo eterno de Dios.

## ***Los deseos extraordinarios de sufrir que tenía la hermana María y los sufrimientos extremos que padeció***

Cuando Dios infundió en el corazón de la hermana María esos grandes deseos de estar enteramente alejada del pecado le imprimió también deseos de sufrir para destruirlo en los demás tan fuertes y ardientes deseos que no hay palabras para expresarlo ni entendimiento humano capaz de comprenderlo

“Estoy cierta, decía ella, que solo Dios puede conocer la grandeza y la extensión de esto. Eran tan grandes que estoy cierta de que todos los poderes humanos y angélicos del cielo, de la tierra y del infierno no eran capaces de hacerme sufrir todo lo que yo deseaba y que solo la mano poderosa de Dios tenía ese poder; apenas podía creer que Dios mismo pudiera satisfacer el hambre en cierto infinita que tenía de sufrir. El infierno con todos sus tormentos me parecía una cereza para semejante hambre”. En efecto, cinco años de suplicios del infierno no fueron bastantes para satisfacer esta hambre ni de acallar estos deseos. Por el contrario, solo lograron aumentarlos. Tengo un conocimiento infalible de que tales deseos no residían en los sentidos sino que estaban profundamente grabados en lo más profundo del espíritu. Los sentidos no piden sufrir y



son incapaces de semejantes deseos, deseos tan profundos, poderosos, firmes e invariables, de larga duración.

El espíritu deseaba ir al mal doloroso de doce años, más espantoso todavía y más terrible que el infierno. Estos ardorosos deseos procedían del odio cuasi infinito que tenía contra el pecado y del amor inconcebible que albergaba por las almas. Este odio y ese amor la impelían a pedir a Nuestro Señor sufrir las penas del infierno a fin de preservar de ellas a los brujos y obtener su conversión y la destrucción del pecado en ellos, como ya se dio ampliamente. “No sabes lo que estás pidiendo”, le dijo el Hijo de Dios. Perdóname, respondió ella. Conozco bien lo que pido: pido a mis hermanos que se pierden. Tengo conocimiento muy cierto de que estás buscando a alguien que quiera sufrir por ellos las penas del infierno en ese tiempo a fin de librarlos de ellas en la eternidad. En efecto, dice, veía el Amor divino que buscaba a alguien para esto. Me ofrezco a ti con esa intención. Pero merecieron la Ira de Dios, añadió Nuestro Señor. -Estoy dispuesta para llevarla en su lugar, con tal que les tengas misericordia. Oh, si supieras el gran deseo que tengo de sufrir por la salvación de las almas no me dirías que no sé lo que pido.

Un exceso cuasi infinito que tiene de sufrir por la salvación de las almas la lleva a hablar así. “Temo, decía también, que no tengas suficientes tormentos para darme”.

Luego de haber orado por dos años a Dios y haber hecho cantidad de mortificaciones para obtener de él que le diera los suplicios del infierno para librar de ellos a los que los habían merecido, fue escuchada, Bajó al infierno para permanecer en él cinco años de la manera como se ha dicho en otra parte. Allí padeció lo que solo Dios conoce. Sin embargo las gehenas y los tormentos infernales no fueron suficientes para enfriar, así fuera poco, el ardor de los deseos que tenía de sufrir. Por el contrario los encendieron más y más. En testimonio de ello, cuando estaba en medio de los fuegos del infierno, todas las furias infernales que la atormentaban de diversas maneras y todos los suplicios que padecía como la sed, el hambre, la rabia, la desesperación y otras se presentaron bajo diversas figuras y le declararon que Dios las había enviado donde ella para pedirle tregua y que, si se la concedía, tenían orden suya de irse y de dejarla libre y exenta de toda suerte de pena. Pero les respondió así: “Pues si tengo la opción de despedirlas o retenerlas, les prohíbo absolutamente que se vayan y les ordeno que permanezcan aquí y cumplan su tarea hasta que el que les ha ordenado venir les ordene salir de aquí”.

Queda claro que los sufrimientos eran como su centro y que el infierno era como su paraíso, tan hambrienta estaba de padecimientos.

Carguen, carguen, decía ella, gracias a Dios no podemos soportar sino lo que Dios puede hacer. En efecto, el que la había escogido para hacerle sufrir penas en algún modo infinitas y que había impreso en ella deseos como infinitos de sufrirlas la revestía y animaba con su fortaleza divina que es infinita.

### ***Otro infierno en el que estuvo la hermana María durante doce años***

Al salir la hermana María del infierno entró en un estado bastante moderado en comparación del precedente. Permaneció tres años en este estado durante el cual estaba poseída y animada por la divina Justicia, de forma extraordinaria, que obró en ella tres efectos principales.

1. Le comunicaba el odio incomprensible que tenía contra el pecado y el celo ardiente con que lo perseguía sin cesar para castigarlo y destruirlo.
2. Hablaba por su boca y decía con ardor increíble cosas terribles y poderosas contra ese monstruo, en cuanto a su fealdad, horror y malicia. Se refería a sus efectos prodigiosos y detestables y sugería los medios que debían utilizarse para destruirlo. En esos tres años aportó como el mejor y más idóneo escritor del mundo escribiendo de

continuo sobre ese asunto Soy testigo de ello y lo son también los que fueron testigos oculares.

3. Le anticipaba de diversas maneras y bajo varias figuras los tormentos indecibles que debía sufrir dentro de poco y le daba deseos incomparables de entrar en ese estado. Esto le hacía decir estas palabras con abundancia de lágrimas: “Me quiero ir de aquí, me quiero ir”. Se refería a un horrible mal que llamó el mal de los males.

Pasados esos tres años entró en este mal que comenzó como un rayo de fuego que le atravesó el corazón. Era la Ira de Dios. “Es un infierno del todo nuevo, decía, que el divino Amor hizo para mí. Sobrepasa en tal forma, en rigor y vigor, los suplicios del infierno de los condenados. Si hubiera estado en mí escoger hubiera preferido un año en las penas de este que una hora de suplicios de aquel”.

“El infierno ordinario fue solo una merienda escasa para el hambre insaciable que tenía de sufrir. Este infierno nuevo ha sido un festín copioso que me satisfizo totalmente”.

“Nuestro Señor me aseguró que como una pajita no podría resistir mucho tiempo en una hoguera ardiente sin ser reducida a cenizas, de igual modo yo no hubiera durado un momento en este infierno sin ser consumida, si él no me hubiera preservado por gran milagro. Yo sufro la Ira de Dios en el primer infierno como lo sufren los demás condenados.

Esa ira sin embargo no se desbordaba sobre mí como tampoco sobre la tierra, pero sí se desbordó sobre mí durante el mal de doce años. *Pasaron sobre mí tus iras y tus terrores me conturbaron. Tu furor se descargó sobre mí e hiciste caer sobre mí tus oleadas. El día de la vendimia fue para mí el día de tu furor* (Sal 88, 17.8. Lam 1, 12 según Vulgata). Así, para comprender lo que padeció durante esos doce años, y más de diez y nueve años después, se necesitaría comprender el terror y el tamaño de la Ira de Dios. *¿Quién conoce el poder de tu Ira o contar sin temor tu indignación?* (Sal 90, 11).

Sería preciso conocer lo que es el pecado y qué es llevar el peso espantoso y la malignidad aterradora del número incalculable de crímenes de los demás, por quienes se ofreció a la divina justicia, para darle satisfacción. Nuestro Señor le dio a conocer que ese mal de doce años es participación y una renovación de lo que él mismo padeció cuando llevó sobre sí todos los pecados del mundo e incluso cuando fue hecho pecado por nosotros por voluntad del eterno Padre. De ello san Pablo escribió estas terribles palabras: *El que no conocía el pecado por nosotros fue hecho pecado para que fuéramos justificados por él* (2 Cor 5, 21).

Finalmente lo que tuvo que sufrir en este segundo infierno sobrepasa de tal forma lo del primero que Nuestro

Señor le dijo que para tener digna compasión de las penas sufridas por ella en el primero habría que hacer un mar de lágrimas de agua; pero que para tener justa conmiseración de los suplicios que soportó en el segundo sería necesario llorar hasta formar un mar de sangre. Ese mal duró doce años completos, como ella dice, es decir, con fuerza y rigor. Pasó siete años sin dejar de llorar noche y día hasta el punto que sus dos ojos eran dos fuentes de lágrimas que nunca se estancaban.

Podría preguntarse de donde procedía tal abundancia de aguas. Durante los cinco años primeros a menudo se fundía en lágrimas, pero no eran tan abundantes como en los últimos siete. Pero durante los doce estaba de tal modo estuvo embriagada de dolores, de angustias y torturas que a menudo permanecía fuera de sí y privada de sus sentidos, sin saber quien era, ni donde estaba, ni lo que hacía, aunque sin embargo jamás hizo nada extravagante que pudiera herir o desedificar a alguien.

Pasados esos dos años siguió llevando las llagas de ese horrible mal del cual habla todavía en julio de 1634, es decir, diez y nueve años y cinco meses después. A decir verdad no fueron tan crueles como el mismo mal pero sin embargo no cesaron de hacerla sufrir más allá de lo que puede decirse. Hablo de lo que vi y puedo asegurar sin hipérbole ni exageración. La vi muchas veces en un estado

doloroso y lamentable. Tenía el rostro bañado en lágrimas y lanzaba gritos tan vehementes, que la violencia de las torturas le arranaba, que hasta un corazón de roca se hubiera visto movido a compasión.

Este es un compendio de las cosas más notables que sucedieron a la hermana María. Digo que es un compendio porque cuanto se ha podido decir o escribir es muy poco frente a la infinidad de cosas maravillosas e inauditas que la muy buena y poderosa mano de Dios obró en esta pobre joven, venida de un pueblo minúsculo, poseída en su cuerpo por espíritus malignos, olvidada, menospreciada y desconocida en la tierra. *Dios eligió lo despreciable para confundir a lo fuerte. Te alabo, Señor, del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Está bien, Padre, porque así lo has querido. Miren ustedes, los que desprecian, y admírense porque en sus días voy a realizar una obra que ustedes no creerán si se la cuentan* (Cf. 1 Cor 1, 28; Mt 11,25-26; Hech 13, 41).

***Anotaciones sobre lo dicho que pone de manifiesto  
que es obra del Espíritu Santo***

Quienquiera mire atentamente lo narrado verá claramente el dedo de Dios y el carácter de su divino Espíritu, y concluirá que es obra de su mano omnipotente. En efecto lleva señales verdaderas. Si deseas verlo manifiestamente abre los ojos y:

1. Observa que esta criatura fue prevenida desde su más tierna infancia con las más extrañas bendiciones del cielo; que Dios la instruyó y condujo él mismo y le imprimió desde que alcanzó el uso de razón gran odio al pecado y un amor muy particular a la divina voluntad, como también deseo ardentísimo de seguirla en todo y por todo. Le inculcó un afecto muy particular a todas las virtudes cristianas que practicó en alto grado desde ese momento. Carecía entonces de instrucción y ejemplos que la impulsaran a ello, y en un lugar que por entonces estaba lleno de corrupción y de abominaciones, donde los vicios más execrables reinaban pública e impunemente. Que el Espíritu de Dios le imprimió también desde su infancia amor extraordinario por la castidad y le inspiró el deseo de conservarla perfectamente en toda su vida; que en ese punto la tomó bajo su especial protección, y que la libró milagrosamente



de varios precipicios y la alejó de las suciedades del pecado en el que hubiera caído infaliblemente.

2. Anota que cuando supo que era posesa aceptó de corazón este estado de sufrimiento y de humillación como escogido para ella por Dios y dado como medio más apropiado para su salvación. Tomó entonces la resolución de obedecer exactamente a cuanto le fuera ordenado en los exorcismos y lo ejecutó siempre fielmente. Amó hasta tal punto esta condición dolorosa y despreciable de posesa que no hubiera querido cambiarla por la más gloriosa dignidad del mundo.

3. Observa que la causa de ser horriblemente atormentada durante cinco años por los maleficios que los brujos le arrojaban cada día fue la caridad y la compasión que tuvo a las desdichadas jóvenes que veía perderse por este medio diabólico. Se sintió obligada a pedir a Nuestro Señor que permitiera que los brujos le arrojasen todos los encantamientos que les harían para preservarlas de ellos, pues se decía: “Estoy entre las manos de la Iglesia que sabrá librarme”.

4. Considera que el principio y la fuente del intercambio que se hizo de su voluntad con la de Dios fue el deseo ardentísimo que tenía de no ofenderlo jamás. Su deseo fue siempre muy puro y desinteresado. Decía en ocasiones, cuando sentía temores de estar engañada, “si me engaño y

estoy perdida, es por el deseo de renunciar por entero al pecado y a mi propia voluntad que es su raíz. Ese deseo me habría arrojado al engaño y a la perdición”. Pero ¿será posible que Dios, que es tan bueno y desea tanto nuestra salvación, vaya a permitir que un alma que solo desea agradarle y hacer en todo y por todo su santa voluntad, y que solo teme desagradarle con algún pecado, sea abandonada a la ilusión y a la seducción del diablo?

5. Haz de saber que la manera como la hermana María vivió la voluntad divina antes de este intercambio fue por visión no corporal ni imaginaria sino puramente intelectual. No la vio bajo figura o forma alguna sino como una verdad presente, como ya se dijo. Esta especie de visión no está sujeta a la ilusión sino como lo enseñan los doctores que tratan de este asunto. Incluso santo Tomás dice que la visión intelectual de que habla san Pablo es el tercer cielo al que fue arrebatado<sup>2</sup>.

6. Observa que solo Dios puede imprimir en el espíritu deseos semejantes a los que la hermana María tuvo, tanto de no ofender a Dios sino de sufrir por Dios, es decir, deseos tan puros, tan ardorosos y firmes, tan duraderos y fuertes que la violencia de los tormentos del infierno, no fueron capaces de quebrantar. No existe hombre, ni ángel, ni diablo, que pueda infundir tales deseos. Solo Dios es capaz

---

<sup>2</sup> Suma teológica 2, 2, q. 173, art. 3, ad 4.

de imprimirlos tan poderosamente como los que la hermana María experimentó. El diablo podría poner en la imaginación y encender en los sentidos alguna clase de deseos, que incluso pasarían al espíritu, referentes a objetos que serían conformes con nuestra naturaleza y podrían traerle alguna satisfacción. Pero si él pudiera despertar algunos referentes a un objeto que fuera del todo contrario a la naturaleza del hombre como son los sufrimientos, esos deseos no serían sino imaginarios, sin solidez alguna, ni verdaderos, y por tanto pronto se disiparían como humo, especialmente durante la prueba de un vehemente sufrimiento. Incluso si fueran auténticos no tendrían ninguna consistencia ni serían de larga duración y esto por tres razones:

La primera, los sentidos e incluso el entendimiento humano están penetrados hasta el fondo de su naturaleza de grandísima debilidad, inconstancia, ligereza y mutabilidad. No está por tanto en poder del espíritu maligno dotarlos de algo estable y permanente pues no le es posible cambiar la naturaleza de las cosas.

La segunda, lo que es violento no puede ser duradero. Entonces, los deseos de sufrir por demasiado violentos estarían contra la naturaleza por estar en estado muy grande de violencia. Serían contrarios a todas sus inclinaciones naturales que la llevan incesantemente a huir

de todo lo doloroso y penoso y a buscar lo que le trae satisfacción.

La tercera, por ser imposible que la naturaleza pueda inclinarse a algo que no es conforme con ella misma, el espíritu maligno no puede infundir en nosotros un deseo de sufrir si no nos hace ver por ilusión o engaño algún bien imaginario en los sufrimientos. Este deseo no podría subsistir cuando de hecho se encontrara en tormentos tales como son los que la hermana María soportó por tantos años, si no descubriera en ellos el bien que imaginaba encontrar. Y aunque la imaginación de este falso bien perseverara durante los suplicios no hay motivo para creer que estuviera en el poder del espíritu maligno mantener ni en los sentidos ni en el espíritu deseos tan puros, ardientes y poderosos de sufrir y de sufrir por sus mayores enemigos, es decir, por los brujos que la habían reducido a este estado extraño, y conservar esos deseos durante tantos años contra todas las inclinaciones de la naturaleza, y entre tormentos tan atroces como son los del infierno. Hay que concluir entonces necesariamente que solo Dios puede haberle infundido tales deseos.

Se me dirá quizás que padecer grandes sufrimientos no viene siempre de Dios, pues ha habido herejes que sufrieron el fuego por su falsa religión y ha habido paganos

que han padecido grandes suplicios con mucha constancia. A eso respondo:

1. Que las penas que ellos sufrieron no son comparables ni en cantidad, ni en calidad, ni en duración con los de la hermana María.

2. Que ellos padecieron necesariamente y forzados. En cambio ésta se ofreció libremente y con pleno consentimiento a los tormentos, y los pidió por largo tiempo con mucha insistencia.

2. Que los herejes que padecieron el fuego por causa de su falsa religión, que juzgaban verdadera, pretendieron sufrir para su salvación. Pero la hermana María sufrió por la salvación de los demás. Aquellos padecieron sufrimientos temporales bajo pretexto de evitar las penas eternas, pero ésta sufrió los suplicios del infierno para preservar a los demás, contados entre ellos sus mayores enemigos.

4. Que hay gran diferencia entre sufrir con constancia y paciencia, y amar, desear y buscar los sufrimientos en el grado en que la hermana María los amó, pidió y buscó.

Se me podría citar a varios herejes y paganos que sufrieron grandes penas con gran constancia pero nunca se podrá mostrar una persona que haya tenido tanto amor por los sufrimientos, que los haya deseado tanto y por largo tiempo antes de que le hubiesen llegado y experimentado varios años después, como la hermana María. “Estoy muy

segura, decía con gran verdad y sinceridad, que los bienaventurados que hay en el cielo no pueden amar más su beatitud y no pueden desearla más como si no la poseyeran, habiéndola conocido sin embargo como de hecho lo hacen, como yo he amado los más horribles y extremos suplicios. He deseado sufrirlos tanto para ser liberada de la culpa del pecado como para preservar a mis hermanos de las penas eternas que les están preparadas en el infierno. De corazón los he deseado a fin de obtener de Dios la contrición para una sola persona que estuviera en pecado mortal”.

Quien analice bien estas cosas se verá obligado a confesar que deseos y disposiciones tan caritativas, sencillas, puras, desinteresadas y contrarias al amor que el hombre se tiene a sí mismo, y acompañadas además de larga perseverancia, no pueden venir sino del Espíritu de Dios.

7. Nota que solo Dios puede quitar a una criatura razonable el uso de su espíritu, su libertad y su voluntad.

Reconozco que el espíritu maligno puede ligar y ocupar nuestros miembros y sentidos, y privarnos de nuestra libertad de obrar exteriormente, pero no está en su poder quitar a una criatura, dotada de razón la libertad de su espíritu y de su voluntad, y destruir la esencia del hombre.

***Varias otras señales que demuestran  
que el Espíritu de Dios es el autor de esta obra***

*Primera señal:*

Hay varios otros datos que demuestran claramente que el Espíritu de Dios es el autor de lo que pasa en la hermana María.

-1. No vemos en esto ningún fruto malo pero percibimos en cambio cantidad de buenos frutos. Es señal muy cierta que nos da Nuestro Señor para discernir el espíritu de verdad del espíritu de falsedad, el árbol bueno del malo. *Conocerán, dice Nuestro Señor, el árbol por su fruto. Un árbol malo no puede dar fruto bueno y un árbol bueno no puede dar fruto malo (Mt 7, 17-18).* “Vemos a una persona en cuya vida, en los 63 años de su presencia en el mundo, nada reprochable se ha encontrado. Cuando se supo en Coutances que era posesa, el señor obispo de ese lugar, entonces monseñor de Briroy, envió varones prudentes e inteligentes a la parroquia de Landelin, donde había nacido, para informarse sobre su vida y la de sus padres, para saber si ella o ellos habían dado ocasión para que se diera esta posesión. Se encontró que ella había llevado una vida muy inocente y muy alejada de lo que es contrario al cristianismo. Puedo afirmar además con toda verdad que he examinado su vida con mucho cuidado; que fui al lugar de

su nacimiento y donde creció, que vi personas del lugar que trataron con ella mientras habitó en el campo. Me aseguraron que siempre se vio en ella un alejamiento de los desórdenes y faltas que so ordinarias en personas de su sexo y de su condición. Que nunca se le vio en bailes, ni en otras ligerezas y vanidades comunes a las muchachas. Que jamás ofendió ni disgustó a nadie y era amada por todos los que la conocían. Que se ganaba todos los corazones por su humildad, bondad, sencillez, sinceridad, obediencia, paciencia caridad y mansedumbre.

Conocí además especialmente a los que vivieron con ella desde hace cuarenta años en Coutances. Me aseguraron que solo vieron en ella virtudes eminentes en todos esos años; que mientras vivió en esa ciudad nunca se vio a alguien, sea de sus vecinos sea de otros habitantes, quejarse de que hubiera dicho la menor cosa que hubiera causado descontento a alguna persona. Pasé una cuaresma entera donde el padre Potier que era reconocido en la ciudad como hombre de Dios. Lo acompañaba otro eclesiástico, el padre Juganville, que vivió y murió en olor de santidad, a cuyo cuidado monseñor de Briroy, obispo de Coutances, había encomendado a la hermana María. Durante toda esa cuaresma y en otras ocasiones me quedé donde el padre Potier, a veces ocho, a veces quince días, sin hablar de varios meses que permanecí en Coutances.



Durante ese tiempo, yo veía casi a diario a la hermana María. La observé y la estudié muy exactamente en todos sus movimientos y jamás vi en sus acciones ni en sus palabras algo que no dejara entrever el Espíritu de Dios y que no me dejara convencer de que sería imposible que no estuviera conducida por la mano de Dios tanto en las cosas insignificantes como en las grandes. No puede decirse que obrara por disimulo. Se reconocía en ella una manera de actuar y de hablar llena de ingenuidad, de candor, de sencillez, y de verdad. Cuantos la veían se sentían forzados a confesar que no había en ella ficción alguna ni disimulo. Es cierto que durante su permanencia en el infierno los demonios proferían en ocasiones por su boca blasfemias horribles. Dios lo permitía así por ser ese el lenguaje de los infiernos y para demostrar que llevaba en sí el estado horrible de la condenación con todo lo que en él hay de espantoso.

Hay sin embargo en esto tres aspectos por considerar que hacen ver que todo eso se hacía por orden y conducción de Dios y sin ninguna falta de parte de la hermana María.

La primera, ella se anticipaba a esas blasfemias pues veía venir a ella la desesperación que es su fuente bajo la figura de un león rabioso que venía a ella y entraba en su boca. Entonces ella manifestaba a Dios que desaprobaba y

detestaba todo lo que su lengua iba a pronunciar y le suplicaba instantemente que la arrancara de su boca antes que permitir que ella dijera alguna palabra que le fuera desagradable.

La segunda, esas blasfemias le causaban entonces, y le causaron siempre grandísima pena. Es fácil ver que su espíritu y su voluntad las abominaban horrorizados.

La tercera, no fue permitido nunca a los espíritus malignos vomitar blasfemias ante personas que hubieran podido escandalizarse. Lo hacían ante dos eclesiásticos que cuidaban de ella y permanecían como si oyeran ladrar a un perro. Cuando alguien llegaba donde estaba ella, así fuera solo un niño, de inmediato los demonios cesaban de blasfemar.

No encontramos, pues, ningún fruto malo en este árbol. Por el contrario descubrimos en él muchos frutos buenos. Vemos odio al pecado en el más alto grado que se pueda pensar; amor a Dios el más puro que se pueda imaginar; sumisión sin comparación a la divina voluntad; afecto sin par a la divina justicia; devoción no común a Nuestro Señor Jesucristo y a su santa madre; amor por la cruz y los sufrimientos mayores de lo que se pueda expresar; celo inexplicable por la salvación de las almas; caridad inconcebible al prójimo; dilección tierna a los que la desprecian o humillan; aversión sensible a los que le

testimonian estima y honor; humildad más perfecta que la descrita en todos los libros que tratan d esta virtud; afecto por la pureza y horror de todo lo que le es contrario en grado tal que no hay palabras para expresarlo; desasimiento entero de todo lo del mundo; abnegación total de su propio sentir, de sus intereses e inclinaciones, y de todo lo que le pertenece; paciencia invencible; prudencia verdaderamente cristiana; ascesis extraordinaria; fortaleza divina, justicia y equidad maravillosa y generalmente todas las virtudes en excelentísimo grado.

Al decir esto no hablo por simples rumores, ni con palabras excesivas, sino con la pura verdad, y por el conocimiento cercano y la larga experiencia que tengo de este caso.

Estamos ante una persona mediante la cual la divina bondad ha convertido diversas almas comprometidas antes en estado de pecado y condenación. Esto lo sé muy bien. Mediante ella obró efectos de gracia muy especiales en varias personas muy acreditadas ante Dios. De su boca lo he sabido. Vemos a una persona cuyas palabras son ascuas que encienden el corazón de quienes las escuchan y la oyen hablar. *¿Acaso nuestro corazón no ardía dentro de nosotros mientras nos hablaba?* (Lc 24, 32). Estamos finalmente ante una persona por quien el Espíritu Santo dice gran número de bellas y santas cosas bajo diversas figuras y parábolas.

Ese es su estilo y su manera ordinaria de hablar como se ve en el lenguaje de los profetas y en el de Nuestro Señor Jesús, mediante el cual él habló. Todo esto es conforme con la Escritura Santa, con el sentir y la práctica de la Iglesia, y solo tienen como objetivo llevar a los hombres a odiar el pecado y a seguir la voluntad divina en todo y por todo, a amar la cruz, a devolver bien por mal, a huir de las alabanzas, a abrazar de corazón el desprecio, a trabajar en la salvación de las almas y a seguir todas las demás máximas del Evangelio.

### *Segunda señal*

La segunda señal que nos ayuda a reconocer que no hay engaño ni ilusión en la hermana María es que Dios le ha dado un cuerpo de buena calidad y buena contextura, y del mejor temperamento que puede haber. Le dio también un espíritu que nada tiene de femenino, pues en ella no encuentras debilidades, ligerezas, inconstancias y otros defectos ordinarios en las personas de su sexo.

Es un espíritu perspicaz, sólido, firme, de buen juicio, dotado de gran prudencia y buen sentido, unido a grandísima sencillez y sinceridad. Es algo de que el muy célebre doctor Juan Gerson dice que hay que precaverse cuando se trata de discernir entre el espíritu de mentira y el

espíritu de la verdad. De ordinario las ilusiones del espíritu maligno se encuentran en personas que tienen temperamento melancólico, de espíritu ligero e imaginación débil. Y cuando el Espíritu de Dios quiere obrar algo extraordinario en un alma, si bien no depende de nuestras disposiciones naturales, acostumbra escoger personas de buen sentido y de juicio firme y sólido. Lo hace por razones que debemos venerar sin querer penetrarlas.

Cuantos conocen a la hermana María saben que tiene un sentido común excelente. Que su espíritu es claro y penetrante, su razonamiento fuerte, su juicio sólido, su conducta llena de prudencia. Jamás ha visto ni oído externamente a ángel o a diablo, ni a Jesucristo ni a su santa madre, ni ninguna otra cosa extraordinaria. Todas sus visiones o revelaciones son totalmente intelectuales, mediante una luz sobrenatural infusa en su espíritu, o en parte imaginaria y en parte intelectual. Cuando se le habla mediante parábolas o figuras se ponen las figuras en su imaginación, y en el espíritu, mediante luz infusa y sobrenatural, las verdades que encierran. Cuando son puramente intelectuales, de ordinario le causan impresión tan fuerte, tan divina y luminosa que le es imposible olvidarlas, ni dudar de que tengan procedencia distinta de Dios. Cuando son de otra clase, mientras le habla o le hace ver algo distinto está en gran certeza de que es él.

Inmediatamente pasa esto, pierde esa seguridad y queda en el temor de estar en engaño.

Santa Teresa escribe en sus libros eso mismo le sucedía y de idéntica manera.

Lo admirable en la hermana María es que de una parte hay ciertas cosas que suceden en ella de las que le es imposible dudar, no solo en medio de grandes temores de estar engañada, y que de otra parte le es imposible creer todas las demás tan pronto como han pasado, aunque esté bien segura de que hay un solo y mismo Espíritu que le dicta y opera en ella unas y otras. Repito que es admirable pues ¿cómo puede ser compatible que se den en un mismo espíritu la imposibilidad de no creer y la imposibilidad de creer? Si se analiza bien esto se concluirá que no está en el poder del espíritu maligno provocar impresiones tan fuertes e inefables en el espíritu humano y sobre todo infundir una imposibilidad de creer como sucede en la hermana María. Es tan fuerte que aunque todos los ángeles y los santos del cielo y todos los doctores de la tierra emplearan, cada uno obrando en particular, todas las fuerzas de su espíritu y le aportaran demostraciones o pruebas infalibles para persuadirla de que todo esto proviene de Dios, y vencer así en ella la imposibilidad de creer no podrían hacerlo si le hablan como espíritus particulares. “Más aún, si hicieran milagros en mi presencia hasta resucitar muertos para

hacerme creer, no lo lograrían. Yo les diría: Dicen bien y hacen maravillas, pero quítenme la impotencia, la incapacidad y la imposibilidad de creer en este punto a espíritus particulares como ustedes, y denme el medio de poder hacerlo y yo lo haría. Digo: *a espíritus particulares* pues si fuera la Iglesia que me asegurase le creería tan fácilmente como me es difícil, aun imposible, creerles a ustedes”.

Ciertamente hay que concluir que en esto no hay sino la mano de Dios que pueda infundir en esta alma esta imposibilidad de creer a fin de mantenerla en la humildad y en el sufrimiento que es el camino por el que Dios la lleva. Si ella pudiera creer que todas estas cosas fuesen de él estaría cierta de serle agradable, y “si estuviera cierta, dice ella, de ser del agrado de Dios, todos los suplicios imaginables me serían delicias mayores que todas las consolaciones que él pudiera darme”, De allí viene que Nuestro Señor le haya dicho varias veces que creer y sufrir son dos cosas incompatibles en ella.

### *Tercera señal*

De esta imposibilidad de creer que hay en la hermana María respecto de lo que pasa en ella procede el gran pánico que tiene de estar engañada. En verdad ha

disminuido tanto que lo califica ahora de simple temor y no ya como pánico. Pero fue tan fuerte por espacio de cuarenta años que ella segura que era “un pánico tal que le helaba la sangre en sus venas y que socavaba la raíz de su vida”. Son sus propios términos. Los teólogos místicos nos aseguran que este temor en una persona que camina en una vía extraordinaria es señal cierta de que el Espíritu Dios la conduce. Este temor llevó a la hermana María a dirigir esta oración a Nuestro Señor innumerables veces, en medio de abundantes lágrimas, desde hace más de treinta años, Le suplicaba y lo conjuraba, por su misericordia y su Pasión y por cuánto hay de santo y sagrado en el cielo y en la tierra, que le acordara cuanto le pedía, de esta manera: “Soy tu criatura, compadécete de mí; soy obra de tus manos, no permitas que mi enemigo me arrebatte ahora el uso de los miembros del cuerpo y de las facultades del alma que me diste. Te suplico que me des el uso de mi lengua o de mi espíritu un momento de tiempo, únicamente para pronunciar con mis labios tu santo Nombre como testimonio de que las cosas que me suceden, al menos algunas de ellas, son ilusiones o engaños. Te prometo que lo creeré como artículo de fe”.

Procuraba hacer esa oración muy en secreto. La hacía no vocalmente sino en la parte superior de su alma por temor de que el espíritu maligno la conociera, e incluso,



mientras la hacía así en su interior, al tiempo hacía algo o cantaba himnos exteriormente, que no tuvieran ninguna relación ni conformidad con el tema de su oración, para ocultarla así mejor al demonio. Sin embargo, después de haber orado así, nunca le fue posible pronunciar ni adorar el santo Nombre de Jesús, sea vocal sea interiormente con intención de pedir que fuera permitido hacerlo. Pero por el contrario, es decir, para manifestar que todo cuanto acontecía en ella venían del Espíritu de Dios, le era fácil no solo pronunciar vocalmente y adorar mentalmente ese divino Nombre, sino también recitar las plegarias más santas que hay en la Iglesia, como *Pater, Ave Maria, Credo, Gloria in excelsis, Magnificat, Te Deum laudamus*, todos los himnos y los salmos. Ahora bien, pregunto, ¿quién podría atar, no solo su lengua sino también su mente de manera que, a pesar de todos sus esfuerzos, le fuera imposible pronunciar ni vocal ni mentalmente ese divino Nombre? ¿Quién, insisto, podría hacerlo distinto de Dios? Si fuera el espíritu maligno era necesario que conociera esa oración, y ¿cómo podría tener el conocimiento de oración tan secreta? Y aunque hubiera tenido ese conocimiento ¿cómo podría arrebatarse a una criatura razonable y libre la más noble facultad de su alma e impedirle pronunciar y adorar mentalmente el santo Nombre de Jesús? Aún más, aceptando lo imposible, si hubiera tenido ese poder, ¿cómo

es posible creer que Dios le hubiera permitido ponerlo por obra en tal ocasión? Sería menoscabar su inmensa bondad y hacer injuria a su misericordia incomprendible persuadirse de que un Dios que tiene tanto amor a sus criaturas, que dio su sangre y su vida por la salvación de los hombres, un Dios que dijo: *pidan y recibirán, toquen y se les abrirá, busquen y encontrarán* (Mt 7, 7), quisiera rechazar siempre la oración que le es dirigida por una de sus criaturas. Tanto más que es una cristiana que se consagró a él desde su infancia y guardó fielmente las promesas que le hizo al ser bautizada. Que además nunca ha odiado cosa distinta del pecado y ni amado tanto como su adorabilísima voluntad. Que se ofreció para sufrir por su amor y por la salvación de las almas que le son tan amadas horribles tormentos. Que desoiga una oración hecha con tantas lágrimas y con larga perseverancia, y por una causa tan necesaria e importante, para alcanzar algo tan santo y tan debido natural y esencialmente a la criatura razonable como es la libertad de usar por un momento los miembros de su cuerpo y las potencia de su alma, dados por su Creador, y dados con el poder de usarlos con plena libertad, don que jamás es quitado a los malos en este mundo ni siquiera cuando se trata de cosas muy perversas, así se hayan comprometido con el espíritu maligno y sean sus esclavos. Su oración quería obtener, digo, esta libertad a fin de hacer una algo

tan santo y agradable a Dios y a todos los habitantes del cielo como es pronunciar oralmente y adorar de corazón el dulcísimo y muy sagrado nombre de Jesús.

Ciertamente sería ofender la caridad infinita de Dios y la verdad y fidelidad a sus palabras y promesas, por las que nos da la seguridad de que nos concederá lo que le pidamos. Concluyamos entonces que cuando la hermana María hacía esta oración el mismo Dios ataba su lengua y su espíritu y le impedía pronunciar este amabilísimo Nombre. No quería y no podía sufrir que el muy hermoso nombre del que es la verdad eterna fuera pronunciado para atestiguar lo que no era verdad, esto es, que las cosas que pasaban en esta persona fueran falsedades y engaños.

#### *Cuarta señal*

En esta señal encierro tres puntos. Primero, el don de hacer milagros pues soy testigo ocular de varios muy evidentes hechos por Dios mediante la hermana María y que serán escritos a su tiempo.

El segundo, el espíritu de profecía de que la dotó Dios. Predijo cantidad de cosas por venir. Unas dependían de solo Dios, otras de la libertad de los hombres. Sucedieron luego como lo había predicho. Por ese mismo don conoció numerosas veces gran número de pensamientos ajenos

muy secretos que no podían ser sabidos sino solo de Dios. Conoció estados de conciencia de los que guardo mucha certeza y experiencias muy seguras que a su tiempo serán descritas. Solo anoto ahora que conocí gran número de personas que decían tener revelaciones y otras cosas extraordinarias. Cuando hablé de ellas a la hermana María, supo de inmediato, por la divina luz de que estaba llena, que eran ilusiones del diablo, lo que siempre encontré ser cierto después.

El tercero es el sentimiento y juicio en torno a varios grandes personajes y célebres doctores, en número de doce. Algunos viven todavía y no quiere que sean nombrados. Después de haber examinado estas cosas se concluyó que era imposible que dichas personas hubieran tenido fuente distinta del Espíritu Santo. Cuatro de ellos han muerto. El primero, el R. P. Coton cuyo mérito, espíritu, ciencia, piedad, prudencia y experiencia son bien conocidos en toda Francia. El segundo el padre Le Piler cuyo juicio es de gran peso, primeramente, por ser superior que ocupaba el puesto del obispo en calidad de vicario general. Por esa razón gozaba de luz y gracia en lo tocante a la dirección de esta alma. En segundo lugar, era hombre de excelente espíritu, gran ciencia, virtud acrisolada, juicio sólido y prudencia poco común. En tercer lugar, por haber examinado muy cuidadosa y severamente este asunto

durante varios años estando cercano de él. Luego de haber estudiado todos los libros que tratan de estas materias para ilustrarse sobre esta materia, veía claramente el dedo de Dios en esta obra. Algún día me dijo que creía cometer pecado mortal atribuirlo a persona distinta de él.

### *Quinta señal que encierra otras muchas*

Si el espíritu maligno fuera el autor de lo que sucede en la hermana María y de lo que se afirma de ella se tendría que concluir que la poseía no solo en cuanto al cuerpo sino también en cuanto a su espíritu. Si fuera cierto, no sería que posible que durante los cuarenta años de su posesión no hubiera aparecido algo de lo que él es, y no hubiera hecho manifestar en ella señales sensibles de tan larga permanencia y dominio de tal huésped y tal dueño, y no hubiera habido frutos de tan funesto árbol.

Aunque por su astucia se disfraza en ocasiones y se transfigura en ángel de luz a fin de engañar mejor no le sería posible ocultar tan largo tiempo, a pesar de la malicia que lo posee, tiranizado por el pecado a cuyo servicio está como un esclavo, embriagado de odio extremo que tiene contra Dios y contra sus criaturas, siempre furioso y transportado de rabia, frenético y furibundo, no puede impedirse de hacer el mal y manifestarlo pronto donde se

encuentre, sea infundiendo alguna doctrina venenosa o alguna herejía para dar muerte a la fe, o depravando las costumbres, o comunicando sus cualidades diabólicas como son su orgullo, su arrogancia, su envidia, su desobediencia. Además la bondad infinita de Dios no permite que esta serpiente infernal esté largo tiempo en un lugar sin que deje ver sus cachos y sus garras, si se presta un poco de atención. Todo esto no se manifiesta en la hermana María por más diligencia que pueda aplicarse para sorprenderla. Por el contrario se encuentran en ella todas las señales de que el cordero inmaculado vino al mundo para aplastar al dragón.

Dios enseña a santa Brígida siete de estas señales y luego le propone otras siete por las que es posible reconocer al enemigo, como se lee en el capítulo 23 de sus *Revelaciones*, aprobadas por un concilio. Le dijo Nuestro Señor, puedes distinguir el espíritu inmundo del Espíritu Santo observando estos puntos:

- “1. Es Espíritu de Dios lleva al hombre a menospreciar los honores del mundo y, como el viento, no lo afecta tampoco en su corazón.
2. El alma ama afectuosamente a Dios y los deleites de la carne no la enfrían.
3. Le inspira paciencias en las adversidades y aponer su confianza en solo Dios.

4. Inclina la voluntad a la caridad y a la compasión del prójimo, incluso de los enemigos.
5. Le inspira castidad perfecta, incluso la abstinencia de lo que es lícito.
6. La hace confiar en Dios en medio de todas las tribulaciones y a gloriarse en ellas.
7. Le infunde el deseo de preferir la muerte y más bien estar con Jesucristo en vez de permanecer en el mundo en prosperidad con peligro de mancharse en él.

Por el contrario el espíritu maligno hace otras siete cosas:

1. Le hace atractivo el mundo y le da disgusto del cielo.
2. Le hace desear los honores.
3. Le enciende odio e impaciencia en el corazón.
4. Hace que el hombre se torne insolente con Dios y cerrado y pertinaz contra los pensamientos de su Espíritu.
5. Hace ver insignificantes los pecados y los excusa justificándose.
6. Sugiere la inconstancia del espíritu y la impureza de la carne.
7. Hace creer que se tendrá larga vida e inspira vergüenza de confesar los pecados”.

Es muy evidente para los que conocen a la hermana María que las siete primeras cosas se encuentran en ella muy claramente y tan alto grado como no alcanza a

expresarlo este texto. No se encuentran bajo ninguna forma las siete últimas. No me detengo a expresarlo en detalle pues es muy visible para quien tiene ojos. Diré solo que la quinta y la séptima últimas, sobre todo, no se dan pues no hace pequeño ningún pecado o no se excusa aduciendo vergüenza confesar sus faltas. Por el contrario se muere de pavor a la vista de la menor sombra de pecado y tiene espanto extremo de haber cometido faltas cuando por ejercitarse en virtudes heroicas y asegura con su candor ordinario que si Dios le hubiera permitido que hubiera caído en algún crimen por enorme que fuera estaría dispuesta a confesarlo públicamente por todas las calles y encrucijadas de la ciudad al son de tambores y trompetas, con el fin de retractarse en público ante Dios, a la vista del cielo y de la tierra. Pregúntate si estas disposiciones vienen de un mal o de un buen espíritu.

Finalmente el espíritu que guía a la hermana María es espíritu de respeto, sumisión y devoción respecto de Dios y de todos sus divinos atributos en particular de su adorabilísima voluntad y de su divina justicia, respecto de Jesucristo y de todos sus santos misterios en particular su santa Pasión y del Santísimo Sacramento; respecto de la bienaventurada Virgen y en particular de su santo rosario que contiene toda su vida y la de su hijo; respecto de todos los ángeles y santos, en particular de san Gabriel, san José,



san Joaquín, santa Ana, san Juan Bautista, san Juan evangelista, san Pedro, san Pablo, los santos mártires y las santas vírgenes; respecto de las sagradas reliquias de los santos que venera maravillosamente y quiere que sean tratadas con sumo honor. Se afligía extremadamente cuando veía que eran tratadas con menos respeto del que merecen. Es un espíritu lleno de estima, veneración, obediencia y celo respecto de la Iglesia, de sus sacramentos y misterios, de sus fiestas y solemnidades, de sus ministros y sus funciones, de sus leyes, ceremonias y prácticas; en lo que toca a la predicación de la palabra de Dios, a todos los sacerdotes y en particular a los obispos; en lo que mira a los templos y lugares santos, y llora amargamente cuando los ve profanados como se hace hoy con irreverencias e impiedades de parte de los malos cristianos, finalmente en lo que toca hasta en las mínimas cosas que son de la Iglesia.

Es un espíritu lleno de caridad al prójimo, que jamás busca incomodar a alguien, que ama maravillosamente la paz y la concordia; no puede tolerar división alguna ni malestar entre hermanos y hermanas y emplea toda clase de diligencia y de recursos para mantener la caridad entre ellos o para repararla si ha sido destruida o alterada.

Es espíritu siempre agradecido de los menores favores o testimonios de caridad que se le hacen. Espíritu que ama la pobreza y la sencillez en todo. Espíritu generoso que

incluso en medio de su pobreza, que es grande, no solo no pide jamás nada a nadie y rehúsa muy a menudo lo que se ofrece, siempre está dispuesta a dar lo que tiene, sin apego a nada, particularmente cuando los demás lo necesitan. Cuando esta buena joven se da cuenta de que alguna de las otras jóvenes que viven con ella necesita algo y ella lo tiene finge que le estorba e incomoda, para obligarla a tomarlo, hasta tal punto está desprendida de sus intereses y comodidades, y tanto desea procurarlas a los demás.

Es espíritu que ama la verdad y la fidelidad en sus palabras y promesas más de lo que se puede decir; aborrece la mentira, doblez, infidelidad y mascaradas, más de lo que es posible pensar.

Es espíritu lleno de menosprecio y desestima de sí mismo. No hay palabras para expresarlo. Más de una vez le escuché decir que muchas veces ha albergado el deseo de volver a este mundo después de su muerte para recoger su cuerpo y tirarlo al basurero para que sea pasto de los perros, lobos y cuervos, o en la más asquerosa de las cloacas que pudiera encontrar. Me sería fácil citar pruebas de todas estas verdades que he puesto por escrito sin ninguna exageración. Vendrán un día a su tiempo. Juzguen entonces si es posible que el espíritu maligno simpatice con todo esto y si es posible encontrar mayor número de

señales más visibles, sólidas e infalibles que estas de la presencia y reino de Dios en un alma.

## **Aclaración de las dificultades**

*Primera dificultad: es una posesa. Respuesta*

Es indudable que la hermana María está corporalmente en posesión de gran número de espíritus malignos, como ya se demostró. Hay seis cosas para tener en cuenta en el caso. Demuestran que no solo no es criminal para ser afligida de este modo, y que no es posible sacar ninguna consecuencia que le sea perjudicial. Por el contrario esta posesión le es ventajosa, pues:

1. Nuestro Señor que es el Santo de los santos permitió a Satán tocarlo, tomarlo, si es posible decir, entre sus manos, llevarlo y transportarlo de un sitio para otro. Estuvo sometido por amor nuestro al poder de las tinieblas, o sea, de los demonios en el tiempo de su Pasión según él mismo lo dijo: *Esta es la hora de ustedes, el poder de las tinieblas* (Lc 22, 53). ¿No se ha visto a niños, después del bautismo, y en el estado de inocencia, poseídos por el espíritu malignos? ¿No ha habido santos, que hacían milagros y echaban demonios de los cuerpos de los energúmenos, que

viéndose atacados en cierto sentido de alguna tentación de vanagloria rogaron a Dios que les diera la gracia de entregar más bien su cuerpo al poder de los demonios que abandonar su espíritu a la vanidad? (Surio y Jano en la *Vida de san Martín*). Lo que les fue concedido. Se vio a uno que prefirió ser poseído y atormentado por el diablo en su cuerpo antes que verse en peligro de consentir un pensamiento de soberbia.

2. La causa de la posesión de la hermana María es el amor entrañable que tiene a la caridad y el deseo grandísimo que tiene de consagrar a Dios su virginidad, como dijimos anteriormente.

3. Es de notar que en los exorcismos los demonios son obligados a decir la verdad, cuando se les interroga no de cosas curiosas y no necesarias sino las que pertenecen al estado de la posesión, en especial las que han sido causa de su entrada en la persona cuya posesión tienen y las que les impide salir de ella. Así cuando la hermana María fue exorcizada durante varios años y se pidió a los espíritus malignos que salieran de ella siempre respondieron que no podían hacerlo porque Dios no lo quería. Esto manifiesta que están en ella por un designio particular de Dios. Por eso aunque se dirigieron a él cantidad de veces, mediante oraciones muy instantes que se les escuchó decir para pedir

su autorización de salir de ella no la han alcanzado hasta el presente.

4. No hacen en ella lo que acostumbran realizar en los otros posesos. No dicen injurias ni ultrajan a nadie. Es cierto que en los exorcismos acusaron a dos personas de ser brujos, pero fue con orden especial de Dios. Les permitió en efecto acusar a uno para hacerle sufrir lo que ella sufrió en Ruan, de lo que se habló en otra parte, y al otro para descubrir un horrible sortilegio que le había arrojado y hacer ver la divina protección sobre ella que la libró de tal maleficio.

5. Estos demonios no hacen ninguna acción deshonesta ni pronuncian alguna mala y sucia palabra. Por el contrario cuando sucede que se dice o se hace delante de la hermana María algo que hiere la castidad o la sobriedad o la caridad o alguna otra virtud entran en furor sea para impedir el mal sea para castigarlo cuando ha sido hecho. Esto muestra una vez más que están allí por un designio particular de Dios.

6. Si se me permite expresar una conjetura al parecer hay dos fines. El primero, ocultar la obra maravillosa que la divina misericordia hizo es esta persona, en la humillación y la pequeñez. Es lo que hizo a propósito de la encarnación, en su nacimiento, en los primeros treinta años de su vida, en su transfiguración, en su resurrección y en infinitad de cosas admirables que acontecieron en él y en su santa

madre, y en su padre nutricio, san José, mientras estuvo en la tierra. Es lo que hace todavía hoy en la santa Eucaristía y en los demás sacramentos de su Iglesia, que ocultan tesoros inestimables bajo la apariencia de un poco de pan y de agua, o de otras cosas muy humildes y pequeñas.

Se da aquí una de las señales por las que se discierne el Espíritu de Dios y el espíritu del diablo. En efecto, el Espíritu Santo acostumbra hacer sus obras en el silencio y el secreto, y ocultarlas bajo la ceniza y el polvo de la abyección; en cambio el espíritu maligno, lleno de soberbia y orgullo, al son de tímpanos publica todo cuanto sale de su repertorio para que aparezca y deslumbre a los hombres. En este caso no se manifiesta nada parecido. Por el contrario Dios ha ocultado de tal forma su obra bajo el estado y la condición muy humilde de una pobre joven posesa. Se atribuyó precisamente a esa posesión las cosas extraordinarias que sucedieron y de las cuales algo apareció exteriormente, como fueron los tormentos del infierno y del mal de doce años, y la privación de la comunión durante alrededor de treinta y tres años.

Durante su permanencia en Coutances por espacio de un poco más cuarenta años lo que portentosamente pasó en la ciudad solo fue conocido por dos personas, con excepción de los superiores y los que se ocuparon de ella. Y esto ocurrió solo desde hace un año. Ella escuchó a Hijo de

Dios que decía: “Oculté bien mi tesoro; lo escondí en la porqueriza”. La porqueriza es ella, los cerdos son los demonios. No hay que admirarse de que diga estas cosas que van en su provecho pues ante todo ella no cree en lo que se dice en su favor. Y además la humildad y la desestima de sí misma la llenan y la poseen hasta el punto de que no queda espacio para la vanidad. ¿Y acaso no escuchan a Nuestro Señor que se expresa ventajosamente de san Juan bautista, de san Pedro, de Natanael y del centurión? Pero sus palabras no llevan en sí mismas el veneno de vanidad como ocurre entre los hombres sino que contienen la gracia de la humildad.

El segundo fin por el que es posible creer que los demonios están en esta buena joven no es solo para ocultar la obra de Dios sino sobre todo para cooperar en esa obra mediante los males que le tocó padecer. Por ese medio le permitió avanzar en el camino que Dios le escogió, el camino de los sufrimientos. Además de las penas ordinarias de la pasión, que son grandes, los demonios la palmotearon y golpearon cruelmente varias veces, sirviéndose de sus manos y de sus puños con ese fin. Y sin embargo no les dio importancia como si fueran moscas, y no les tenía ningún temor. Por el contrario, los retaba y provocaba varias veces hablándoles de este modo: “¿Es todo lo que puedes hacer? No tienes mucha fuerza. Aquí estoy. No te tengo miedo. Haz

lo peor que puedas. No esperes que Dios te ordene golpearme. Basta que te lo permita. Cuida de no omitir la menor pena que te permita hacerme padecer. Le ruego de todo corazón que toda su ira caiga sobre ti; que redoble todos sus suplicios si dejas pasar la mínima parte. Cuido bien de lo que haces. Soy una miserable hormiga y tú eres un león grande: si el león vence a la hormiga se burlarán de él por haberse armado para combatir a una miserable hormiga; pero si la hormiga vence al león, como seguramente sucederá pues se apoya en la gracia de su Dios, la vergüenza le quedará grabada por siempre en su frente”.

### *Segunda dificultad con su respuesta*

Si algunos se extrañan por el intercambio que se hizo entre la voluntad de la hermana María y la de Dios consideren:

Que el motivo que la obligó a hacerlo es santísimo y muy digno de alabanza, a saber, el deseo extremo de no ofender jamás a Dios, como ya se dijo.

Que fue animada y confirmada cada vez más a pedir este intercambio por el ejemplo y la doctrina del R. P. Cotton, como ya se apuntó.



Que en esta ocasión vio tan clara y seguramente la divina Voluntad que le fue imposible dudar de que fuera Ella.

Que el Espíritu de Dios lo impulsó tan fuertemente a ello que no pudo hacer resistencia.

Que este intercambio no es físico o natural sino moral y espiritual. Quiero decir, que la voluntad de la hermana María no fue destruida en su naturaleza y esencia sino en sus funciones y en su conducta. Vale decir, que murió y fue destruida en cuanto a su uso, y fue poseída, animada y dirigida por la divina Voluntad que es como su alma y su vida, de manera que quedó sin movimiento ni acción por sí misma.

Que el estado en el que la hermana María entró por este intercambio no es otra cosa que la perfección del estado del cristianismo. La ley evangélica nos lo proclama cuando nos dice que hay que renunciar a nosotros mismos para seguir a Jesucristo, que debemos perdernos para encontrarnos en Dios, morir a nosotros mismos para vivir con Jesucristo, en Dios y para Dios: *Despojarnos del hombre viejo para revestirnos del nuevo* (Col 3, 9-10); *llevar en nosotros el estado de muerte de Jesús a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nosotros* (2 Cor 4, 10); Es lo que san Pablo nos advierte cuando nos dice: *que de claridad en claridad, por el Espíritu del Señor, nos conformamos con la*

*misma imagen del Señor* (2 Cor 3, 18); quiere decir que tomamos de modo cierto y admirable la forma del Señor. Esto ocurre poco a poco, progresivamente, por el poder del Espíritu Santo. Es la deificación de que hablan tanto los teólogos místicos. Está expresada también en estas palabras de San Pedro: *Somos partícipes de la naturaleza divina* (2 Pe 1, 4); es lo mismo que Nuestro Señor nos ordenó pedir a Dios, su Padre, en esta oración: *Hágase según tu voluntad en el cielo y en la tierra* (Mt 6, 10). Allí todas las voluntades de los ángeles y de los santos son totalmente aniquiladas en sus usos y en sus funciones; no tienen ningún movimiento distinto del que les es dado por la voluntad divina que vive y reina en ellos tan perfectamente que se ven dichosamente necesitados de seguirlo en todo y por todo, sin otro interés sin embargo de su libertad, la que poseen mucho más excelentemente, en medio de esta santa necesidad, como no la tenían en este mundo.

¿Por qué Nuestro Señor nos obliga a orar a su Padre que nos conceda el favor de hacer su voluntad en la tierra como se hace en el cielo, sino para que empecemos a hacer acá en la tierra, desde ahora, lo que haremos en el paraíso por toda la eternidad? Que por consiguiente debemos tender a este estado de anonadamiento de nuestra voluntad y del establecimiento de la de Dios en nosotros. Si en la tierra no puede darse tan perfectamente como en el

cielo, sin embargo es necesario imitar el del cielo en cuanto posible. No ha existido santo en la tierra que no haya tendido a este mismo estado, que es propuesto a todos los cristianos, pero como es de diversos grados, unos suben más alto, otros permanecen más bajo, y pocos alcanzan el último grado. De ese estado hablaba san Pablo al decir: *Vivo, no soy yo el que vive, es Jesucristo el que vive en mí* (Ga 2, 20). Es el estado en que se encontraban santa Catalina de Siena y santa Catalina de Génova, cada una en el estado que Dios conoce. Leemos en efecto en la vida de la primera escrita por el P. Juan de Santa María, de la orden dominicana, que “luego de haber orado largamente a Nuestro Señor que le quitara su corazón y le diera el suyo, se le apareció, hizo una incisión en su costado, le sacó el corazón y puso el suyo en su lugar, y le dijo: “Querida hija mía, te saqué tu corazón y te di el mío en intercambio; con él vivirás en adelante”<sup>3</sup>. Y para que nadie lo dudara la cicatriz de la incisión permaneció en el costado de santa Catalina.

“Un día, dijo esta santa como se lee en su vida, luego de comulgar, rogué a Dios que tuviera a bien privarme de toda clase de consolación y de mi propia voluntad para serle más agradable. Escuché entonces una voz que me dijo:

---

<sup>3</sup> Parte I, lib. 2, Xpa. 15-16

Mira, hija, tomo tu voluntad y te doy la mía. No te separes nunca de ella suceda lo que suceda”.

Encontramos también en el libro 5º del diálogo de santa Catalina de Génova, capítulo 12, estas palabras: “Puso ella toda su confianza en Dios, su amor, y le dijo: Señor me doy a ti como regalo. Quisiera hacer un intercambio contigo. Poner entre tus manos mi espíritu maligno pues solo tú puedes ocultarlo y devorarlo en tu bondad de suerte que ya no se vea nada de mí misma y que tú me ocupes con tu puro amor, que apague en mí todo otro amor y me haga desaparecer en ti”. El Señor me respondió que esto le agradaba mucho. A partir de entonces se encontró ella despojada de todo y del todo transformada y transportada fuera de sí misma”.

Y en el capítulo 5 del libro de su vida se leen estas palabras: “Dios había tomado entera posesión d su alma y se había apropiado de su corazón, de su voluntad y de todas sus facultades, y lo había transformado del todo conforme al suyo mediante verdadera unión y así fue él el que regulaba y guiaba todos sus movimientos”.

Y en el capítulo 17: “A partir del momento en que Dios la tocó y convirtió, jamás hizo su propia voluntad sino que en su interior se mantenía atenta al querer de Dios que sentía había sido impreso en su alma, y con tanta confianza que decía algunas veces a Dios: Tengo en ti a confianza de

que en todo cuanto piense, diga o haga no me dejarás fallar”. Esto es lo que se dice de esas dos santas por varios hombres notables que las conocieron y escribieron su vida.

Quienquiera considere bien estas cosas encontrará gran conformidad en este punto entre esas dos esposas de Jesucristo y la hermana María. No se extrañará del favor que hizo también a esta como a aquellas cuando tomó su voluntad y les dio la suya, dado que las mismas pruebas que pueden ser aportadas para mostrar que aquellas eran guiadas por el Espíritu de Dios se dan en ésta, y en muy alto grado, como acabamos verlo, y que el estado en que entró por este intercambio no encierra cosa distinta de la perfección de la vida cristiana a la cual todos los cristianos deben aspirar, cada uno en conformidad con el designio de Dios y según la medida de la gracia de Jesucristo en ellos.

### ***Tercera dificultad***

Se puede objetar que la hermana María no pidió el arecer de nadie ni se hizo guiar de alguien para el caso de este intercambio. En respuesta podemos anotar varias cosas:

-1. Es cierto que hay almas de quienes el Espíritu de Dios quiere él mismo ser el director. Tenemos el ejemplo de cantidad de grandes santos que, incluso en cosas muy

extraordinarias, y en las cuales había motivo para temer ilusiones y sorpresas, sea del espíritu maligno, sea de su propio espíritu, no siguieron otra conducta que la de Dios. Testigos de ello son los santos patriarcas, todos los santos profetas, todos los santos apóstoles, y varios otros santos y santas. ¿Quién ha dicho que fue director de Enoc, de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de José en Egipto, de Moisés en la montaña del Sinaí, de san Juan Bautista en el desierto, de san Juan Evangelista en la isla de Patmos, y de todos los demás apóstoles en las funciones de su apostolado, de santa Madalena en su gruta, de san Pablo ermitaño en su caverna, de santa María Egipcia en los desiertos, de san Simeón estilita en su columna y de tantos otros?

¿De quién se despidió Elías cuando ayunó cuatro días sin beber ni comer y consintió al rapto que quería hacerle, de lo que tuvo conocimiento pocos días antes, como es fácil saberlo por la Escrituras? ¿A qué director consultó Abrahán cuando Dios le reveló que era su querer que degollara a su hijo para ofrecerlo en sacrificio? ¿De quién la bienaventurada Virgen (sin comparar sin embargo a esta incomparable princesa con quien quiera sea sino por ser permitido comprar lo grande con lo chico), de quién, repito, se dejó guiar cuando el ángel le anunció que Dios la había escogido para concebir y dar a luz al Salvador del mundo? ¿A quién envió Dios a san Francisco para pedirle consejo si

debía consentir a algo inaudito como la impresión en él de los sagrados estigmas? ¿A quién envió a santa Catalina de Génova cuando ella hizo el mismo intercambio de que ya hablamos? El que escribió su vida nos asegura en el capítulo 44 que por entonces era dirigida y adoctrinada interiormente de solo Dios mediante su divina e interior palabra, de lo que le era necesario sin recurrir a ninguna criatura religiosa o secular. Y que cuando alguien le dijo que para mayor seguridad sería bueno que se sometiera a la obediencia de alguno, y que estando en duda por ese motivo en cuanto a lo que debía hacer, le dijo interiormente nuestro Señor: “Confía en mí y no lo dudes”.

¿De quién la admirable santa Cristina, cuya vida prodigiosa está escrita por Tomás de Cantipré<sup>4</sup>, su contemporáneo, y confirmada luego por el cardenal Jacques de Vitray, quien la vio, según consta por Surio, de quien, digo tomó consejo cuando se arrojó a hogueras ardientes, a sembrados de espinas, a ríos helados, y hacía otras cosas extrañas escritas en su vida para obtener el alivio y la liberación de las almas del purgatorio?

¿De dónde viene que todos esos santos y santas hicieran o consintieran cosas tan extraordinarias e incluso tan contrarias aparentemente a la razón humana, si no fuera por una seguridad infalible que tenían de que Dios lo

---

<sup>4</sup> Canónigo regular de san Agustín, luego dominico de Lovaina -1201-1263.

quería? ¿De dónde les venía la seguridad sino de que Dios les manifestara su divina voluntad tan claramente que les era imposible dudarlo? No comparemos esta persona sin embargo con Abrahán, Elías o Moisés ni con los apóstoles. Pero se puede poner en la lista de las almas que Dios conduce por sí mismo en consideración de la santidad de su vida y de todas las cosas maravillosas que pasaron en ella.

2. Es cierto que ella está muy alejada de tener este pensamiento y que siguió siempre la guía ordinaria de la Iglesia en cuanto le fue posible, y marchó por el gran camino de la obediencia que siempre practicó muy puntualmente sin faltar a ella jamás, se respecto de sus padres mientras vivió con ellos, ni respecto de otras personas bajo cuya autoridad estuvo, ni mucho menos respecto de los eclesiásticos a cuya guía la encomendó su obispo.

3. En lo que respecta al hecho del mencionado intercambio de su voluntad con la de Dios no tuvo ni debió tener el pensamiento de que hubiera debido tomar parecer de alguien, pues no tenía intención distinta de la de renunciar por entero al pecado y a su propia voluntad que es fuente. Quiso siempre unirse indisolublemente a la divina voluntad y no pretendió dejar la santa comunión, como tampoco a divina voluntad le dijo nunca que se la quitaría del todo pero que podía privarla de ella. ¿Qué temor habría



entonces de engañarse al desear no ofender nunca a Dios, ni tener voluntad distinta de la de él, y buscar una vía para alcanzar este fin?

4. Añadamos a esto que: (a) estaba tan cierta de que era la voluntad adorabilísima de Dios que le hablaba que le era imposible dudarlo y que se sentía impulsada tan poderosamente a renunciar a sí misma para entregarse a ella que, moralmente hablando, no podía resistirlo; (b) que se apoyaba en el ejemplo y la doctrina de persona tan sabia y santa como era el R. P. Cotton quien llegó a pedir a Dios el mismo intercambio que ella deseaba, y que deseaba que se enseñara a todos los cristianos a pedirlo, al dar a la gente la oración que compuso con este fin y que citamos antes; (c) que no ocultó lo que se hizo en este punto sino que lo comunicó abiertamente, sumisa al juicio de los eclesiásticos que se ocupaban de ella, y de sus demás superiores, en especial del padre Le Pileur, hombre muy docto y sensato. Ellos luego de analizar bien el asunto no solo no la desaprobaron sino que la admiraron y sostuvieron contra quienes la combatían.

*Cuarta dificultad: privación de la comunión durante treinta y tres años. Respuesta.*

Es cierto pero (1) no se sintió obligada a ella y no es reprehensible por algo que le era imposible. Es cierto que practicó siempre muy fielmente lo que se reservó cuando hizo el intercambio, a saber, hacer todo lo que pudiera por obedecer a la Iglesia en todo y que no omitió nada de cuanto dependía de ella para disponerse a recibir el santísimo Sacramento. (2) Es evidente que todo obedeció a una orden especial de Dios por lo que no pudo comulgar. Sin ello los demonios no se lo hubieran impedido dado que no tenemos indicio de que alguna vez lo hubieran hecho largo tiempo respecto de los demás posesos. Tuvieron siempre que ceder al poder de este gran sacramento cuando fue ofrecido a los energúmenos y al poder de la Iglesia cuando ella les prohibió impedir a sus hijos que comulgaran. ¿Cómo hubieran podido los demonios subsistir ante la omnipotencia de su Señor y de su juez que vive en el Sacramento cuando tantas veces fue presentado a la hermana María por manos de los obispos, de sus vicarios y de otras personas designadas por ellos, que hicieron todos los esfuerzos imaginables para darle el sacramento? ¿Cómo hubieran podido resistir a tantas oraciones, limosnas, peregrinaciones, buenas obras hechas por varias almas santas, a tantos exorcismos que a diario se le hicieron durante un año, y ante el mismo Santísimo Sacramento, en el que se concentra todo el poder de la Iglesia, todas sus

armas y centellas enviadas contra los espíritus malignos, cómo, repito, hubieran podido resistir a todos esos poderes y potentes máquinas que se emplearon para levantar el impedimento que apostaban a la comunión de una joven cristiana, en el temor de que todo procediera de su malicia por permisión de Dios y no de una orden expresa de la divina voluntad? Pero en los exorcismos en los que están siempre obligados a decir la verdad cuando se trata de algún efecto de la posesión, en particular cuando está de por medio la salvación de la persona posesada, gritaban que por mandato formal de su divina Majestad y por decisión tomada en el cielo que impedían que esta joven comulgara y que los motivos les eran desconocidos. De todo esto puedes concluir que todo esto ocurría por un designio especial de Dios y era claro que así lo quiso por dos razones sin contar las que nos son desconocidas.

1. Porque la santa comunión no era congruente con la ira de Dios y los demás tormentos del infierno y del mal de doce años; también se priva de ella a los que la justicia temporal condena al último suplicio por el respeto que se debe a este gran sacramento.

2. Como Dios escogió a esta persona para hacerle cargar los pecados ajenos, y la privación de la Eucaristía es una de las penas que merece el pecador y es la mayor que la Iglesia puede imponer, y como la hermana María se había ofrecido

a la divina justicia por las penas debidas a los pecados de sus hermanos ella le hizo llevar esta pena. Es cierto que la Iglesia manda a todos los cristianos que comulguen al menos una vez al año, pero como Dios está por encima de la Iglesia, hace lo que le place. Los mandamientos de la Iglesia, e incluso los de Dios, nunca nos obligan a lo imposible. Pues bien, no estaba en el poder de la hermana María hacer más de lo que le pedía esta obediencia.

3. Todo el mundo sabe que ha habido gran número de santos y santas que no tenían el obstáculo que ella tenía pero gozaban de libertad para acercarse a los sacramentos de la Iglesia; sin embargo pasaron treinta, cuarenta y hasta cincuenta años sin recibir la santa Eucaristía e incluso sin confesarse y sin asistir al santo sacrificio de la misa. Testigos de ello son santa Magdalena, santa María Egipcia, san Hilarión, san Simón Estilita, san Pablo Ermitaño y otros semejantes.

No me vengas con que la santa comunión no era de precepto en esos tiempos. Te remito al doctor angélico, santo Tomás, quien afirma que todos los cristianos están obligados a comulgar una vez por año como también en la Iglesia primitiva lo estuvieron a hacerlo todos los días y por tres veces todos los años<sup>5</sup>. No puedes decir que era el Espíritu Santo quien condujo a esos santos a las soledades y

---

<sup>5</sup> Suma teológica 3, q. 80; art. 10, ad 3.

que los dispensó de los mandamientos de la Iglesia y que la virtudes excelsas que brillan en su vida lo prueban. Les digo también que hay motivos para creer que ese mismo Espíritu no solo dispensó a la persona de que hablamos sino que incluso la redujo a la incapacidad de hacerlo. Si pides pruebas de esta verdad te pido que recuerdes las que aduje antes. Ellas ponen de manifiesto que esta alma posee con ventaja todas las virtudes cristianas.

4. Finalmente lo que hace percibir claramente que esta privación de la comunión no procedía de la malignidad de Satán sino de la voluntad absoluta de Dios es que llegó el tiempo en que plugo a Dios absolverla de esta especie de excomunión y de maldición exterior que llevaba por los pecados de los demás a imitación de Nuestro Señor, quien también en cierto sentido se vio privado de la comunión de su Padre en particular cuando fue abandonado en la cruz, y san Pablo dice que él *fue hecho maldición por nosotros* (Ga 3, 13), le hizo conocer algún tiempo antes que comulgaría en Pascua. Así lo declaró al padre Le Pileur algunos días antes de Pascua. La divina voluntad se le apareció de la misma manera que al principio y le dijo: “Te doy la comunión por el resto de tus días y en adelante no permitiré que los espíritus malignos te pongan impedimento”. En efecto, en Pascua de 1649 comulgó sin

ninguna dificultad y a partir de entonces comulgó tan fácilmente como los demás.

*Quinta dificultad: se seguiría de esto que la hermana María no pecaría de ninguna forma.*

Respondo: 1. Es cierto que a partir de este intercambio la hermana María no pudo ver ni encontrar en ella ningún pecado por más que lo buscara mediante exámenes muy frecuentes y severos que practicaba y que practica todos los días sobre sus pensamientos, palabras, obras y omisiones. Cuando se confiesa, lo que trata de hacer de tanto en tanto. le pasa lo mismo que sucedía a santa Catalina de Génova como se nos cuenta en el capítulo 44 de su vida: “Hubiera querido mucho confesarme, dice esta santa, pero no pude ver ofensa alguna que hubiera hecho. No sé cómo confesarme pues no me es posible decir que he hecho o dicho ninguna cosa de que sienta remordimiento en mi conciencia. No sé a quien atribuir la culpa de mis pecados cuando quiero acusarme y no puedo”. Por esto afirma el que escribió su vida que quedaba muy confusa porque no sentía ni veía ni podía ver por ninguna parte que hubiera ofendido a Dios. En cuanto a los pecados que decía, él no podía considerarlos como pecados que hubiera cometido,

dicho o hecho, así como un niño que hace algo de juventud, de lo que es ignorante. Cuando se le dice: “Hiciste mal” se ruboriza al oír decirlo pero no porque reconozca haberlo hecho.

2. Digo que aunque esta buena joven no pueda descubrir en ella un pecado, sin embargo no juzga que haya estado totalmente exenta de él, si bien así lo deseara infinitamente. Quisiera poder decir con san Pablo: *“No soy consciente pero no por eso me creo justificada (1 Cor 4, 4).*

3. Dios puede hacer lo que le plazca y le es fácil preservar un alma de toda suerte de pecados.

4. El santo concilio nos declara que la santísima Virgen pasó toda su vida sin cometer ningún pecado venial por privilegio particular. La divina bondad puede hacer partícipe de ello a quien bien quiera.

5. San Clemente de Alejandría dice que los santos apóstoles fueron de tal forma confirmados en la gracia de Dios, una vez recibido el Espíritu Santo, que a partir de ese momento jamás cometieron pecado.

6. Si lo que acabamos de reportar de santa Catalina de Génova es cierto, a saber, que Nuestro Señor le quitó el corazón y en su lugar le puso el suyo, y le dijo que en adelante viviría por ese corazón divino, y que en otra ocasión le aseguró que le había quitado su voluntad y en su lugar le había dado la suya, de la que no se separaría jamás,

ciertamente hay que concluir que a partir de semejante gracia no fue afectada por ningún pecado. Hay que creerlo también de santa Catalina de Génova, si es cierto lo que de ella se cuenta en el capítulo 5 de su vida, que Dios había tomado entera posesión de su alma, de su corazón, de su voluntad y de sus demás facultades y lo transformó todo en sí, y que él conducía y regulaba todos sus movimientos. Y en el capítulo 16 dice que, a partir de su conversión, tomó entre sus manos su libre albedrío y ella no hacía ya su propia voluntad sino que miraba y seguía siempre la de Dios que sentía impresa en su alma.

7. Que san Ambrosio<sup>6</sup> dijo que luego de una verdadera penitencia y un perfecto cambio de vida, el cristiano puede, con la gracia de Dios, vivir sin culpa. Para decirlo se basa en la Escritura que dice que Nuestro Señor amó tanto a su esposa, que es la Iglesia, para que sea sin tacha ni arruga, santa e inmaculada.

Y san Agustín se expresa así: *“Estoy bien cierto de que Dios jamás ha ordenado al hombre algo imposible, y le es fácil ayudarle a hacer lo que le ordena; así el hombre, con la ayuda divina, puede vivir sin pecado si quiere”*<sup>7</sup>. Es como si este gran santo dijera: “Dios mandó al hombre amarlo con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

---

<sup>6</sup> In Luc. 1, in initio dijo que luego de una verdadera penitencia y un perfecto cambio de vida, el cristiano puede, con la gracia de Dios, vivir sin culpa. Para decirlo se basa en la Escritura que

<sup>7</sup> De peccatorum meritis et remissione



Por consiguiente le prohibió toda clase de pecados, mortales y veniales, pues no sería amarlo de esta manera si lo ofendiera de cualquier forma que fuera. Es claro que Dios no ordena nada que sea imposible con su ayuda”. Podemos entonces, mediante la gracia divina, evitar toda clase de pecados. Lo enseñó así uno de los más sapientes doctores de la facultad de teología de París (Le Moyne, p.1; art. 1; asset. 1<sup>8</sup>), uno de los más célebres profesores de la casa de Sorbona con estas palabras que se leen en sus escritos: *“El justo puede, hablando absolutamente, pedir la gracia, mediante la cual pueda evitar todos los pecados, tanto mortales como veniales”*.

8. Todos los pasajes de la Escritura que dicen que *todos ofendemos en muchas cosas* (Sant 3, 2), que *quien dice que no tiene pecado es mentiroso* (1 Jn 1, 10), que *el justo cae siete veces al día* (Prov 24, 16), y otras semejantes deben entenderse con esta restricción: *a menos que se dé especial privilegio de Dios*, restricción que hace el santo concilio de Trento, que después de haber lanzado anatemas contra los que dicen que el hombre puede evitar durante toda su vida toda suerte de pecados, aun los veniales, “si no es por especial privilegio de Dios”.

---

<sup>8</sup> Le Moine (1590-1659) fue atacado por Arnaud (y Pascal en las Provinciales) en *La Apología de los santos Padres* (1655). En el libro VIII, cap. 10 trae estas palabras. Le Moyne era profesor de la Sorbona y protegido por Richelieu. Este le pidió refutar a Jansenio, lo que publicó en 1647 y 1650. Una vez más se muestra el antijansenismo del Padre Eudes.

*Sexta dificultad: Sufrir los tormentos del infierno en este mundo es inaudito.*

Considera a propósito de esto:

1. Que como los ángeles que en este mundo nos acompañan tienen siempre consigo el paraíso, también los demonios que nos tientan a diario sufren en la tierra los fuegos y suplicios del infierno en el cuerpo de sus posesos, sin que nosotros lo advirtamos con nuestros ojos.
2. Que el motivo que llevó a la hermana María a pedir a Dios esos tormentos son muy puro y santo.
3. Que no se trató de imaginaciones ni sueños, pues si presta atención a todo lo que se dice al respecto, como se narra en esta historia escrita en otra parte, se podría ver que no hay nada que deje entrever sueños y debilidad de espíritu, o extravagante e impertinente,. Todo es sólido y conforme con las Escrituras, con los sentimientos de la Iglesia y de los santos Padres, y cuantos la observaron en ese estado testimoniaron que sus sufrimientos no eran imaginarios sino muy reales y visibles, aunque Dios nos permitió que aparecieran al exterior tal como realmente eran pues hubiera sido imposible vivir y compartir con ella. Como prueba de ello se permitió un día que pudiera ver un detalle externamente, lo que duró muy poco tiempo. Sin embargo, esto espantó de tal forma a los que estaban

presentes que cada uno escapó por su lado sobrecogido de pavor y derramando lágrimas al verla en tan lastimoso estado.

4. Que se cuenta en la vida de santa Cristina, escrita por hombres muy doctos y célebres, ya citados, sus contemporáneos, que Nuestro Señor le hizo padecer en este mundo penas inconcebibles de las almas del purgatorio; pues es algo infinitamente más digno de su inmensa caridad hacer sufrir los tormentos del infierno a una persona que lo desea y lo pide con instancia, a fin de preservar de ellos a alguien que los ha merecido, que hacer experimentar a alguien los suplicios del purgatorio para librar las almas que allí están pues hay grandísima diferencia entre purgatorio e infierno.

5. Que es cierto que Nuestro Señor cargó con los pecados de todos los hombres, pero eso no impide que las Sagradas Escrituras nos prediquen si cesar que es necesario cargar con la cruz, que es preciso mortificarse y purificarse, que hay que pasar por muchas tribulaciones para disponernos por este medio a que los méritos y frutos de sus sufrimientos nos sean aplicados. Eso no impide que la divina misericordia escoja algunas almas santas a las que hace cargar los pecados de las otras para obtenerles el espíritu de penitencia y las disposiciones requeridas para participar de la gracia del Redentor. Esto enseñan las palabras de san

Pablo: *Completo lo que falta a la Pasión de Jesucristo* (Col 1, 24). Le falta que los frutos y efectos de su Pasión nos sean aplicados. No existe medio más apropiado para aplicar a nuestras almas y a las de nuestros hermanos los frutos de los sufrimientos de Nuestro Salvador que padeciendo con él. Nos mereció gracia por la cruz y quiere que su aplicación sea hecha por la cruz. *Llevarás en ti y cargarás con la iniquidad de la casa de Israel* dice Ezequiel 4, 4-5

6. Que Dios hace cuanto le agrada, *conduce a los infiernos y saca de ellos* (Cf. 1 S 2, 6). En verdad es muy razonable creer que puede hacer cosas que no comprendemos y no hay nada más falto a la razón que querer medir todas sus obras con la medida de nuestro entendimiento. ¿Quién puede saber de qué manera Moisés vio la esencia de Dios, y, según san Agustín y santo Tomás, poseyó por tanto la felicidad del paraíso estando todavía en este mundo? ¿Quién puede saber de qué manera la omnipotencia divina arrebató y elevó en espíritu a Enoc y a Elías, dónde están y que hacen desde tantos siglos? ¿Cómo conservó a los tres jóvenes hebreos en medio del horno ardiente y a Daniel en el foso de los leones?

¿Quién puede comprender cómo fue arrebatado san Pablo hasta el tercer cielo y, según santo Tomás, vio la esencia divina puesto que él mismo manifiesta que no sabe cómo pasó eso, si fue solo en el espíritu, o en el espíritu y

en el cuerpo juntamente? Si Dios mismo transportó a este apóstol, en vida, al cielo no hay por qué extrañarse de que haya hecho descender a la hermana María, en vida, al infierno. ¿Acaso no le es posible todo? ¿Todo no le es fácil por igual? ¿Acaso su brazo se ha debilitado? ¿No puede hacer lo que quiera?

7. Es cierto que Nuestro Señor Jesucristo, por su amor infinito a su Padre y a nosotros, tuvo la disposición y aún más el deseo, durante su permanencia en la tierra, de sufrir no solo lo que sufrió, sino también de padecer todos los tormentos de la tierra, del purgatorio y del infierno, excluyendo el pecado. Lo movían a hacerlo la gloria del Padre y testimoniarnos el exceso incomprensible de su amor. Pero el Padre no juzgó conveniente que sufriera esto en su persona. Le dio miembros en los que pudiera cumplir esos deseos. Le dio los santos mártires para sufrir en ellos todos los males que los hombres pueden sufrir de parte de otros hombres en la tierra. Le dio a santa Cristina para experimentar en ella los tormentos del purgatorio. Le dio a la hermana María para padecer en ella los suplicios del infierno. Todos ellos pueden decir en otro sentido: *Cumplo lo que falta a la Pasión de Jesucristo*”, o sea, cumplo los deseos que tuvo de sufrir en mí, en uno de sus miembros, lo que no sufrió en sí mismo. Conocemos en la vida de santa Magdalena de Pazzi, carmelita beatificada por el papa

Urbano VIII en 1626 algo semejante a lo acontecido en la hermana María en lo que atañe al infierno. Leemos en efecto en el capítulo 10 de su vida que a esta beata, en el año de 1585, la víspera de Pentecostés, se le mostró un lugar, que ella llamó el lago de los leones. Vio en él infinidad de demonios, en forma y figura horribles, y se le dijo que debía entrar allí dentro y permanecer durante cinco años. Que debía sufrir allí penas espantosas para contribuir a la salvación de varias almas. Lo aceptó con libre voluntad. Luego, el día de la Trinidad, 16 de junio de 1585, entró en ese lago de leones donde padeció grandísimos tormentos infligidos por la rabia de los demonios, tanto en su interior como en su exterior, y en particular fue horriblemente atormentada con cinco clases de tentaciones: 1. Infidelidad a la fe; 2. Soberbia; 3. Gula; 4. Impureza; 5. Desespero. Pero lo que le hacía sufrir más era un gran temor de que en todo esto estuviera engañada por el espíritu maligno.

Los males que esta santa sufrió durante los cinco años que permaneció en ese lago tienen cierta relación con lo que la hermana María padeció, tanto en su primer infierno de cinco años como en el segundo de doce. Cuando leo, sin embargo, lo que está escrito en el capítulo 10 de la vida de beata Magdalena de Pazzi con referencia a las aflicciones que padeció en ese lago de leones por espacio de cinco años y pongo de nuevo ante mis ojos los tormentos que la

hermana María sufrió en los dos infiernos precedentes, según los escasos conocimientos que tengo de ellos, me parece ciertamente que hay diferencia casi infinita entre lo uno y lo otro. Quiero decir que los suplicios de la hermana María sobrepasan casi infinitamente los de esta beata. Qué bien puede decirse: *Tu aflicción es grande como el mar* (Lm 2, 13). Podría decirse más grande que el mar. Solo Dios la conoce perfectamente. San Crisóstomo, Teofilacto Ecumenio, san Bernardo y Ruperto, al explicar las palabras de Moisés citadas en el capítulo 32 del Éxodo: *O perdónalos o bórrame del libro de la vida*, Pide a Dios verse privado de la felicidad eterna y sufrir esta pena por siempre por la salvación de su pueblo.

El mismo Crisóstomo, y otros santos doctores, al explicar las palabras de san Pablo: *Quería verme excluido de Cristo en favor de mis hermanos* (Ro 9, 3), dicen que debe entenderse de la condenación eterna, exceptuado el pecado, o sea, que san Pablo desearía sufrir eternamente los suplicios del infierno, si pudiera ser, con tal que fuera sin pecado de su parte, a fin de preservar a sus hermanos de caer en el infierno. Dice el Crisóstomo: *Opta por perecer eternamente, para que unos, incluso todos, amen y alaben a Cristo*. Y Casiano comenta: *Opta por ser condenado a penas eternas*. Crisóstomo anota que no podemos comprender estas palabras por encontrarnos remotos de tal caridad. Y

Orígenes dice: Qué maravilla si el servidor desea ser excluido por favorecer a sus hermanos puesto que el maestro, es decir, Jesucristo, fue hecho maldición por sus servidores.

Cornelio a Lapide, cuando comenta el capítulo 32 del Éxodo, refiere que el beato Jacobo, de la orden de san Francisco<sup>9</sup>, tenía deseos ardentísimos de sufrir en este mundo todas las penas, angustias, dolores y aflicciones que es posible imaginar, y después de esta vida ser arrojado al infierno y padecer allí suplicios eternos por amor de Nuestro Señor y para expiar sus pecados y los crímenes de todos los hombres, incluidos los condenados, y de los demonios, si fuera posible. Ese mismo autor afirma que está permitido a todos los que sirven a Dios desear la misma cosa. No se extrañen, pues, si la hermana María tuvo esos deseos y si Dios le permitió realizarlos, pues él acostumbra hacerlo, como es posible demostrarlo con varios ejemplos. Digo solo que hay cantidad de patriarcas y profetas que desearon ardientemente ver al Salvador y no pudieron hacerlo, y que muchos otros, que incluso no eran santos, gozaron de esa dicha. Dios infundió en el corazón de san Francisco de Asís, de santo Domingo y de san Francisco Javier deseos extremos del martirio, lo que nos le fue concedido a ellos sino a sus hijos y sucesores.

---

<sup>9</sup> Se trata de JaCcobco de Todi (1230-1306), terciario franciscano.